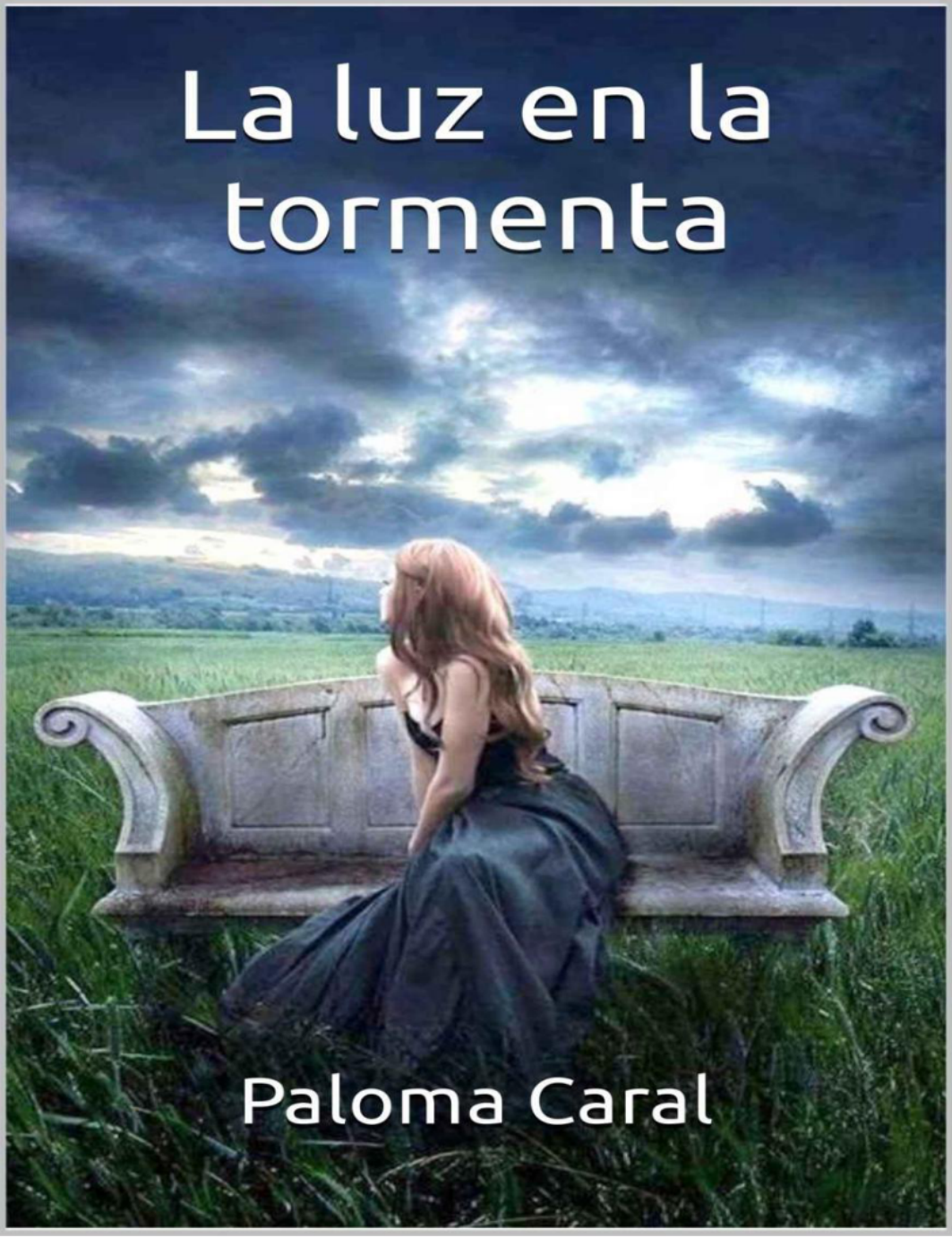
La luz en la tormenta



Paloma Caral

La luz en la tormenta

Paloma Caral

Artespal Editores

Quedan prohibidos, dentro de los límites y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Título: La luz en la tormenta (Summertime Blues).

© Paloma Caral, abril 2013.

© Todos los derechos reservados.

Portada: Artespal Editores.

© Todos los derechos reservados

Depósito legal internacional: 170-6182638275.

En otro tiempo, en otro lugar,

dondequiera que estés.

ÍNDICE

Capítulo 1.-

Capítulo 2.-

Capítulo 3.-

Capítulo 4.-

Capítulo 5.-

Capítulo 6.-

Capítulo 7.-

Capítulo 8.-

Capítulo 9.-

Capítulo 10.-

Capítulo 11.-

Capítulo 12.-

Capítulo 13.-

Capítulo 14.-

Nota de la autora.

Otras obras de la autora.

Colección Artespal.

Fijamos las metas con sueños,
con imágenes que se han grabado
en la memoria de nuestra juventud.

CAPÍTULO 1

Me resisto a ser mayor. Eso mismo me repito cada mañana cuando el despertador tortura mis oídos y no tengo más remedio que levantarme porque «has de ser responsable, ya no eres una niña. Tu padre y yo no viviremos eternamente».

Coloco el pie derecho sobre la alfombra, dicen que da buena suerte. Voy al baño y enciendo la luz. El brillo de las bombillas me ciega los ojos, pero me empeño en ver mi reflejo en el espejo.

¡Qué horror, necesito unas vacaciones!

Si las arrugas empiezan a surcar el rostro, dejarán de considerarme una niña y cuando eres pequeña puedes cometer errores, adoptar un aire de ingenuidad y los caballeros te ayudan con el equipaje en los aviones. Tiempos en los que desprecias una sonrisa y crees firmemente que mañana será mejor, que te mereces mucho más, que lo vas a conseguir.

He de ponerme guapa.

Todo el mundo va bien vestido porque «vivir y trabajar en el barrio de Salamanca es un privilegio». Los hombres, ¡qué elegantes con traje y recién afeitados! Y las mujeres, ¡pobres de nosotras! Las medias, por muy tupidas que sean, siempre nos dejan las piernas heladas.

Hoy llueve, seguro que llueve porque me he puesto los zapatos de ante. Estoy muerta de frío, menos mal que el autobús viene ya.

¡Vaya, ya ha habido un listo que ha dejado el coche en segunda fila!

El viento arreció al descender del autobús y apenas podía caminar. El tiempo que había dedicado a peinarme había sido en vano. La primera ráfaga me había elevado el cabello y me había hecho descender la temperatura corporal.

¡Malditos adoquines!

Las mujeres sorteamos la vida subidas a unos tacones y el ayuntamiento nos maltrata con un pavimento que nos retuerce los tobillos.

Ya en el edificio, el conserje me saludó con su frase habitual.

—Buenos días, señorita, está usted muy guapa hoy. Su jefe no ha llegado todavía, no se precipite.

En la batalla diaria de tomar el ascensor, había quien creía demostrar el volumen de sus ingresos con una acusada falta de educación.

Un caballero con la cara naranja y exceso de perfume me ordenó pulsar el botón del quinto piso.

—Al octavo —le respondí.

La oficina era un ático encantador, lleno de fotografías de casas con piscina y jardines. Las paredes estaban pintadas de un blanco nacarado y el suelo se había cubierto con una moqueta beige que amortiguaba las pisadas sobre la madera.

Dejé el abrigo sobre la mesa de mi despacho y me encaminé por el pasillo.

—Buenos días, señor Hernández.

Un mugido fue la respuesta.

—Buenos días, señor Gutiérrez.

—Hola, bonita.

Afortunadamente, siempre había alguien agradable incluso por las mañanas.

—Buenos días, Rafael.

El subdirector, un hombre con una barba ligeramente pelirroja, me miró por encima de las gafas.

—Llama, por favor, al banco y pregunta a qué hora es la reunión. Recuerda que hoy eres tú la intérprete con los suecos. ¿Están ya traducidos los contratos?

—Están listos para firmar.

De regreso al despacho me encontré con Elena, la secretaria, quien se disponía a hacer la ronda de saludos.

El teléfono no paraba de sonar y descolgué.

—¿Quién eres? —preguntó una voz al otro lado del hilo.

—Buenos días, Don Carlos. ¿Qué tal en Montecarlo?

—Mejor que tú ahí —respondió el director con su habitual altivez —. Hace un tiempo estupendo y las noches en el casino son una maravilla.

La vida me parecía demasiado generosa con algunos seres. Otros, por el contrario, debíamos limitarnos a admirar los privilegios de los que ellos disfrutaban.

—¿Y el congreso?

—Una pesadez, nos hacen permanecer ocho horas diarias encerrados —dijo con visible enojo—. Oye, Laura, llama a mi hijo y dile que ya está arreglado su coche. Asegúrate de que el chófer vaya a recogerlo. No te olvides.

—¿A su hijo o al coche?

—A mi hijo.

Javier solía esperar a su padre en mi despacho y aprovechábamos

para conversar acerca de lo divino y lo humano. Una tarde, entre risas y comentarios, perdimos la noción del tiempo y cuando el padre apareció, mostró contrariedad. Pensé que el enfado había sido fruto de nuestra distracción y no le di más importancia. Javier no volvió a aparecer por la oficina.

—No me olvidaré, no se preocupe.

—Por cierto, ¿todo bien por ahí? Si hay algo urgente, llámame al hotel. Deja el recado en recepción si no estuviera en ese momento.

—Así lo haré, Don Carlos.

—Te dejo, que el chófer me está esperando. Mañana te llamo.

Tras colgar el teléfono, el contable apareció en el despacho. El brillo de su traje había quedado desgastado por el uso, casi tanto como el aspecto de su lánguido semblante.

—He oído que vas a ir a la Central esta mañana. Llévate este recibo, el gran jefe lo está esperando.

Lo leí con desgana.

La empresa hace entrega de la cantidad de diez mil euros a Doña Belén Suárez como acredita el talón bancario que se incluye.

—Espera, aquí falta el concepto.

—Tú entrégalo así —respondió el mustio contable mientras se alejaba.

Elena me miró con gesto de circunstancia y permaneció en silencio.

—No hay derecho —afirmé—. Tú licenciada en Arte y yo en Físicas, y aquí estamos las dos, rodeadas de cheques sin concepto.

—¿Pero es que no sabes quién es Belén? —murmuró mientras se cercioraba de que nadie nos oía.

—No tengo la menor idea.

—Es una antigua secretaria a la que Carlos de la Vega dejó

embarazada.

Me quedé sorprendida sin saber qué decir ante semejante confidencia. Siempre trataba de soslayar los cotilleos y aquel me llegaba sin previo aviso.

—¿Y la empresa paga su manutención?

—Desde hace siete años se le pasa mensualmente una cantidad y hacía meses que no se veía el famoso cheque. Parece ser que el banco está acorralando a Don Carlos para que deje de usar la empresa como si fuera su casa. Quieren conocer el destino de cada céntimo.

—Si la gente supiera cómo gastan el dinero los bancos, guardaría los billetes bajo el colchón.

—Y eso no es todo. —prosiguió—. Tengo entendido que la tal Belén está enferma del corazón y la empresa se siente culpable de lo sucedido. Era una chica muy joven y nadie le advirtió de la afición del jefe.

Carlos de la Vega presumía en público de haber estado con algunas de sus secretarias y, antes de la llegada de Elena, una antigua azafata había experimentado esa humillación. Fue despedida en cuanto causó problemas.

—Nunca entenderé cómo una mujer de veinte años puede caer en los brazos de un hombre que le dobla la edad. ¿Crees que lo sabe su mujer?

—Las esposas son las últimas en conocer las traiciones de sus maridos, pero es posible que lo sepa.

Yo continuaba perpleja. Elena se asemejaba a un baúl sin fondo.

—¿Se puede saber quién te cuenta todas estas cosas? Llevo aquí tres años y jamás me he enterado de estas cosas

—La mujer de Rafael me lo cuenta todo cuando quedo con ella a tomar café.

Rafael, el subdirector, se había incorporado a la plantilla en el mes de julio. En aquellos años, el país se despertaba cada día con una nueva fusión empresarial y el banco para el que trabajábamos no era una excepción. Ahora dos entidades dirigían nuestros destinos y Rafael se percibía como la clara competencia para el actual director. Elena había sido su recomendada, ella nos lo hizo saber nada más llegar, y comprendí que debía tener cuidado. Por esa razón, decidí cambiar de asunto.

—¿Vamos a comer hoy al restaurante chino?

—Hay que preguntar a Lidia. No sé cómo andará ella, pero yo tengo la cuenta en números rojos. Incluso he llamado a mis padres para que me envíen algo de dinero.

Los primeros rayos de sol se posaron sobre las paredes blancas y salí a la terraza para embriagarme del incipiente aroma de la primavera. Admiré las florecillas amarillas que tímidamente brotaban de la copa de los álamos de la calle.

Madrid resplandecía bajo un sol invernal que se reflejaba sobre el pequeño estanque de los Jardines del Descubrimiento en la Plaza de Colón. El navegante, con la mano alzada, marcaba el rumbo a lo desconocido subido a una torre desde donde divisaba el horizonte de su ensoñación.

—Cierra la puerta, me estoy helando —se quejó Elena.

En ese instante apareció Lidia y contemplé su rostro cansado y su cabello largo a través del cristal. Me pregunté qué había sido de aquella divertida y cariñosa chica, antaño mi amiga del alma, ahora convertida en una mujer que solo hablaba de colegios y recibos. La echaba de menos. Ya no tenía tiempo para mí, ni siquiera para sí misma desde la llegada de la pequeña Marta. Y yo tenía celos de esa niña que me había arrebatado la mitad del alma. Lidia alzó la mirada y posó sus ojos tristes en los míos. Y no pude evitar sentirme culpable, culpable de su lasitud y culpable de mi soledad.

Abandoné la terraza y me adentré en el despacho. Elena continuaba con sus lamentos.

—Mis padres no dicen nada, pero sé que están hartos de ayudarme. A veces siento envidia de esa tal Belén.

Elena, una joven de treinta y dos años, conoció a Manuel en el campus de la universidad y contrajeron matrimonio nada más licenciarse. Se sabía atractiva. Poseía unos enormes ojos verdes que abría en exceso para evitar que las miradas recayeran sobre sus dientes, grandes y separados. Presumía de contar con un esposo que la adoraba. «Él me quiere a mí mucho más de lo que yo le quiero a él», solía repetir con orgullo y jugueteaba por teléfono con un antiguo novio. Reportero de prensa rosa y recién divorciado, la cortejaba con relatos acerca de la vida privada de personajes famosos y prometía convertirla en «la reina de la casa» si dejaba a su marido. Contaba con la dicha de un matrimonio feliz, pero la llegada de la segunda hija y la consecuente entrada en el mundo laboral habían puesto en peligro la estabilidad de la pareja.

Desde niña había imaginado una boda de postín con el hijo de una familia de clase alta que le ofreciera una vida llena de lujos y comodidades. Soñaba con comprar en las tiendas más exclusivas de la capital y cenar con los altos cargos de la empresa de su marido. Sin embargo, desempeñaba un trabajo que aborrecía y los cuantiosos gastos de las hijas le dejaban sin dinero a mitad de mes.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana, Laura?

—Llamaré a alguien para organizar algo divertido.

Lo cierto era que apenas me quedaban amigos con los que compartir gratos momentos y desde que rompiera la relación con un compañero de la facultad, no había tenido pareja.

—¡Qué suerte, quien estuviera soltera! —exclamó sin pensar—. ¿Y tú, Lidia?

—Espero pasar todo el fin de semana en la cama con Luis.

En una de las últimas fiestas que había ofrecido en mi casa, Lidia había entablado relación con el hermano de uno de mis amigos, un tipo gris y meditabundo que lo mismo la llamaba a diario que desaparecía durante meses.

Elena prosiguió.

—El otro día estábamos enfadados Manolo y yo, porque no ayuda en las tareas domésticas, y nos enrollamos sin dirigirnos la palabra.

Por fortuna, el teléfono sonó de nuevo, me desesperaban los comentarios íntimos de la secretaria, y esta vez fue Lidia quien descolgó. Llamaban de la oficina de Marbella para informarnos acerca del torneo anual de golf. Durante un fin de semana, la empresa corría con los gastos de la estancia en un hotel de cinco estrellas situado en una lujosa urbanización. Las parejas de juego eran asignadas por sorteo, lo que despertaba una gran expectación entre los empleados. Los varones anhelaban compartir los momentos en el campo con las piernas más atractivas de la empresa y las mujeres soñaban con tener como pareja al hombre más guapo y más influyente.

El sorteo se había realizado la tarde anterior en el club de campo y las papeletas habían sido elegidas por una mano inocente. En años anteriores, los altos cargos habían sido afortunados incluso en el azar. Nunca se había visto a un directivo jugar con un jardinero. No obstante, aquel año se había instaurado una nueva norma.

Lidia me pasó el teléfono. Rosa había sido la mano inocente y quería darme personalmente el resultado del sorteo.

—Enhorabuena, Laura.

—¿A qué debo el honor de tu felicitación?

—Tu pareja en el torneo es el soltero de oro. ¡Niña, qué suerte tienes!

Nunca me había dejado fascinar por las etiquetas grandilocuentes.

—¿Y quién es ese soltero de oro?

—Es un tipo guapísimo de treinta y un años que conduce un Rolls-Royce.

—A él sí que le ha sonreído la suerte —dije entre risas.

—No te creas, es tan desagradable como guapo. La verdad es que a mí no me gustaría tenerle como pareja.

Quienquiera que fuera mi compañero en el torneo, me traía sin cuidado. El hecho de jugar al golf con un millonario no iba a convertir mi utilitario en un Porsche y no era tan ingenua como para creer que un playboy marbellí fuera a prometerme amor eterno. Pretendía divertirme un poco en compañía de Lidia como en los viejos tiempos y, de paso, mostrarle a Carlos de la Vega que yo podía ser tan glamurosa como las hijas de sus amigos, aunque yo no perteneciera a su círculo de amistades.

—¿Y a ti cómo te ha tratado el azar, Rosa?

En aquel instante, el subdirector apareció con gesto apresurado.

—Vamos, Laura, la reunión se ha adelantado a las diez.

Pasé el auricular a Lidia y dejé a mis compañeras conversando acerca del gran evento del año.

Corrí escaleras abajo para seguir a Rafael. Al parecer, a él tampoco le agradaba el hecho de compartir ascensor con determinados vecinos.

No dejes que termine el día

sin haber crecido un poco,

sin haber sido feliz,

sin haber aumentado tus sueños.

Walt Withman.

CAPÍTULO 2

Málaga lucía radiante aquella mañana de primeros de Mayo y una fresca brisa se colaba por las ventanillas del vehículo mientras contemplábamos el nítido azul del Mediterráneo. A su paso por Torremolinos, los turistas se paseaban descamisados y con sandalias de goma. El espíritu se me regocijaba cada vez que pisaba el suelo de Andalucía. El mar y la alegría de sus gentes actuaban sobre mí como el más eficaz de los quitapenas. Me había propuesto pasar un fin de semana a lo grande y empecé por ataviarme con un traje blanco a juego con un sombrero y unos zapatos blanco y negro. Había introducido en la maleta vestidos de colores brillantes, un traje de noche y un par de bañadores.

Lidia, por el contrario, lucía un semblante lloroso. Apenas se había maquillado y no había extremado el cuidado de su vestimenta. Una blusa de florecitas azules y una falda a juego habían sido su elección. Hacía semanas que Luis no la llamaba y una vez más se sentía despreciada por un hombre. Yo le apodaba «el chico del rincón» y ella sabía que aquello no constituía un halago. Luis era la eterna melancolía en mis fiestas, siempre apoyado en un pilar del salón, observando la vida pasar. Sufría con el divorcio de sus padres y el resentimiento que sentía hacia su progenitor le apartaba de la felicidad. En una de aquellas celebraciones le presenté a Lidia y ella, divertida y graciosa, le hizo sonreír. Su carácter jovial y su optimismo contagioso la convertían en la mejor compañera, una alegría que compartía sin prejuicios. A menudo hería los sentimientos de los que la queríamos, aunque yo le perdonaba sus pequeñas traiciones. Otros,

por el contrario, se alejaban y ella proseguía su camino sin reparar en la pérdida. Nunca padecía añoranza, estaba acostumbrada a perder. Solo en una ocasión escuché sus lamentos cuando, con un triste susurro, me preguntó: ¿por qué te apartaste de mí?

Al llegar a la playa de La Carihuela, mi mente voló a aquellos primeros veranos de mi infancia, cuando mis padres y hermanos atravesábamos Despeñaperros en los primeros días de julio. Subidos a un Seiscientos, divisábamos el movimiento pendular de los sauces al tiempo que las cigarras, agazapadas, cantaban entre los mirtos. Yo hacía surgir la cabeza por la ventanilla para embriagarme del aroma de los pinos o para contemplar el vuelo de un águila imperial, planeando sobre el desfiladero con sus majestuosas alas. Cada año, mi padre nos relataba los hechos acaecidos el dieciséis de julio de 1212 en aquel escarpado escenario y yo me imaginaba a los caballeros cristianos envueltos en su armadura, con los estandartes al viento al encuentro del poderoso califa almohade. Podía ver a jóvenes y fornidos militares de la orden del Temple, de Santiago y de Calatrava a lomos de sus purasangre, aunando sus fuerzas en la reconquista de la bella Andalucía. Cuando el viento silbaba entre las encinas, me parecía oír sus gritos de furia: «despeñemos a esos infieles».

—¿Qué te parece si paramos a almorzar?

Lidia se encogió de hombros. Estaba de un humor insufrible y yo intentaba capear el temporal, como tantas veces hiciera ella conmigo en el pasado. Nos adentramos en el pueblo y tomamos asiento en uno de los restaurantes que poblaban la costa.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa? —pregunté.

—He discutido con mi madre y me ha dejado en evidencia delante de mi hija.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Se le hacía difícil el recordatorio diario de haber sido abandonada, de no haber sido más responsable, de no haberse cuidado de los hombres. Y razón no le

faltaba a la madre. No obstante, en ese desagradable asunto había más culpables.

Mi amiga se sentía desamparada. Su padre no cesaba de hacer ostentaciones con productos de lujo que dejaban a la familia sin comer. En el frigorífico de dos puertas recién salido de una fábrica alemana, languidecían un viejo cartón de leche y algunos huevos caducados. Su madre era una mujer de escasas aspiraciones que había tenido seis retoños de la misma manera que podía haber tenido seis gatos. De hecho, dedicaba más tiempo a su yorkshire que a sus niñas. La pareja había concebido el matrimonio para ellos dos solos y los hijos no habían constituido más que una cadena de sorpresas. Llegado el viernes, tomaban rumbo a su casa de las afueras sin mirar cómo y a quién dejaban tras de sí.

Una noche de sábado, Lidia me rogó que me quedara a dormir en su casa. Se sentía sola y precisaba de un hombro en el que descansar, pero mis padres no veían con buenos ojos el hecho de que yo durmiera fuera y, en torno a las diez, la dejé frente al televisor con un vaso de leche. Al día siguiente, me confesó que su hermano había llegado con un amigo alrededor de la medianoche y este, como un ladrón en la oscuridad, había profanado el hogar.

Mi amiga trasladaba su desamparo a los hombres, a quienes seducía apenas sin palabras. Se sentía poco atractiva, los ojos hundidos por las alergias y los labios desfigurados por el herpes le negaban la belleza clásica. Por el contrario, poseía un enorme encanto que únicamente percibíamos las mujeres, a quienes nos agasajaba con tiempo, afecto y comprensión. La dulzura de sus palabras y esos pocos kilos de más le otorgaban un aspecto entrañable. En ella se entremezclaban la alegría de vivir y la desesperación por la soledad, pasiones que, cuando se fundían, provocaban un cataclismo existencial. No tenía a la soledad como amiga y buscaba la compañía incluso acompañada. Como una hormiga, hacía acopio de amistades para cuando llegaran los malos tiempos.

Lidia perdió la sonrisa al saber que el padre del bebé que esperaba se desentendía de la situación. No solo perdió la alegría y la libertad de movimiento. La llegada de Marta le impidió continuar en la facultad. En un principio compartí su desdicha y me uní a su dolor, pero la melancolía me hizo su presa y me alejé para curarme las heridas. Su ausencia dejaba tal vacío en mi corazón que no podía sino llenarla con libros, esos eternos compañeros de tantas soledades. Ella, mi confidente, mi aliada, se cobijó en el amor de su pequeña y yo me quedé sola con el recuerdo de tantas risas y tantos buenos momentos.

Mientras escuchaba sus quejas en aquel pequeño bar, recordé nuestros primeros encuentros.

Lidia me despertaba cada mañana con una llamada a la que yo respondía con un tono de fingida indiferencia. Sentía vergüenza de que alguien a quien acababa de conocer supiera que me resultaba tan grata su compañía. Hablábamos sin parar sobre los pequeños incidentes ocurridos el día anterior en clase, sobre los profesores y las compañeras, hasta que una de las dos decidía un encuentro o alguien de nuestras familias reclamaba el uso del teléfono. Venía en mi busca con una motocicleta poco antes de las seis y el guardia de tráfico nos saludaba al paso de la confluencia de la calle Alcalá con Lagasca. Se había acostumbrado a vernos llegar con unos gorros de lana y unas bufandas que nos cubrían el rostro.

Al llegar al instituto, bajábamos de la moto con el olor del humo de los tubos de escape impregnado en el abrigo y entrábamos en clase con el hedor propio de un estercolero. Ambas procedíamos de un colegio privado y ahora asistíamos al turno de noche en un centro en el que se daban cita estudiantes de muy distintas esferas sociales.

En buena armonía convivíamos adolescentes con escasas ganas de madrugar y mujeres que estaban dispuestas a arrebatarle a la sociedad lo que en su día esta les había denegado. Lidia se sentaba en primera fila con Doris, una muchacha que acaparaba todas las miradas por su figura de maniquí de alta costura y yo permanecía en la segunda fila

con una niña risueña y generosa que me ponía al corriente de los apuntes. Las clases se sucedían entre risas y comentarios, y aprovechábamos cualquier situación para hacernos cómplices. Sin acuerdo previo comenzamos a actuar bajo una unión, cuyo lazo era invisible a los ojos de los demás y cualquiera que pretendiera entrar en una de nosotras, debía hacer frente a dos mundos opuestos, pero atraídos por una armonía universal. Nadie se explicaba nuestra amistad, un pacto sin juramento que nos fortalecía y nos mantenía al margen de la soledad familiar.

Los domingos, cuando la bruma de la tarde caía sobre las calles de Madrid, Lidia me reconfortaba con sus palabras. Ambas compartíamos la misma enfermedad: una familia numerosa y la falta de atención. Por lo general, olvidábamos los problemas cotidianos en una pequeña sala de cine con doble programación, en donde solían proyectar películas de Woody Allen y recuerdo haber visto *La última noche de Boris Grushenko* en cinco ocasiones, un soporífero homenaje a la literatura rusa. No entendíamos la razón del éxito del cineasta. Sus continuas quejas por no haber sido aceptado en la universidad, el judaísmo y su fealdad le habían proporcionado la fama y la fortuna necesarias para abandonar su Brooklyn natal y solazarse en un lujoso apartamento de Park Avenue, la encarnación del sueño americano. Sus rocambolescas y egocéntricas historias nos otorgaban esperanzas, además de aprender una valiosa lección: en el arte lo importante no es lo que se haga, sino ser el primero en hacerlo.

En ocasiones nos acompañaba una amiga de Lidia, una muchacha que me resultaba muy agradable, no por su derroche de simpatía sino porque era un alma herida. Elegante y atractiva, Patricia cargaba con un trauma infantil que le impedía confiar en los demás. Su padre deseaba que su tercer vástago fuera un varón y el nacimiento de la tercera niña le llenó de desprecio contra su esposa y la criatura. Rehusó verla hasta pasados los tres años y cuando lo hacía era para proferirle insultos y mostrarle desdén. Patricia creció sin el amor y el

respeto debidos, y perdía la vida en el intento de hallar un alma noble que la protegiera. En uno de esos intentos cayó en las redes de un hombre casado que introdujo más dolor en su atormentada cabeza y, harta de sentirse repudiada, se encerró en su habitación. Hacía una excepción para salir con nosotras.

—Laura, ¿me estás escuchando?

Mi amiga me devolvió al presente.

—Perdona, dime.

—Creo que sería una buena idea irnos a vivir juntas.

Yo adoraba a Lidia y a la pequeña Marta, quien ya había cumplido seis años. Pero esperaba que la vida me sorprendiera con mil aventuras antes de destinar parte de mi sueldo al alquiler de un piso.

—Tenemos que ver qué pasa con nuestros contratos.

—Seguro que nos hacen fijas. ¿Por qué no lo iban a hacer?

—Ya veremos, no adelantemos acontecimientos.

El gesto de Lidia languideció de nuevo y extrajo del bolso las gotas para su crónica sinusitis. No miró al camarero cuando llegó con una bandeja rebosante de pescado frito y continuó insistiendo sobre la conveniencia de compartir casa. Proseguimos el camino al término del almuerzo, y, al igual que hiciera cuando era una niña, extraje la cabeza para que la brisa me refrescara el rostro como un símbolo de libertad. Deseaba desprenderme de los recuerdos y olvidar los lamentos.

Mientras el viento me revolvía el cabello, desplacé el asiento hacia atrás y me deshice de las sandalias. Esta vez lo haría, nunca me había atrevido, pero ahora era diferente. Alcé las piernas y las saqué por la ventana en un acto de rebeldía. Nada importaba que el vestido se arrugara o que los conductores de los coches adyacentes hicieran sonar el claxon. Lo único importante era el sentimiento de felicidad que estaba experimentando. Tenía por delante un fin de semana de

lujo y no iba a permitir que nadie me lo estropeara.

Al paso por Fuengirola, la carretera se convirtió en un enjambre de vehículos y Lidia miró el reloj con preocupación.

—Seguro que se están preguntando qué ha pasado con nosotras.

—Haremos una llamada cuando lleguemos al hotel —la tranquilicé.

—Deberíamos pasar antes por las oficinas, Laura.

—Si seguimos aminorando la marcha, puede que no lleguemos ni a la fiesta.

Pasaban de las siete y media cuando entrábamos en el hotel, un recinto ajardinado en medio de las colinas. Subimos a la habitación y Lidia se adentró sin demora en la ducha. Aproveché para contemplar las vistas desde la terraza y el aire procedente de Sierra Blanca me trajo un aroma a césped recién mojado. La piscina, construida en forma de guitarra, encuadraba un entorno mágico, donde la montaña yacía a los pies del sol anaranjado del atardecer.

Alguien llamó a la puerta y acudí a abrir. Un camarero depositó una cesta de frutas sobre una mesa de cristal, en cuyo interior se encontraba una tarjeta de bienvenida. Lidia salió envuelta en un albornoz y se dirigió al teléfono. Quería saber si su madre había acudido en busca de Marta. Desde la ducha, la oí preguntar si la niña había comido bien y si se había tomado el jarabe para la alergia.

La realidad se imponía de nuevo y la distraje con una cancioncilla.

Cuando salí del baño, mi amiga ya se encontraba enfundada en un vestido de tafetán rosa y la melena sobre los hombros. La tristeza que arrastraba desde hacía años le había esculpido el cuerpo hasta dejárselo inusualmente delgado y temía perder el vestido con un escote palabra de honor. Por mi parte, me ceñí un vestido de encaje blanco.

—La tarjeta no dice nada acerca de una cena. ¿Crees que nos ofrecerán algo de comer?

—Confío en que así sea —respondió—, porque tengo hambre.

El club de campo se encontraba a unos tres kilómetros del hotel y desde la carretera se divisaban las numerosas luces de los salones. El estridente sonido de la música enturbiaba la tranquilidad del valle, adormecido bajo el cielo nocturno.

La brisa brindó un aroma de azahar en el momento en el que atravesábamos unos portones de nogal que daban al recibidor. De sus paredes colgaban fotografías de los maestros del golf de los últimos cincuenta años. Imágenes de Severiano Ballesteros y José María Olazábal eran las que más admiración despertaban.

Carlos de la Vega daba órdenes a un camarero cuando nos divisó.

—¡Laura, qué guapísima estás cuando te quitas los vaqueros! —exclamó con afectación—. Por cierto, me he enterado que tu pareja en el torneo es Richard. —El hecho de jugar con el soltero de oro me había conferido una inusual popularidad en la empresa—. Espero que le des unos buenos golpes en la rodilla a ese engreído. Es nuestra competencia y confío en ti para que le apartes del trabajo durante un tiempo.

Carlos siempre me había parecido un hombre maleducado escondido tras un porte elegante, pero aquella muestra de debilidad me hizo mirarle con buenos ojos.

—Lidia, me temo que vas a pasar frío con los hombros al aire.

—Seguro que encuentro un caballero que me presta su chaqueta.

—Bienvenidas, pasad y divertíos.

Nos dirigimos a un salón de cuyo techo colgaban exquisitos *chandeliers* de estilo victoriano. Unos cortinajes blancos enmarcaban unos magníficos ventanales con arcos de medio punto por los que se traslucían las flores del jardín. Tres mesas alargadas habían sido dispuestas para albergar el buffet con el que se había obsequiado a los invitados. No obstante, solo quedaban escasos restos de ensaladas,

salsas y postres de mil sabores que atestiguaban las delicias que habían sido degustadas.

Lidia y yo hicimos una mueca de decepción.

Salimos al jardín en busca de Rafael y le encontramos rodeado de un ramillete de mujeres. Nos presentó a algunas de las compañeras y al instante identifiqué la voz de Priscilla, una administrativa con la que solía conversar cuando llamaba a Marbella.

—¿Qué te parece si salimos a bailar? —me pidió Priscilla.

Ambas nos encaminamos hacia una pista iluminada con luces de colores e hicimos un amago de sevillanas. En eso me sacaba una gran ventaja. Carlos de la Vega me observaba de soslayo y yo estaba dispuesta a demostrarle su equivocación, pues no solo era merecedora de un hombre como su hijo, sino que posiblemente Javier no me mereciera. Hasta la fecha, el joven no había demostrado otro talento que el de destrozar un coche cada sábado y, en otras ocasiones, había sido su propio cuerpo. Cada vez que acudía a la montaña a esquiar regresaba con una pierna o un hombro rotos. El padre temía que un día le llamaran del Instituto Anatómico Forense y estaba dispuesto a frenar el desastre.

Carlos bailaba junto a su esposa sin prestarle demasiada atención. Hacía más de veintisiete años que se habían visto por primera vez cuando Carmen era casi una adolescente y él había cumplido ya los treinta años. Contrajo matrimonio con la joven perteneciente a una acaudalada familia de Tenerife. Su riqueza procedía de los múltiples terrenos que se extendían por toda la isla, solares recalificados como suelo urbano para la construcción de complejos hoteleros. Aquel enlace le abrió de nuevo las puertas de la alta sociedad, cerradas tras el empobrecimiento familiar. Su padre, procurador en Cortes con el anterior régimen, había caído en desgracia tras la disputa con un general. No obstante, conservaba la noble residencia en la calle Juan Bravo, además de a la niñera, una asturiana parca en discursos y

extensa en refranes que recibía a los invitados con cara de pocos amigos.

Vivía por y para su trabajo. Según él mismo afirmaba, era lo más gratificante que le había deparado la vida. Sus cuatro hijos varones no destacaban en los estudios y no cesaban de gastar dinero. Ingeniero de carrera y relaciones públicas de nacimiento, sabía rodearse de una corte bien nutrida de adinerados y pasó de ser un simple jefe de ventas a dirigir una empresa fuera de la supervisión del presidente del banco. Estaba sediento de riqueza no solo por avaricia, sino también por necesidad. Además de sus cuatro hijos, se hacía cargo de tres de sus sobrinos, a quienes destinaba la primera llamada del día. Hacía años que su hermana había decidido poner fin a su existencia tras ser abandonada por su esposo. Este la había dejado en la más absoluta de las miserias al tiempo que recorría los casinos de la Costa Azul de la mano de una joven y mulata bailarina. La vergüenza y la humillación obraron el fatal desenlace.

A pesar de la brisa nocturna, el calor del baile nos empapó la frente y decidimos refrescarnos un poco la cara. De camino a los lavabos, vimos a Lidia sentada junto a su tío, el jefe de personal de la oficina de Madrid. Mi amiga me miró con el ceño fruncido, solía recordarme que a él le debía mi puesto de trabajo. Nos adentramos en una antesala decorada con dos sillones de terciopelo azul de estilo Luis XV y los azulejos de fina porcelana relucían con un suave toque dorado a juego con la grifería. Carmen se encontraba ante el espejo y se atusaba un cabello recién salido de la peluquería. Ni siquiera se detuvo a mirarnos y se estiró el vestido con un gesto de soberbia. Vosotras seréis jóvenes pero yo soy rica, parecía querer decir. Al salir, dejó la estela de un perfume muy caro.

Me situé frente al espejo y, mientras me arreglaba unos mechones rubios, Priscilla aprovechó la soledad reinante.

—¿Qué tal te cae el nuevo subdirector?

—Rafael es encantador —declaré sin titubeos—. Es francamente simpático.

—¿Sabes por qué ha entrado en la empresa?

Lo único que sabíamos de Rafael es que se había trasladado desde una sucursal del banco en Oviedo y que, al igual de Carlos de la Vega, había cursado estudios de Ingeniería.

—Supongo que para sustituir a Don Carlos cuando este se jubile y, entretanto, hacerse con una cartera de clientes.

—Me temo que tus suposiciones distan bastante de la realidad. —La miré a través del espejo con un gesto de sorpresa—. Corren ciertos rumores y creo que deberías saberlo.

—¿Qué dicen esos rumores?

—Al parecer el cometido de Rafael es arrasar con la oficina de Madrid.

No apreciaba los chismorreos y, sin embargo, todo el mundo estaba dispuesto a hacerme partícipe.

—¿Quién te ha dado esa información?

—Digamos que la gente habla mucho y, a la hora de desprestigiar, procura que la audiencia sea lo más numerosa posible.

—¿Debo entender que es el propio Rafael quien filtra las noticias? —Priscilla asintió con gravedad. —Imaginaba que vendría a quitarle el puesto a Carlos, pero no creía que fuera con tan malas artes. En cualquier caso, tendrá que hacerse previamente con su nutrida cartera de clientes.

—Laura, Rafael no está aquí para sustituir a nadie —aclaró—. Es el enviado del banco para liquidar la empresa.

Una punzada me atravesó el corazón y no pude evitar sentir un instintivo rechazo hacia aquella portadora de malas noticias.

—¿Por qué querría el banco cerrar un negocio tan próspero?

—Fue un gran negocio hace años, pero ahora acarrea pérdidas.

—De la Vega vende un par de casas a la semana.

Priscilla negó con la cabeza.

—¿Recuerdas los múltiples chalets que vendió el verano pasado?

—Batió todos los récords de ventas en el área de Nueva Andalucía —puntualicé.

—El problema es que más de la mitad de esos inmuebles han sido devueltos.

—¿Cómo que han sido devueltos?

—Estas promociones poseen ciertas ventajas antes de ser adquiridas de manera definitiva. Los clientes pagan una cantidad a tanto alzado y ese dinero cubre los gastos de residencia durante unos tres meses, además de las acciones del campo de golf. Pasado ese tiempo, el cliente decide si lleva a cabo la compra o desiste definitivamente.

—Eso es perfectamente legal.

—La cuestión es que otros constructores tienen la misma política y Carlos empieza a perder poder en la zona. Sus amigos ya tienen cierta edad y no compran como antes.

Recordé cómo años antes la oficina recibía numerosas visitas de futbolistas y artistas de toda Europa.

—¿Con qué empleados piensa quedarse el banco?

—Todos se trasladarán a la central, salvo los que estén a punto de jubilarse y los empleados contratados.

En mis labios se dibujó una mueca de rabia. Lidia, Elena y yo firmábamos contrato cada seis meses.

—¿Cuándo está previsto el cierre?

—Seguramente antes de que finalice la venta de esta promoción.

Aquella mañana me había despertado pensando que estaba a punto

de tomar un vuelo a la felicidad. Deseaba pasar un fin de semana agradable, rodeada de lujos desconocidos y con gente dispuesta a divertirse. Sin embargo, Lidia se había traído los problemas consigo y Priscilla me hacía partícipe de los peores augurios laborales.

Puestos a conocer la verdad, decidí llegar al fondo del asunto.

—Tengo entendido que ha entrado una nueva traductora en vuestras oficinas.

—Es la hija del director de la sucursal con la que trabajamos —corroboró—. Se marcha en septiembre a Cambridge durante un semestre. De momento, eres la única que realiza esa labor y Rafael habla maravillas de ti, pero...

Lidia me había pedido que mantuviera en secreto nuestra amistad, nadie conocía mi procedencia. Su tío no era un hombre querido en la empresa y pretendía evitar que los prejuicios cayeran sobre mí. Sin embargo, la falta de apoyos me convertía en una pieza fácil de sustituir.

Me sequé reiteradamente las manos con una toalla de papel, como si quisiera limpiar la rabia que me embargaba. Entretanto, la puerta se entreabrió y apareció Lidia.

—¿Qué hacéis aquí? Lleváis mucho rato.

Priscilla comenzó a ponerle al corriente de las nuevas estrategias empresariales y yo aproveché para volver a la fiesta. No había viajado a Marbella para encerrarme en un baño por muy lujosa decoración que mostrara.

Me dejé retratar con Rafael y con todo aquel que llevara una cámara de fotos en la mano. Quizá las cosas mejoraran, o pensaran que era una excelente trabajadora y decidieran llevarme a la Central.

Nada estaba firmado todavía y debía dejar constancia de mi paso por aquella tierra con la mejor de mis sonrisas.

No hay una sola alma en la Tierra

que no lleve una carga que no entiende,

no es usted el único,

pero lleva demasiado tiempo

cargando con ella.

Suéltela y siga adelante.

La leyenda de Vagger Bance.

CAPITULO 3

Unos incipientes rayos de sol se colaban a través de las contraventanas de madera cuando desperté. Lidia aún dormía acurrucada en un extremo de la cama. En su rostro se dibujaba la preocupación. Sin embargo, esta no había logrado borrar el encanto de su juventud y casi se diría que la tristeza le había dotado de una cierta belleza. La figura se le había estilizado y el cabello largo le afinaba la redondez del rostro. Yo sufría con su situación, aunque estaba segura de que saldría airosa del trance, era una superviviente.

En cuanto a mí, desconocía mi futuro. Esperaba un acontecimiento glorioso, casi un milagro, pero entendía que el destino se escribía día a día. Los fantasmas del futuro anidaban en mi pensamiento, haciendo que las contradicciones me impidieran ver con claridad. Soñaba con la adquisición de bienes materiales y detestaba la manera en la que se adquirían. Buscaba un halo de ética en el mundo empresarial y trabajaba para una despiadada entidad.

El despertador sonó y Lidia se movió ligeramente.

—Vamos, dormilona, hay que bajar a desayunar antes de las diez.

—¿A qué hora juegas? —preguntó entre bostezos y estiramientos.

—A las doce, pero estaría bien que llegáramos antes.

—¿Y qué hago yo cuando estés en el campo?

—Deberías hacer relaciones públicas.

—Reconozco que a ti se te dan muy bien esas cosas, pero a mí me intimidan los altos cargos.

—Piensa que son seres humanos con los mismos defectos y cualidades que los de cualquiera de su especie. Yo diferencio a las personas por su categoría humana, no por el volumen de sus ingresos.

Lidia se levantó de la cama y se miró en el espejo para atusarse el cabello revuelto.

—Tú eres perfecta —dijo con un atisbo de envidia—. Incluso te levantas peinada.

Aquel comentario me hirió. Creí que mi amiga entendía que, en el papel que ambas desempeñábamos, yo encarnaba la cordura y ella la inseguridad. No obstante, era su fragilidad la que constituía el pilar de mi serenidad y temía que algo en mi interior se quebrara si la vida separaba nuestros destinos. Sabía con certeza que nadie podría reemplazar el lugar que para ella había construido. Era el bálsamo que curaba mis heridas y me sentía pérdida con su ausencia. Esperaba que fuera siempre ese alma noble que me calmara y me protegiera de las inclemencias de la existencia.

A menudo me sentía fuera del mundo. Buscaba algo eterno y solo hallaba la fugacidad de las cosas, ese continuo adiós que decimos a todo lo que nos rodea. La vida me parecía una herida absurda. Todos los seres terrenales pasábamos por trances de los que debíamos recuperarnos para sufrir otros nuevos y, con cada golpe, el alma se me resquebraja.

Al mediodía el calor resultaba abrasador. Vestidas con un polo naranja, obsequio de la empresa, nos adentramos en el club ataviadas con gorra y zapatillas blancas. Habíamos decidido ponernos pantalones cortos y no sabíamos si nos arrepentiríamos. El sol lucía sin piedad en el zénit de su trayectoria.

—Creo que me quedaré todo el tiempo en el buggy —vaticinó Lidia.

En la cafetería, los socios conversaban apaciblemente sentados en unos sillones de piel junto a unas paredes del color de las cerezas, reminiscencia del estilo sajón. Algunos habían aprovechado para prender un habano. Otros, los más numerosos, apuraban la botella de agua antes de comenzar el juego.

—Por cierto, ¿quién será ese tal Ricardo? Quisiera saber si es tan guapo como dicen.

Busqué a mi alrededor entre los caballeros y me fijé en uno que derrochaba modales altivos y mirada azul.

—Ahí lo tienes —alcé los ojos en la dirección en la que él se encontraba.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque es un Carlos de la Vega en joven.

—¡Pues sí que es guapo! —exclamó—. No hay derecho. A mí me toca jugar con un cocinero de sesenta años y a ti con ese bombón.

La queja hizo que de mi garganta surgiera una sonora carcajada, lo que despertó la curiosidad del corrillo masculino. La mirada de Ricardo se cruzó con la mía y se quedó pensativo, como si quisiera recordar dónde nos habíamos visto.

Lidia sugirió que saliéramos a la terraza. Las mesas se distribuían en torno a una fuente que emitía una monótona melodía y nos sentamos a contemplar a los jugadores. Eran pocos los que poseían destreza y sentí alivio al saber que no sería la única en quedar en evidencia.

Un buggy se detuvo frente a nosotras y de su interior surgió un joven con unas gafas de sol que ayudó a bajar a una muchacha ataviada con una pamela y un traje de seda azules. Mantuve la mirada sobre él y no tardó en alzar la vista. Una amplia sonrisa fue su saludo.

—¿Es el hijo de Don Carlos?

Nunca le había hablado a Lidia sobre mis charlas con Javier ni de

mi incipiente devoción por un joven tan sensible como atolondrado.

Lidia sonrió con aire sarcástico.

—Parece que ya han encontrado una víctima. El padre andaba desesperado en busca de una chica rica que le sufragara los gastos.

En aquel instante, un joven algo nervioso se aproximó y solicitó permiso para sentarse con nosotras. Antonio había sido uno de los aparejadores encargados de supervisar las obras de la reciente promoción inmobiliaria y, una vez terminada, precisaba de una carta de recomendación para presentarla ante las grandes compañías constructoras del país, pero en la oficina de Marbella no parecían estar dispuestos a entregársela y buscaba la intermediación del tío de Lidia.

Aprovechando la situación, me encaminé hacia la tienda del club para recoger el equipo de golf y salí cargada con una pesada bolsa de palos. Al llegar al *tee* de salida, me presenté ante Ricardo y ni siquiera hizo intención de estrecharme la mano.

—Pensaba que te habías perdido.

—Pues aquí estoy, dispuesta a finalizar con un tres bajo par.

—No sabía que practicaras el golf.

—Y no lo practico, es solo una predisposición ante lo desconocido.

El soltero de oro colocó un pequeño soporte en el suelo y balanceó el palo varias veces hasta golpear la bola con todas sus fuerzas. Esta surcó el cielo en una parábola perfecta, pero una ráfaga de aire surgida de las colinas desplazó la trayectoria y cayó en una trampa de arena. Hizo un gesto de contrariedad y arrancó el buggy sin esperar a que estuviera bien sentada.

Mientras recorríamos la calle que se extendía hacia el *green,* contemplé la línea de un mar que se adentraba presuroso en el océano. A nuestro alrededor, árboles y matorrales de diversas procedencias habían crecido a modo de jardín botánico, y las palmeras y los sauces establecían lazos con los ficus y los laureles, a cuya

sombra se cobijaban los asistentes.

Ricardo detuvo el coche.

—Tu turno.

Yo desconocía la diferencia existente entre los palos y pensé que uno más corto haría la tarea más fácil. Me introduje en el *búnker* y analice la situación.

Los partidos de Severiano Ballesteros me habían enseñado que el golf constituía un desafío para las propias habilidades, por lo que me abstraje de la presencia de mi compañero y visualicé el campo para medir la pendiente que me separaba del green. Tras unos momentos de reflexión, golpeé la bola con un movimiento corto y seco, y esta se alzó decidida hasta posarse sobre el tapiz verde.

El campo presentaba ligeras ondulaciones hasta el lugar donde ondeaba una bandera roja. Ricardo tomó un nuevo palo y lo balanceó como si buscara una perfecta armonía entre la tierra y el cielo. En mitad de aquella nada, esperaba que un golpe perfecto surgiera de sus manos y miraba el hoyo como si de un fiero león acechante se tratara. Parecía invocar los vientos, las mareas, el sol y la luna para que el movimiento terrestre le fuera favorable.

Los hados no parecieron escucharle y la bola cayó en una zona de matorrales.

—¿Estás segura de que no eres gafe?

No perdí el tiempo con una respuesta.

—¿Qué se hace en estos casos? —inquirí.

—Se miden dos palos de largo y se golpea de nuevo la bola, pero con una penalización.

Un buggy pasó a nuestro lado y vi a Lidia que me saludaba de manera efusiva. Antonio, de copiloto, realizó un exiguo saludo y ambos continuaron disfrutando del paseo. Me pregunté qué hacía mi

amiga a esas horas por el campo cuando debía encontrarse en el área de inicio.

Ricardo y yo proseguimos el juego bajo un sol de castigo, él con su orgullo dañado y yo ignorando con estoicismo su presencia. Llegamos a los matojos y, mientras medía la distancia, me di cuenta de la burlona sonrisa que mostraba al verme pasar calamidades.

—¿Te parece graciosa la situación? –le inquirí.

—El golf no es un juego para débiles

—Te refieres a ti, supongo.

El joven guardó silencio y mantuvo el ceño fruncido al verme hacer el *swing*. Finalmente, logré desplazar la bola de los hierbajos, pero apenas recorrió unos metros.

—Su turno, caballero.

Extrajo de su bolsa un palo muy largo y se situó detrás de la bola. Miró a lo lejos y, sin apenas detenerse, lanzó la bola al lado opuesto de la bandera y esta cayó en un lago.

—¿No encuentras una forma mejor de distraerte?

Con mirada desafiante, respondió.

—Sube y te la muestro.

Tomó el volante y, pisando el acelerador, deslizó el coche calle abajo.

—¡No corras tanto! —Mi cuerpo no cesaba de botar en el asiento—. ¡Para, por favor, que me voy a caer!

El buggy prosiguió con los bandazos y, al llegar al lago, se inclinó hacia el lado izquierdo y ambos caímos al agua. Uno de sus pies fue a parar contra mi rostro y mi mano a punto estuvo de saltarle un ojo. Sin embargo, ninguno de los dos se disculpó. El playboy se arrastró por el fango y salió del lago con sus impolutos pantalones blancos chorreando lodo.

Cuando llegué a la cafetería, las zapatillas me chancleteaban, los pantalones me colgaban y la camiseta se me había pegado al cuerpo. Esperé el regreso de Lidia entre las idas y venidas de los socios, quienes no desaprovechaban el momento para mostrar su descontento por tener que compartir un fin de semana con los empleados de un banco.

Rafael hizo su entrada en el club en torno a las cuatro y no dudé en salir en su busca.

—¿Has visto a Lidia?

—La vi salir con el aparejador sobre la una. ¿Ocurre algo?

—Me gustaría cambiarme de ropa, pero es ella quien tiene las llaves del coche.

Miró el aspecto de mi vestimenta.

—Sí, estás llena de barro. ¿Qué te ha pasado?

—Un pequeño accidente deportivo.

—Si quieres, te acerco al hotel. Iba a revisar uno de los pisos piloto y me pilla de camino.

—Te lo agradezco.

—Por cierto, tienes la cara roja en el lado izquierdo. ¿No te has dado crema para el sol?

Mientras bordeábamos las lomas de la montaña a bordo de un todoterreno, el subdirector mostró su lado más amable.

—¿Cómo te ha ido con Richard?

—Ya me habían avisado de su peculiar carácter —dije son sorna—. Pero, dime, ¿es verdad que es nuestra competencia?

—¿Quién te ha dicho eso? —se extrañó—. Es un vendedor de la empresa como otro cualquiera y esperamos que el nuevo equipo venda toda la promoción este verano. Por cierto, pasaré los meses de julio y

agosto aquí, así que os quedaréis tranquilos en Madrid.

Al llegar al hotel me despojé de la ropa mojada y tomé una ducha fría. Me sentía tremendamente sola. No era la primera vez que Lidia desaparecía sin dar explicaciones, pero me parecía inaudito que lo hiciera durante un viaje de trabajo. Conocía sus reacciones cuando se sentía atrapada por la vida y temía que hiciera una tontería. Me sentía responsable de sus actos, pero esta vez jugaba en un terreno que no era el habitual. Recordé entonces la estancia en su casa de la sierra nada más conocerla.

Un sábado por la tarde, Lidia acababa de sufrir una de las muchas discusiones que mantenía con su madre y pensé que lo más conveniente era salir a pasear por los alrededores del pueblo para evitar que la disputa prosiguiera. El viento de la montaña soplaba con fuerza entre las calles adoquinadas cuando nos cruzamos con un joven que mi amiga conocía desde la infancia. Conversamos un rato hasta que este nos sugirió acompañarle a su casa. El fuego de la chimenea crepitaba en el salón y nos sentamos alrededor del hogar para paliar el intenso frío de noviembre. Otro de los hermanos nos dio la bienvenida y los cuatro nos dispusimos a tomar un chocolate caliente. El mayor acaparó la conversación con sus historias sobre las oposiciones al cuerpo de Abogados del Estado y nuestros rostros languidecieron con el monólogo.

En casa de Lidia, el menú no solía ser abundante y, en torno a las diez, el estómago me pedía comida.

—¿Qué os parece si vamos al italiano de la plaza?

Mi propuesta fue aceptada, y el hermano opositor y yo nos pusimos los abrigos. Él continuaba con su parloteo acerca del imperio de la ley en la puerta de la calle y yo le daba la razón sin apenas escucharle, cuando me pregunté en qué andaría ocupada mi amiga.

—No entiendo por qué no salen.

—Déjales, ya son mayores.

Dispuesta a conocer el motivo de su tardanza, me adentré en la penumbra y llegué hasta el salón con el reflejo del fuego. Y allí, bajo el peso del joven, se encontraba Lidia. Le agarré por el cuello de la camisa sin compasión y tiré de él hasta ver liberada de sus garras a mi nueva amiga. Estaba dispuesta a entablar una cruzada contra sus debilidades, pues sabía que se hallaba en ese sofá por carencia de amor y por desesperación. En ese instante, su mirada dibujó un gesto de agradecimiento que todavía perduraba en sus ojos.

Al salir del baño llamé a la recepción para pedir dos hamburguesas y traté de aliviar la espera cambiando de un canal a otro de la televisión. Finalmente, Lidia apareció despeinada y con una gran sonrisa.

—Estás tonta —farfullé molesta—. ¿No te das cuenta que estamos trabajando?

—No te pongas así, nadie se ha enterado.

—Pero si te has pavoneado por todo el recinto con ese tipo.

Mi amiga se abalanzó sobre la hamburguesa.

—Me gusta Antonio y me ha invitado el fin de semana que viene a su casa.

—Siempre te encuentras con el «chico del rincón» y nunca no te trae buena cuenta.

—Qué fácil es hablar cuando no se tienen problemas —murmuró con tristeza.

—Mi trabajo también está en juego, mi vida está en juego, pero hay que mantener la calma. No estás sola, tu tío luchará por tu permanencia en la empresa y seguro que lo consigue.

—Laura, tengo una hija que mantener y mis padres amenazan con poner en venta las casas y comprarse un piso de un dormitorio. Quieren disfrutar de la jubilación y dicen que piensan gastarse el dinero en cruceros.

—¿Y crees que un desconocido te salvará de la quema? ¡Por amor de Dios!

—Tú has tenido la oportunidad de terminar la carrera y tu cara no está siempre inflamada por la sinusitis —declaró entristecida—. ¿Cuántos hombres se fijan en mí, Laura? ¿Te acuerdas del chico con el que iba a casarme?

El año en que nos conocimos, Lidia se enamoró del profesor particular que le daba clases de matemáticas y al que apenas veía. Este la hizo creer que se casarían en cuanto él se licenciara y, un año más tarde, le confesó que estaba prometido a su novia de la infancia desde hacía una década.

—Lo único que sé es que tienes que aprender a cuidar de ti, porque yo no estaré siempre a tu lado.

Una lágrima resbaló por su mejilla y me acerqué a abrazarla. Aquellas palabras surgieron de mi boca sin apenas darme cuenta.

—Me aterra la idea de que me dejes.

Lidia solía recordarme que la abandoné al año de tener a Marta.

—Eso no volverá a suceder.

—¿Me lo prometes?

El sonido del teléfono irrumpió en la habitación y acudí a descolgar.

—Laura, soy Priscilla. ¿Qué ocurre, por qué no estáis aquí? Va a comenzar la entrega de trofeos y Rafael pregunta por vosotras.

—Ahora mismo vamos.

La realidad se compone de sueños,
de esos que emanan de la fantasía de la niñez
y de la sobriedad del mundo adulto.
Todos fijamos un rumbo
e iniciamos el recorrido con entusiasmo,
pero en el largo camino de la vida
unos atracan en el puerto previsto
y otros descubren por sorpresa
que han de anclar en un lugar no deseado.

CAPITULO 4

Las aceras rebosaban de transeúntes a las cinco y media y el sol de la tarde de Madrid invitaba a pasear. Los escolares, con sus voces estridentes, cargaban alegres con las mochilas a la espalda cuando Lidia se despidió de mí con un apresurado «hasta mañana». Esperaba la llamada de Antonio y tenía que llevar a Marta al dentista.

Tras una jornada llena de sinsabores, en la que Rafael recibía insistentes llamadas del banco, me detuve frente a una pastelería para mirar las tartas de chocolate y, mientras dudaba si darme el gusto o guardar eso que llamaban «la línea», alguien llamó mi atención.

—Hola, ¿eres Laura? —La reconocí al instante—. Soy yo, Paula. ¿Cómo estás?

Paula era una muchacha que se había casado con el hermano mayor de Álvaro, mi antigua pareja. Nunca había hecho intención de ganarme su amistad, sabía que mi relación no prosperaría. Salvo la Física, Álvaro y yo nada teníamos en común.

—Acabo de salir del trabajo y pensaba tomarme un café. ¿Me acompañas?

Pensé que el destino había decidido que me tomara esa deliciosa tarta.

—¿Dónde trabajas?

Aquella regordeta muchacha con la falda muy corta me contó que era secretaria en una aseguradora suiza y que aquel era el primer día que salía a su hora.

—Cuéntame, ¿cómo le va a Enrique?

Paula hizo un gesto de desagrado.

—Supongo que tenía que salir el tema.

—Disculpa, no tienes por qué hablar de él si no quieres.

—No pasa nada. Es solo que nos divorciamos hace dos años y no resultó agradable.

Paula comenzó a relatarme un particular infierno del que parecía haberse desprendido.

Enrique y Paula habían contraído matrimonio en contra de la opinión de la familia del novio. Para sus padres, ella no era digna de ocupar el trono del corazón de su primogénito. No había concluido el bachillerato y dedicaba su tiempo a colorear figuritas de yeso que adquiría en los alrededores del Arco de Cuchilleros. No se le conocía actividad laboral ninguna, salvo un trabajo en un bingo que su padre le había conseguido.

—Su madre me comparaba siempre contigo.

—Lo siento —dije algo turbada—. No tenía constancia.

Enrique impartía clases de dibujo en una escuela privada, aun cuando le quedara pendiente el último curso de Arquitectura. Sus padres culpaban a Paula de la dejadez de su hijo, pero lo cierto es que había abandonado la carrera antes de que ella apareciera. Se quejaba de que la arquitectura era la pasión de su madre, no la suya y se le hacía difícil sentarse a diseñar proyectos.

El escaso sueldo que percibía por las clases comenzó a erosionar la relación. Llegaba tarde y cansado, y se sentaba frente al televisor con el canal de deportes y una cerveza. Paula le preguntaba cómo le había ido el día, pero él siempre respondía con un «déjame ver el fútbol».

El diminuto apartamento que alquilaban era caro y gélido. El dinero no les alcanzaba para encender la calefacción y Enrique, para no pasar

frío, evitaba entrar en la ducha. Paula soportaba el mal olor al pensar que se trataría de una racha pasajera y que su marido volvería a la agradable sensación del agua en la piel.

Y no se equivocó. Enrique regresó al perfume del jabón y se vistió con las mejores camisas. No obstante, su interés por la higiene y el buen vestir tenía una razón. Una noche confesó tener relaciones con una alumna.

—¿Y qué hiciste?

—Le propuse empezar de nuevo, pero se negó. Decía que estaba muy satisfecho con su amante.

Desecha en lágrimas, Paula corrió a los brazos de sus padres y, semanas después, Enrique fue en busca de su esposa. No obstante, esta no se ablandó con sus súplicas. Tenía roto el corazón y la experiencia le había enseñado que no debía dejar su vida en manos ajenas. Decidida, falsificó diplomas académicos y aseguró contar con conocimientos de idiomas que desconocía.

Ahora ahogaba la pena entre impresos de siniestros y el sueño de enamorar a su jefe.

—Tiene pareja, una nigeriana, pero estoy segura que acabará por elegirme a mí. Se le pasará esa fiebre exótica.

Tras aquellas palabras, me pregunté por qué la vida se empeñaba en rodearme de seres tan diferentes a mi naturaleza y, acabada la tarta, hice ademán de marcharme.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me preguntó.

Mis planes consistían en caminar hasta casa y dejarme caer sobre la cama.

—No, especialmente.

—He quedado a las ocho. Si quieres, puedes acompañarme.

—¿Dónde vas?

El rostro de Paula adquirió un halo de vergüenza.

—No te rías, pero tengo cita con una vidente. Es una señora que colabora con la policía en casos de difícil resolución.

En aquella época, los videntes estaban de moda, pero la creencia en las artes adivinatorias no solía expresarse en público. Nunca había tenido la ocasión de ver predecir el futuro y no me interesaba en absoluto. Sin embargo, el aburrimiento era un sentimiento muy poderoso.

—Te acompaño.

A la salida del café, las recién encendidas farolas iluminaban con su anaranjado fulgor los rostros cabizbajos y cansados de los adultos que se dirigían hacia sus hogares. Los más afortunados ojeaban los escaparates de las tiendas antes de entrar en el teatro. Nos detuvimos ante la puerta de un edificio señorial de la calle Velázquez y, antes de adentrarme, miré a mi alrededor. Si de algo nos burlábamos los físicos eran de los poderes de los videntes.

Seguí a una decidida Paula por unas escaleras alfombradas y una mujer de unos cincuenta años salió a nuestro encuentro en el segundo piso. Tras entrar en la vivienda, nos condujo por un pasillo de paredes fucsias hasta una pequeña sala que, de no haber sido por los amuletos y talismanes que colgaban de las estanterías, hubiera creído que se trataba de un prostíbulo. La iluminación a base de velas blancas confería a la estancia un aspecto fantasmagórico. Alcé la vista al aparador y leí algunos títulos acerca de la radiestesia.

—Tomad asiento —nos indicó con la mano—. ¿Queréis que realice la consulta con el tarot francés o con la baraja española? ¿O acudís para que os realice algún «trabajo»?

—Yo vengo de acompañante —me apresuré a aclarar.

El rictus de la mujer se tornó desagradable.

—Espera fuera, entonces.

Desde el pasillo percibí la voz de Paula, decantándose por el tarot francés. La vidente extendió las cartas sobre la mesa e hizo alusiones a su pasado.

—De pequeña tuviste un susto en el agua, quizá cuando nadabas en el mar o en una piscina.

Me reí en silencio, aquella apreciación podría encajarle a cualquiera.

—Vives en un entorno armónico y lleno de afecto familiar. Sin embargo, no siempre ha sido así. Veo dolor y engaño en una etapa anterior.

Paula asintió levemente.

—Supongo que se trata de un matrimonio fallido y no deseas recordarlo.

La vidente deshizo el bloque de cartas y realizó una nueva tirada.

—No tardarás en contraer nuevas nupcias con un hombre algo mayor que tú, que te ofrecerá todas esas cosas que tanto anhelas. Pero, cuidado, me aparece una mujer a su lado. También sale la carta del carro —afirmó con extrañeza—. ¿Tiene algo que ver con un país extranjero?

A menudo pensaba que aquellos charlatanes decían lo que el cliente quería escuchar y, con habilidad y observación, se dejaban guiar por sus palabras y gestos. En cualquier caso, la precisión en este caso me parecía asombrosa y, al término de la consulta de Paula, decidí saciar mi curiosidad y ver qué me deparaban los hados.

—Es la primera vez que vengo y estoy algo nerviosa.

—Procura tranquilizarte, la influencia sobre las cartas podría ser negativa. Baraja cuanto quieras y coloca las cartas en un montón. Luego me las das de una en una.

Un pequeño temblor en la mano hizo que algunas se dieran la

vuelta. La dama las observó con atención y, tras una breve pausa, exclamó:

—¡Y eso que estabas nerviosa!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Veo un viaje al sur de un país, a una zona marítima. ¿Te marchas a Australia?

Una amiga y yo habíamos hablado de asistir a un concierto en Londres y pensé que quizá se tratara de ese viaje.

—Veo que te diriges allí por un asunto relacionado con el trabajo o con cualquier otra actividad, pero siempre de tipo intelectual. En ese entorno, encontrarás a un joven menor que tú que será tu guía espiritual en esta vida.

¿Un guía espiritual?, pensé. Tampoco me extrañaba que un día, harta de todo, me fuera a un templo budista a meditar.

—Se trata de una excelente persona que te ayudará a desarrollar tu personalidad en todos los campos. Veo, además, que regresas a ese mismo lugar para realizar una interesante actividad profesional, mejor que la que desempeñas ahora.

Puestos a soñar, tenía muy claro que lo haría como una niña ante un cuento de hadas.

—¿Cree que será el elegido para contraer matrimonio?

—Toma una carta al azar y colócala sobre el montón.

Busqué entre las cartas una que se hallaba escondida y apareció el as de oros.

—¿Puedo preguntarte por qué estabas tan nerviosa? Tus cartas son magníficas. El as de oros aparece en contadas ocasiones.

Yo continuaba sin darle importancia al asunto.

—¿Se ve ruptura en esa relación?

—Durará toda la vida. De hecho, se trata de un amor que trasciende los convencionalismos sociales.

Me vino a la cabeza una película en la que Katherine Hepburn y Spencer Tracy abrían sus puertas al prometido de su hija, un personaje interpretado por Sidney Poitier.

—¿Podría saber cuándo tendría lugar el encuentro?

—Déjame ver tu mano izquierda. —Se colocó unas gafas y acercó una pequeña lámpara—. Yo diría que en torno a los treinta años.

Hacía meses que había celebrado mi vigésimo octavo cumpleaños.

—¿Sería posible conocer exactamente el lugar?

—Eso es objeto de otra consulta, habría de utilizar un mapa y un péndulo.

Tras preguntar acerca de otras cuestiones como la salud y el dinero, Paula y yo abandonamos la casa exultantes de alegría. Siempre había creído que el destino me deparaba una agonizante continuidad en mi insignificante existencia y aquellas palabras, verdaderas o fingidas, fueron una inyección de fe en la vida. A menudo clamaba por un poco de felicidad, pero me parecía tan difícil como que las hadas me brindaran su preciado elixir.

A la mañana siguiente ni siquiera esperé el turno del ascensor y ascendí los ocho tramos de escalera para contárselo a mis compañeras de trabajo. Lidia, dispuesta a hacer que su incipiente relación con Antonio llegara a feliz término, pidió cita a la vidente con objeto de realizar un trabajo de magia.

—No lo hagas, Lidia, no quiebres la voluntad de un ser humano. El universo tiene sus reglas y desdeña a quien altera sus paradigmas.

—No pienso dejar que ese universo me quite a la única pareja que he tenido en mi vida.

De poco sirvieron mis consejos y, sin pensar en las consecuencias,

introdujo en el congelador un pequeño recipiente con algunas pertenencias de su flamante novio.

El verano estaba próximo y la sofocante tarde de la ciudad enaltecía mi deseo de huida. La amiga con la que iba a acudir al concierto se había decantado por un viaje a la India y ni siquiera me había invitado a acompañarla. Lidia permanecería en su casa de la sierra y se desplazaría a Málaga para visitar a Antonio, y el resto de los amigos se reuniría con la familia en el apartamento de la playa.

Un año más mis vacaciones estaban en peligro.

Me tumbé en la cama y contemplé el movimiento oscilante de las cortinas que ondeaban hacia el interior con la brisa de una cálida primavera, como si quisieran escapar para conocer el mundo que se atisbaba al otro lado de la ventana. Dejé la mirada perdida en el blanco de una nube que surcaba el cielo y sentí envidia de su libertad.

Unos pasos resonaron en la madera y pensé que se trataría de mi hermana para pedirme unos zapatos prestados o esa blusa que tan bien le quedaba. Más joven que yo, tenía suerte de conservar aún los amigos.

Unos ligeros golpes sonaron en la puerta.

—Adelante.

Mi padre se acercó con gesto preocupado.

—¿Te encuentras bien?

El hecho de encontrarme tumbada cuando brillaba un sol esplendoroso le hizo albergar dudas. Sabía que las penas del alma constituían una grave enfermedad.

—Nada que no curen unas buenas vacaciones.

—Te traigo la revista de la empresa, por si quieres echarle un vistazo.

—Gracias.

—No me gusta verte así. Si el banco prescinde de tus servicios, quizá sea hora de recapacitar y pensar que la enseñanza es el mejor camino.

—No tengo madera de profesora, me falta paciencia.

—La templanza se cultiva y las ganas se adquieren con la experiencia.

—Me gustaría continuar en el banco. Me pagan un buen sueldo y tengo ciertos privilegios.

—Hija, algún día entenderás que más vale ser cabeza de ratón que boca de león.

Mi madre oyó el comentario desde el salón.

—No hagas caso a tu padre, Laura. No se puede comparar el tipo de gente con el que tratas ahora con el que tendrías que soportar en un instituto.

Mi padre respondió airado.

—La enseñanza es uno de los oficios más dignos que se pueden desempeñar.

No deseaba asistir a uno de sus múltiples desacuerdos y me incorporé para cerrar la puerta.

Un gorrión se posó en el alféizar de la ventana, desde hacía semanas acudía a visitarme cada tarde y parecía sentirse solo. Ambos nos acompañábamos. Me acomodé en el sillón y abrí la revista. En sus páginas se anunciaban las nuevas rutas de vuelo a Norteamérica y Oriente Próximo, la relevancia internacional del Camino de Santiago y los nuevos hallazgos en cerámica precolombina junto a bebidas espirituosas, relojes de pulsera y perfumes clásicos. Las pasé sin detenerme hasta llegar al apartado de viajes, donde los veteranos organizaban cruceros por el Rhin y estancias de fin de semana en Cazorla. Entre sus ofertas destacaba un curso de inglés en Miami y se advertía de la excelente oportunidad para empleados y familiares.

¡A cualquier cosa le llaman oportunidad!, pensé al ver el precio.

El verano anterior había asistido a un curso en la Universidad de Montpellier y me había topado con unas habitaciones sin baño, plagadas de cucarachas y con las paredes sin blanquear. No obstante, recordé los buenos momentos vividos en las clases de enología, las excursiones a la playa y las fiestas nocturnas en los jardines del campus.

Sí, definitivamente era la mejor opción para unas vacaciones en solitario.

Había pasado por alto un dato curioso, todos los lugares que había frecuentado en los últimos tiempos comenzaban por la letra M. Madrid, Montpellier, Milán, Marbella… Pensé que aquella casualidad bien podría tener un significado cabalístico y recordé los vaticinios de la vidente. Un lugar de costa al sur de un país, un guía espiritual, un amor que traspasará las barreras de lo convencional…

¿Y si fuera verdad? ¿Y si hubiera alguien predestinado para cada uno de nosotros?

A la mañana siguiente hablé con Carlos de la Vega para solicitarle dos meses de vacaciones y el pago del curso en Estados Unidos. Si la empresa iba a costear los estudios de una recién llegada, también podrían hacerlo conmigo. Horas más tarde, me devolvió la llamada para comunicarme su decisión. Me concedía un mes extra para estudiar en Florida, pero en ningún caso la empresa abonaría los gastos.

Estaba emocionada por el viaje. No obstante, algo en mi interior me decía que las cosas no serían iguales a mi regreso y me despedí de Lidia con una mezcla de sensaciones. Ella me abrazó resignada a un destino que no había escrito.

—No te olvides de mí —me dijo.

—No podría hacerlo —le respondí.

Le dije adiós con las lágrimas brotando desde lo más profundo de mi corazón.

No dejes nunca de soñar,

porque en sueños el hombre es libre.

Walt Whitman

CAPÍTULO 5

El aeropuerto estaba a rebosar aquel sábado de julio y el vuelo con destino a Miami tenía previsto el despegue a la una. Las terminales eran lugares que siempre habían logrado fascinarme, si bien los chárter habían terminado con aquella elegante atmósfera de antaño. Adoraba ese ir y venir de gentes en busca de una mirada cómplice en la que detenerse, la ilusión de compartir una comida con quien no teníamos cita y las conversaciones entre desconocidos. Ocupé un asiento al final de la cabina y, dondequiera que mirara, encontraba cuerpos adormecidos con antifaces en los que se leía «no molestar para las comidas». No podía conciliar el sueño. Estaba demasiado ansiosa por llegar a mi destino y distraje mi impaciencia con una película.

Todo parecía indicar que me había quedado dormida cuando los auxiliares de vuelo encendieron las luces e iniciaron el reparto de bandejas. El olor de la comida se entremezclaba con el aroma a café recién hecho y el olor a pies descalzos. Mis músculos abdominales estaban encogidos por la impaciencia y no sentía apetito. Iba a conocer el Nuevo Mundo y me pasearía por aquellas magníficas playas con las que siempre había soñado.

El vuelo hizo escala en Cancún y, dos horas después, tomábamos tierra en el aeropuerto de Miami. El piloto, diestro en el oficio, recibió una multitud de aplausos y, entre el jolgorio y la emoción, el pulso se me aceleró y me atolondré en el momento de decidir por qué puerta descender. Finalmente, me encontré sola en una inmensa aeronave

con un personal de a bordo que me miraba con aire divertido. Busqué con la mirada a algún pasajero de mi vuelo por los pasillos de la terminal, pero todos habían desaparecido entre la muchedumbre como si hubieran sido absorbidos por una gigantesco agujero negro. Al llegar al control de pasaportes, esperé mi turno y oí algunos comentarios de la funcionaria, una mujer de origen caribeño.

—Usted sí puede entrar, pero este señor no.

—Vengo muy a menudo por negocios y trato de enseñar el funcionamiento de la empresa a mi sobrino.

—Lo siento, pero este señor es la primera vez que viene y, si no me dan la dirección de amigos o familiares, no puedo dejarle entrar.

—Por favor, entiéndalo.

—No, señor, es usted quien debe entender que entrar en los Estados Unidos de América es un privilegio.

Cuando me encontré ante la policía, las piernas me temblaban. No había solicitado visado de estudios.

—Buenos días —saludé con un hilo de voz.

—¡Por fin una europea! —exclamó—. ¿Dónde se dirige?

—Permaneceré en Miami en casa de unos amigos.

—Enséñeme el billete de regreso.

—¿Le doy la dirección de la familia?

—No es necesario. —Tras revisar los datos, añadió—: Feliz estancia.

Superado el primer escollo, caminé hacia la sala de recogida de equipajes y comprobé con inquietud cómo mi vuelo había dejado de anunciarse en los monitores. Pregunté al personal del aeropuerto y me enviaron de un lugar a otro hasta que encontré mis maletas tiradas en medio de la sala. Me abalancé sobre ellas para ver en qué estado estaban.

Sin más dilación, salí a tomar un taxi y el aspecto del conductor me sobresaltó, nunca había visto un taxista con turbante. A lo largo del trayecto, le hice varias preguntas sin obtener respuesta, por lo que decidí intentarlo con más ahínco.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde está el mar, por favor?

—¡Ah, el océano! —Se me olvidaba que los norteamericanos diferenciaban el mar y el océano al hablar.

Durante el recorrido atravesamos diversos distritos. Uno de ellos rezumaba colorido y alegría, y las gentes entraban y salían de los comercios con una sonrisa en los labios y camisetas de colores en el torso. Por el contrario, al cruzar un barrio de población afroamericana contemplé a los niños sentados sobre cadillacs desguazados que iban descalzos. Me deslicé por el asiento. No quería que me miraran y le rogué al cielo que ese no fuera el barrio de mi familia anfitriona.

—Perdone, ¿cómo se llama el distrito al que vamos?

—Coconut Grove.

—¿Es un buen lugar para vivir?

—Es un barrio muy tranquilo, cerca del océano.

Pocos minutos después, ya se divisaban lujosas casas de estilo colonial de fachadas blancas y columnas dóricas y deseé que ese fuera el aspecto del lugar donde permanecería durante toda mi estancia. El momento no se hizo esperar y el vehículo se detuvo frente a una casa blanca con dos columnas en la entrada, aunque bastante humilde. Extraía el equipaje del maletero cuando la puerta se entreabrió y un hombre muy sonriente apareció junto a una mujer rubia de cabello largo.

—Hola, Laura, yo soy Fred y esta es mi esposa Nancy. ¿Qué tal el vuelo?

Tras los comentarios rutinarios acerca del viaje, en los que Nancy había permanecido en silencio, esta decidió intervenir.

—Nosotros nos vamos al cine. ¿Quieres venir?

Lo último que deseaba en esos momentos era encerrarme de nuevo en un lugar oscuro.

—Muchas gracias, pero preferiría quedarme en casa para descansar un poco.

—Bien, pero no abras la puerta a nadie —me aconsejó Fred—. Si ves a alguien que se acerca a la casa, llama a la policía y no hables nunca con desconocidos. Por cierto, ¿sabes usar armas?

—Me temo que no —me apresuré a responder. No deseaba tener uno de esos artilugios tan populares en aquel país.

Al adentrarme en la casa, el recibidor hacía las veces de comedor formal y, junto a la mesa, reposaba un aparador con títulos de novela romántica. Fred introdujo la mano tras los libros y extrajo una pequeña pistola plateada.

—Pues esta será la tuya —dijo—. Colócala bajo la almohada y no te olvides de mantener el seguro puesto. Si alguien entra en tu habitación y es de raza blanca, dispara a las piernas. Pero si es negro, apunta a la cabeza.

Cuando se marcharon, no sé si sentí alivio o una tremenda inquietud, y pensé en llamar a Lidia, pero en España era casi medianoche.

Indy, una perrita de pelaje blanco, me seguía a todas partes. Parecía estar acostumbrada a tratar con desconocidos. Entré en el dormitorio y los rayos del sol iluminaban una estancia en la que predominaba el rosa y el blanco, a excepción de un sofá verde que hacía juego con las palmeras que se divisaban por la ventana. Indy retozaba en el sofá mientras colocaba la ropa en el armario y, en un descuido, le pillé mordisqueando uno de mis bikinis.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamé enfadada—. ¡Vaya, había olvidado que solo entiendes inglés!

La perrita movió la cabeza con un gracioso vaivén y, confiada con mi presencia, se subió en la cama. Terminada la tarea, me recosté a su lado, pero el sueño me seguía siendo esquivo y decidí hacer unos largos en la piscina.

El jardín de la casa resultaba un pequeño oasis de palmeras, helechos, orquídeas y heliconias, y rezumaba humedad. Me acerqué al termómetro y marcaba 96º F. Recordé que al abandonar Madrid la temperatura rebasaba los cuarenta grados. Introduje un pie y no sentí frescor alguno, por lo que me lancé de cabeza al agua. Indy me miró con gesto desencantado. Pretendía jugar conmigo y yo no la hacía el menor caso, estaba demasiado cansada para carantoñas.

A su regreso, Nancy y Fred me advirtieron de los peligros del trópico.

—Ten cuidado, Laura, eres muy blanca y el sol de Florida no tiene misericordia con los recién llegados.

Con la caída de la tarde, me vestí para recibir a la familia de Nancy que venía a cenar aquella noche. Una vez en la mesa, Fred me tomó de la mano y comenzó a bendecir los alimentos. Nancy me miraba con desdén y yo no lograba comprender la razón. ¿Qué podía haberle hecho yo?

Tan pronto como el anfitrión se levantó de la mesa, di las buenas noches y me retiré a mi habitación. La cabeza me estallaba tras haber permanecido treinta horas sin dormir.

A la mañana siguiente, mi anfitriona continuaba con su desdeñosa actitud y Fred volvió a hacerme los honores.

—Buenos días, Laura.

—Buenos días —respondí sin muchas ganas de hablar.

—¿Qué te ocurre?

—He dormido mal, supongo que será el *jet-lag*.

Nancy intervino.

—¿Recuerdas, Fred, al chico francés que llamó a la policía cuando se levantó porque no se acordaba dónde estaba?

—El año pasado estuve en el sur de Francia e hice buenos amigos.

—¿Y se lavaban? —Miré a Nancy sin parpadear, no sabía si había comprendido bien sus palabras—. Perdón, supongo que hay de todo, pero nuestra experiencia con los franceses es que no se duchan en días. Recuerdo que tuve que quitarle la camiseta a un chico porque pensaba pasar otra semana sin ducharse.

—Hay estadísticas que demuestran que los franceses son los europeos que menos jabón consumen, aunque los que más perfume gastan.

El comentario hizo estallar en carcajadas a la pareja, aunque no era mi intención mofarme de los hábitos de los galos.

El salón de la casa quedaba unido a una cocina blanca, donde una isleta separaba ambos espacios. Me serví un tazón de leche con cereales y me senté junto al ventanal que daba al jardín. Fred aprovechó para acercarme un informe que contenía mis datos personales.

—Aquí hay un error. Yo no tengo treinta y ocho, sino veintiocho años.

Los ojos de Nancy se alzaron como si quisieran agradecerle una plegaria al cielo.

—¿Lo ves, Fred? Ya te dije que no podía tener esa edad. No te imaginas, Laura, lo pesado que estuvo ayer diciéndome lo guapa que eras para tu edad.

Aclarado el malentendido, Fred se sintió libre de invitarme a la reunión dominical.

La familia solía acudir a una parroquia donde predominaban los

feligreses de origen irlandés y, mientras recorríamos las calles arboladas, las iglesias de distintas congregaciones se sucedían a nuestro paso. Comprendí que la libertad de culto era algo de lo que los estadounidenses podían presumir.

Antes de llegar a Florida había leído algunos artículos acerca de los predicadores, por lo que la presencia de un hombre con un traje de color azul eléctrico no me sorprendió.

El oficiante inició su discurso.

—Encuentro caras nuevas entre nosotros esta gloriosa mañana y espero que se abstengan de hacer fotos —advirtió—. Por favor, acérquese.

Las señales parecían ir dirigidas a mí, pero decidí ignorarlas. Al instante, tres hombres bien trajeados, y con una altura cercana a los dos metros, me invitaron a salir al pasillo central. Miré a mi alrededor con cara de extrañeza. El predicador comenzó a mencionar los infiernos y los fieles de los asientos cercanos se aproximaron con miradas agresivas como si le hablaran al mismísimo innombrable.

Sin motivo aparente, me golpeó en la frente y me hizo tambalear. Intenté mantener el equilibrio, pero dos de los encorbatados me sujetaron por los brazos y me obligaban a tumbarme en el suelo. El tercer hombre me tapó con una sábana con objeto de evitar que mostrara algo más que las piernas, al tiempo que los fieles gritaban y gritaban, y la música subía y subía.

Hice intención de liberarme de aquellos dos monstruos hasta que entendí que cuanto más me rebelaba, más motivos otorgaba a los devotos para creer que me hallaba poseída de un poder maligno.

—Quédese tranquila —susurró uno de ellos—. No le pasará nada.

Permanecí inmóvil con cara de reproche hasta ser liberada de aquella pantomima de mal gusto y regresé a mi asiento, sabedora de haber sido objeto de burla de un payaso moralista.

Al salir de la iglesia nos dirigimos a Bayshore Drive, la avenida donde se localizaba la escuela y aprovechamos para almorzar una deliciosa ensalada de frutas en un restaurante situado frente a la bahía. El día había amanecido con un sol radiante y su fulgor se reflejaba en los rascacielos colindantes al puerto deportivo, donde unas embarcaciones anhelantes de surcar los océanos relucían por su blancura.

—¿A qué te dedicas, Fred?

—He sido policía durante veinte años y me apartaron del servicio cuando empecé a padecer problemas cardíacos.

El enigma de las armas dispersas por la casa había quedado desvelado.

—¿Y tú, Nancy?

—Estudio en la universidad para conseguir el título de maestra —dijo con desgana. Desde que contrajera matrimonio no había desempeñado trabajo alguno y se le hacía incómodo incorporarse al mercado laboral a los cuarenta años.

—Tenéis hijos, supongo. Los dormitorios están cuidadosamente decorados.

—Tenemos una hija —se apresuró a responder.

—Tenemos dos hijas — puntualizó Fred—. Nuestra hija estudia en Nueva York y yo tengo otra hija de un matrimonio anterior que vive en Tampa.

Nancy bajó la vista con aire malhumorado y decidí dejar de preguntar para evitar roces entre la pareja.

La vida es desierto y oasis.

Nos derriba, nos lastima,

nos enseña,

nos convierte en protagonistas

de nuestra propia historia.

Aunque el viento sople en contra,

la poderosa obra continúa.

Walt Withman

CAPÍTULO 6

La claridad me despertó antes de que el despertador sonara. Por fin era lunes y acudiría a mi primer día de clase. Miré a través de la ventana y vi a una mujer joven corría al tiempo que paseaba a sus perros atados al carrito de bebé. ¡Qué espíritu de superación!, pensé.

Tras el desayuno, me coloqué la mochila a la espalda y salí de la casa dispuesta para la caminata. La noche anterior había llovido copiosamente y la hojarasca despedía un penetrante hedor. Ante la ausencia de aceras, caminé por la calzada acompañada del claxon de los conductores, pero en mis planes no había lugar para la desgracia. Resté importancia a los avisos y proseguí mi camino hasta llegar a CocoWalk, donde el silencio fue engullido por el bullicio del distrito comercial. En Bayshore Drive, los corvettes circulaban a gran velocidad y las limusinas paseaban su majestuosidad junto a un puerto que lucía con orgullo los yates amarrados al muelle.

Las escaleras de entrada a la escuela rebosaban de estudiantes y me acerqué a la recepción para presentarme. Una mujer de rasgos asiáticos recriminó mi conducta.

—Esperamos su llamada durante todo el sábado.

—Lo siento, pensé que no trabajarían el fin de semana.

—No importa, aquí tiene el cuestionario para evaluar su nivel de inglés.

Salí al hall del edificio y me apoyé en un saliente de mármol para

escribir. Mientras leía las preguntas, una poderosa fuerza me obligó a girar la cabeza y me detuve en un estudiante de mirada avasalladora. Pasé revista a mi atuendo y, tras comprobar que todo estaba en orden, continué mi tarea. Minutos después, miré de soslayo y el joven seguía allí, observándome con descaro. Su aspecto era muy diferente a la del resto de los estudiantes. Llevaba unos pantalones beige que se pisaba al caminar, una camiseta raquítica de un amarillo descolorido y un corte de pelo a lo Elvis. Se movía con cierto temor, encogido, como si no creyera ser merecedor de un lugar tan elegante.

Acabado el test, me escabullí entre la gente para evitar tropezarme con él.

La escuela se hallaba en un luminoso local de dos plantas comunicadas por unas escaleras flotantes. Deambulé por los pasillos y entré en los lavabos, momento en el que comprobé con inquietud cómo las puertas de los aseos no solo quedaban abiertas arriba y abajo, sino también en los laterales. Se veía a las usuarias en posturas comprometidas y me juré a mí misma no pisar aquel lugar más de lo imprescindible.

Tras retocarme el maquillaje, salí por la puerta trasera y me encontré con una sala repleta de agentes de seguridad. El edificio contaba con un ilustre inquilino. El político Jeb Bush, el hijo del presidente que dirigía en esos momentos los destinos de la nación, tenía instalado su despacho en la planta tercera. Ascendí los peldaños, un gran salón se abrió ante mí y desde él se accedía a las distintas aulas. Me senté junto a una ventana a la espera de los resultados.

Un joven con el cabello enroscado se me acercó.

—¿Tienes hora?

Enseguida reconocí su acento sureño.

—Son las once y diez —respondí—. Eres francés, ¿verdad?

—Nací en Marsella, pero vivo en Grenoble. Allí es donde tengo mi

consulta.

—¿Eres médico?

—Soy dentista. Por cierto, mi nombre es Philippe. ¿Empiezas hoy el curso?

—Así es.

—Yo asisto a clases individuales y empecé la semana pasada. Si quieres, almorzamos juntos.

No dudé en aceptar. No quería encontrarme sola en mitad de una ciudad desconocida.

Una vez aparecidas las listas de alumnos distribuidos según el nivel de conocimiento de la lengua, me adentré en el aula contigua a la de Philippe. No había dejado la mochila en la silla cuando entró el misterioso estudiante y se sentó a mi lado. Me saludó con amabilidad, gesto al que yo correspondí sin apenas mirarle. Sus ojos me intimidaban. El profesor inició la clase y nos sugirió unos ejercicios en grupo mientras se ausentaba.

Eddie no dudó en captar mi atención.

—Soy alemán y tengo una doble licenciatura en Turismo y Administración de Empresas.

Aquel joven poseía una voz melodiosa y ponía un enorme énfasis en cada una de las palabras, y si a lo lejos me había dado la impresión de ser un individuo algo extraño, ahora se mostraba muy dulce. Conversamos sin interrupciones hasta el momento en el que timbre anunció el final de la jornada.

—¿Vienes a almorzar conmigo? —preguntó decidido.

—Lo siento, tengo un compromiso anterior.

Un halo de tristeza volvió a empañar su mirada y sentí un dolor en la conciencia.

Philippe y yo nos dirigimos al mismo restaurante de la bahía al que

había acudido con Nancy y Fred el día anterior y disfrutamos del crujiente sonido de las embarcaciones. El vaivén de las olas las invitaba a bailar con su silenciosa melodía. El francés parecía encontrarse cómodo en mi compañía.

—Tengo treinta y seis años y no sé si me creerás si te digo que es la primera vez que me tomo unas vacaciones. Me decanté por Miami porque en agosto asisto a un congreso internacional de odontólogos en Nueva York.

—Eso de los congresos suena bien.

—Las conferencias resultan tremendamente aburridas, pero los cócteles son harto agradables. Encuentras gente interesante y mujeres atractivas con muchísimo dinero pero, claro, has de comunicarte en inglés. De lo contrario, te relegas y no hablas más que con los colegas franceses. Y para eso ya tengo las revistas de medicina en casa.

—Entiendo.

—Busco una mujer profesional con la que contraer matrimonio y estoy dispuesto a encontrarla este verano —prosiguió—. Soy un buen partido y no pienso conformarme con cualquiera. Llevo años dejándome la piel para lograr una posición social y no entra en mis planes casarme con una provinciana.

Tras aquellas arrogantes palabras, centré mi atención en la mesa de al lado.

Eddie me observaba con ojos melancólicos junto a otros compañeros de clase. Michael poseía unos rasgos tan perfectos que me resultaba imposible apartar la mirada. El cabello rubio, los ojos color miel y un suave bronceado armonizaban con la camiseta de *Star Wars* recién estrenada. Estudiante asiduo a los cursos de verano en el extranjero, este joven suizo estaba decidido a convertirse en juez una vez completara sus estudios en la Universidad de Berna. Se hacía acompañar de su primo André, un joven licenciado en Ingeniería que se eclipsaba ante su presencia, aun cuando fuera poseedor de

múltiples atractivos. Con ellos se sentaban dos muchachas de aspecto nórdico cuyos nombres no recordaba.

Philippe reanudaba las clases a las tres.

—¿Sabes qué tanto por ciento hay que dejar para los impuestos?

—Podríamos preguntar, no quisiera dejar menos de lo debido,

—Dejemos dos dólares y se acabó.

Sabía que ese importe no era suficiente, pero no tenía la intención de pagar los impuestos de un francés en Estados Unidos.

Cuando abandonábamos el local, escuché avergonzada las palabras de la camarera.

—Cuanto más dinero tienen, menos propina dejan.

El sol resultaba abrumador de regreso a casa y me paré en mitad del camino para derramarme una botella de agua por la cabeza.

Nancy se sobresaltó al verme llegar con la cara morada y calada hasta los huesos.

—¡Laura, por Dios! ¿Por qué no tomas el metro o el autobús? Hay uno que te deja a unos diez minutos o también puedes tomar dos autobuses que…

Me metí en la ducha sin reparar en más explicaciones mientras Indy entraba y salía del cuarto de baño. En un descuido, me dejó desnuda con la puerta abierta ante la presencia de mi anfitrión.

Al día siguiente llegué un poco antes y me dispuse a observar a los compañeros de clase. La media de edad era de unos veintisiete años y me sentí feliz. Michael, de veintiún años, conversaba alegremente con una muchacha austríaca de aspecto lustroso que mostraba una irritante altivez. Otra de las muchachas que había almorzado con Eddie llamó mi atención.

—Me llamo Ragnar, pero me gusta que me llamen Rocky.

El nombre me pareció algo masculino para una mujer tan exuberante. Media casi un metro ochenta y llevaba el cabello corto y teñido en color cobrizo, lo que acentuaba más sus rasgados ojos azules.

—Trabajo de secretaria en Helsinki y, como allí empieza el otoño ahora, me he venido a Miami.

—Yo soy licenciada en Física y al parecer no tengo bastante con el calor que hace en Madrid que me vengo al trópico.

La islandesa soltó una carcajada ante mi ocurrencia.

El profesor hizo su entrada con gesto aburrido y, aprovechando que había alumnos nuevos, sugirió otra presentación, momento en el que algunos decidían contar detalles personales que a nadie interesaba.

La puerta se entreabrió y Eddie apareció con los mismos pantalones del día anterior. Con paso firme, se sentó a mi izquierda y Rocky hizo una mueca de burla.

Durante las dos horas siguientes escuché conversaciones de uno y otro lado sin que ninguno de los dos hiciera el esfuerzo de comunicarse entre sí. Me pregunté qué habría ocurrido en aquel almuerzo para que dieran rienda suelta a aquella antipatía.

En un momento en el que el profesor daba instrucciones para una traducción, la islandesa susurró.

—Ayer te vi con un chico que no es de clase.

—Sí, se trata de Philippe.

—¿Es tu novio?

—No, qué va, le conocí ayer.

El profesor nos miró con disgusto, pero Rocky prosiguió con el interrogatorio.

—¿A ti te interesa?

—No, en absoluto.

—A mí me parece guapísimo. ¿Por qué no me lo presentas?

Resultaba divertido saber que una mujer tan atractiva quisiera conocer a alguien que a mí me resultaba indiferente. Quizá se tratara de la atracción de los polos opuestos. Philippe era un hombre de piel cetrina y cabello oscuro mientras que la palidez de la nórdica relucía en la oscuridad.

Al término de la clase salimos a degustar las famosas ensaladas de frutas y nadie parecía estar contento. Rocky trataba de captar la atención de Philippe, este continuaba con sus egocéntricos discursos y solo quería hablar conmigo, yo fijaba la vista en Michael y Eddie no apartaba los ojos de mí.

Mientras saboreaba la fruta me pregunté por qué no podíamos pasar unas vacaciones sin complicación alguna. Acabado el curso, nos despediríamos y volveríamos a nuestra rutina diaria.

Uno de los secretos profundos de la vida
es que lo único que merece la pena hacer
es lo que hacemos por los demás.

Lewis Carroll.

CAPÍTULO 7

La escuela nos llevaba a disfrutar del mar varias veces a la semana. El día anterior habíamos visitado Miami Beach, la famosa playa sita junto a unos edificios de color pastel. Las terrazas del paseo marítimo se hallaban rebosantes de varones con el torso desnudo sin más sombra que la de sus gafas de sol y, salvo los más jóvenes que se decantaron por jugar al voleibol, el resto nos vimos obligados a soportar la solana con claros síntomas de deshidratación. Por esa razón, me emocionaba saber que aquella tarde visitaríamos la playa de Crandon Park, en Key Biscayne. Una guía nos recogió con un autobús y dejamos atrás la ciudad al cruzar Rickenbacker Causeway, un puente construido sobre el azul del Atlántico que servía de unión entre Miami y los cayos.

Al llegar a Key Biscayne se abrió ante nosotros un paraíso natural, en donde los cocoteros reposaban sobre el océano para acariciar sus turquesas aguas. Nada más pisar la arena de la playa, dejé que mi cuerpo rodara hasta llegar a la orilla, gritando de felicidad. No me importaba lo que el resto de estudiantes pensara, era mi momento y mi ilusión. Había coleccionado postales de esos paradisíacos lugares desde que mi memoria recordaba y ahí estaba yo, rodeada de toda esa belleza con la que siempre había soñado.

Eddie comprendió mi reacción y corrió hasta mí con una amable sonrisa. Comenzamos a desvestirnos y los pantalones cortos de colores

predominaban entre los varones. Por el contrario, él se había ceñido un bañador negro que marcaba su generosa anatomía y destacaba una vez más por ser diferente, algo imperdonable en esos círculos sociales. En las voces femeninas se oía repetidamente su nombre, unas veces con desprecio y otras con enorme devoción.

Entretanto, yo bromeaba con Michael. Su angelical rostro de estatua renacentista me trastornaba el entendimiento.

—Si fueras más guapo, te colocarían en un museo florentino.

Quizá le incomodaran mis halagos, pero sonreía ante mi descaro.

—Eres una mala mujer y estás orgullosa de ello.

Estallé en una sonora carcajada.

Con un movimiento certero, Eddie me llevó hasta la orilla y allí nos sentamos a admirar la estampa. Desde aquella perspectiva, las olas iban y venían desde el más profundo azul hasta el suave color esmeralda y las palmeras acompasaban su lánguido vaivén a la tímida brisa de la tarde.

—Siempre he tenido la impresión de que el mar nos llama, invita a adentrarnos —comentó.

—Provenimos del mar y supongo que una parte de nosotros desea volver. Quizá por eso miremos las estrellas, porque eso es lo que somos, polvo de estrellas.

Eddie sonrió feliz de encontrar a alguien con quien compartir aquellos momentos de placidez.

—Es impresionante ver cómo el conocimiento ha ido evolucionando, aunque se ha perdido mucha sabiduría por el camino. El ejemplo es la Gran Biblioteca de Alejandría, imagínate todo lo que allí se encontraba. Obras procedentes de Grecia, de Oriente y de África bajo el amparo de la cultura egipcia. La Biblioteca fue el primer centro de investigación de la historia y parece ser que constaba de diez salas para las distintas ramas del saber. Se compraban libros en todos los

lugares conocidos y una vez copiados se devolvían a sus dueños. Allí permanecieron las copias más exactas del mundo y las estudiaron las mentes más brillantes de la Antigüedad.

—Nunca he sabido quién fundó la Biblioteca —manifesté sin mucho entusiasmo.

—La Biblioteca fue fundada por Ptolomeo I y la continuó financiando su hijo, una dinastía de reyes griegos que habían heredado la parte egipcia de Alejandro Magno. Estos monarcas dedicaron parte de su fortuna a la adquisición de libros y a la investigación científica.

—Y siglos después toda la civilización clásica desaparecería entre las llamas —suspiré.

—Se estima que la biblioteca albergaba casi un millón de pergaminos, pero solo algunas obras y fragmentos inconexos sobrevivieron. Algunas de estas obras fueron censuradas y se perdieron para siempre durante la Edad Media. Quizá ese conocimiento haya quedado oculto en las catacumbas de algún monasterio, en el palacio de algún sultán o en alguna sinagoga.

—Tal es el caso, dicen, de un tratado de Aristóteles sobre la risa que la iglesia consideró herejía y nunca vio la luz.

Eddie y yo soltamos una sonora carcajada como homenaje a Aristóteles, si bien el padre del pensamiento occidental nunca se había encontrado entre mis autores favoritos. Hacía gala de una recalcitrante misoginia y me regocijé al pensar que, en la actualidad, las universidades estaban repletas de mujeres que leían *Ética a Nicómaco*.

—El primer incendio se le atribuye a las tropas romanas de Julio César, quienes lanzaron teas incendiarias contra la flota egipcia que custodiaba la entrada. Cuentan que había un almacén cerca del puerto y unos cuarenta mil papiros quedaron reducidos a cenizas. También se atribuye la causa de la destrucción a los rebeldes judíos, a los saqueos

continuados por parte de los romanos y a varios terremotos que asolaron la ciudad —añadió—. Todos los esfuerzos de Alejandro Magno, de los Ptolomeos y de todos los sabios que en ella trabajaron se perdieron para siempre.

Yo compartía su inquietud.

—Es el momento de preservar el conocimiento y extenderlo para que todas las criaturas de la Tierra despierten a la conciencia de que somos el fruto de un afortunado milagro.

Ambos permanecimos unos momentos en silencio, como si nos sintiéramos transportados a ese mítico mundo que tantas ensoñaciones despertaba entre los científicos. El rumor de las olas parecía acompasar nuestros pensamientos y la suave brisa de la tarde incitaba a la meditación.

Eddie prosiguió.

—Gracias a los pocos conocimientos que se salvaron de la Biblioteca, este continente fue explorado por los navegantes europeos. Los grandes viajes se llevaron a cabo gracias a las lecciones de Eratóstenes. En un principio navegaban junto a la costa y se dejaban guiar por las constelaciones. Por cierto, cuéntame las teorías existentes acerca de Colón que se barajan en tu país. Quisiera saber si son las mismas que nos enseñan en Alemania.

El joven estaba dispuesto a no dejarme marchar y lo tomé como un halago. Al fin y al cabo, el grupo jugaba un partido de voleibol en el que yo no iba a participar y su conversación resultaba interesante.

—Se sabe que los cartagineses, los vikingos, los andalusíes y los chinos habían llegado a tierras americanas, pero es en la época de Colón cuando se establecen los vínculos. Eratóstenes afirmó que se podía llegar a las Indias desde la Península Ibérica navegando por el oeste. El navegante, fascinado con esa idea, alteró los cálculos y presentó una cifra menor de la circunferencia de la Tierra a la reina Isabel. Exageró la distancia existente por el este hacia las Indias para

convencer con su proyecto, ya que, según afirma Bartolomé de las Casas en su libro, Colón conocía la existencia de las tierras al otro lado del Atlántico gracias a la información recibida de un marinero portugués cuando se encontraba en las Azores.

—Háblame del almirante.

—Colón ocultó sus orígenes y su hijo Hernando contribuyó al hermetismo al decir que su padre nunca quiso revelar su procedencia. La teoría que se mantiene en la actualidad es que pertenecía a una familia humilde de Génova.

—Si era de origen humilde, ¿cómo iba a tener tantos conocimientos? —preguntó Eddie—. El conocimiento estaba únicamente al alcance de la nobleza y el clero. Además, ¿por qué ocultaría su origen?

—Ese ha sido el tema que ha tenido ocupados a los historiadores durante un siglo. El propio Colón declara ser genovés en un documento. Sin embargo, dicho documento fue declarado apócrifo.

—Cuando se oculta el origen es por miedo o por vergüenza.

—Los reyes católicos obligaron a todos los judíos a convertirse y los que se negaron fueron expulsados, por lo que es probable que la teoría que afirma que Colón era judío sea la correcta. Muchos de ellos profesaron su religión en secreto.

Eddie esbozó una pícara sonrisa.

—De modo que tenía engañada a la reina Isabel.

—La reina de Castilla sabría quién era Colón, pero debía convenir a los intereses de la corona mantener oculto su origen. No podía distinguir a un sefardí con el título de almirante de una expedición tan relevante.

—Esa no es la historia que cuentan en las escuelas alemanas.

—¿Y qué es lo que os enseñan a vosotros?

—Dicen que Colón era un noble o un protegido de la corona de Portugal y que inicialmente le propuso el viaje al rey Juan II.

—Y la propuesta le pareció más interesante de lo que le hizo creer al navegante, ya que el portugués envió una nave siguiendo la ruta planeada por el navegante, pero el viaje resultó infructuoso y desechó el proyecto.

—En Alemania a Colón se le dibuja como un traidor.

Aquella afirmación me sobresaltó.

—¿A qué se debe esa conclusión?

—Permaneció unos días en Lisboa antes de informar del descubrimiento a la reina de Castilla y, por esa razón, la corona de Portugal aceptó el reparto del Tratado de Tordesillas, en el cual el Nuevo Mundo quedaba fuera de su influencia.

La tarde resultaba demasiado bella para discutir y Michael acababa de terminar el partido.

—Lo importante es que Colón, tomando datos de textos de la Antigüedad, contribuyó al desarrollo del conocimiento.

Con la caída de la tarde, las nubes se habían cargado de agua y una tormenta se acercaba, tiñendo de gris el agua y el cielo.

—Imagino el miedo que sentirían los marineros cuando se encontraran con estas tormentas en alta mar —pensó Eddie en voz alta.

Michael se acercó a la orilla con el rostro encendido tras el esfuerzo y contemplé con una sonrisa cómo le acariciaban las olas. Las gaviotas revoloteaban a su alrededor, emitiendo sus discordantes graznidos, cuando se sumergió en las aguas.

La guía nos ordenó subir al bus, la tormenta estaba próxima y Eddie y yo nos levantamos para atender a su llamada. Volví la vista al océano para avisar al joven suizo de nuestra partida, pero seguía

buceando. Nos dispusimos a recoger las toallas y, antes de empezar a vestirme, busqué de nuevo con la mirada la presencia de Michael.

Seguía sin haber rastro de él y una señal de peligro me recorrió el cuerpo.

—¿Dónde vas, Laura?

Me apresuré a lanzarme a aquellas aguas turbulentas y nadé a contracorriente entre las oscuras algas que poblaban la orilla. La marea había revuelto la arena y la visibilidad era muy escasa, por lo que braceé a uno y otro lado, tratando de no perder la posición en la que le había visto a Michael por última vez.

Hacía una hora que la silla del vigilante de la playa había quedado vacía y Eddie dio la voz de alarma entre los compañeros.

—¡Chicos, Michael y Laura! —voceó mientras señalaba el océano.

André y él saltaron al agua cuando ya tenía al joven suizo asido por los hombros y entre los tres logramos depositarlo en la orilla. Su rostro lucía ligeramente violáceo y el cuerpo no respondía a estímulo alguno.

—Hay que llevarle al hospital más cercano —afirmó la guía con claras muestras de nerviosismo.

—No hay tiempo.

Le di unas palmadas en las mejillas, pero seguía sin reaccionar.

—¿Qué hacemos? —se desesperaba André.

Me coloqué a su lado y comencé a presionarle el tórax. Michael no respiraba. Le hice el boca a boca y proseguí con el masaje cardíaco. En la segunda secuencia, la esperanza de devolverle a la vida empezó a flaquear y las primeras lágrimas de impotencia surgieron en los ojos de algunos estudiantes.

Inicié incansable la tercera secuencia. Uno, dos, tres, cuatro… cuando un hálito surgió de sus pulmones y tosió.

André me ayudó a colocarlo de lado y, exhausta, me dejé caer sobre la arena.

—Ahora sí que hay que llevarlo al hospital.

André, Rocky, el conductor y otros dos jóvenes se dispusieron a trasladarlo al autobús.

Eddie me tomó de la mano al ver mi temblor.

—¿Estás bien?

Nadie es una isla en sí mismo…

La muerte de cualquier ser humano me atañe

porque estoy ligado a la humanidad.

Así que nunca preguntes

por quién doblan las campanas:

doblan por ti.

Paradojas y devociones, de John Donne.

.

CAPÍTULO 8

La entrada bullía de estudiantes aquel sábado por la mañana. Nos habían reunido para poner rumbo a Key West, uno de los cayos al sur de Florida que había sido refugio de piratas y buscadores de tesoros, así como de parias y pescadores en el pasado. Los más jóvenes se abalanzaron sobre el primer autobús y me alegró ver a Michael recuperado de su dolencia. A través del cristal de la ventana vislumbré a Eddie, quien se encontraba en el segundo autocar rodeado de menudas muchachas japonesas que le miraban con embeleso, y Rocky y yo nos sentamos en la última fila.

La maravilla de la ingeniería se hizo patente en los puentes de acero a medida que saltábamos de un cayo a otro e íbamos todos en silencio, contemplando la exuberante naturaleza que actuaba en nuestras mentes como una adormidera. Desde el autobús se avistaban los bancos de peces de la barrera de coral, peces de mil colores que nadaban en sintonía con una melodía universal. En ese instante pensé que daba igual quién hubiera creado el universo, si la explosión de una partícula primigenia o un Dios Todopoderoso. Solo tenía la certeza de que tanta belleza producía una paz infinita y que si todos los seres de la Tierra tuvieran la oportunidad de rodearse de ella, mantendrían el alma apartada de la tristeza y de la ira.

En torno a la una paramos para almorzar en Cayo Largo, una diminuta isla rebosante de turistas que quebrantaban su tranquilidad. La guía nos llevó a un restaurante de comida rápida y, si hasta el momento había estado esquivando a Eddie, ahora me agradaba su

compañía, una actitud que Rocky desaprobaba a través de gestos de desprecio y una completa indiferencia por él.

Cuando llegamos al hotel de Key West, eran más de las seis.

—Os espero a todos en recepción dentro de una hora —informó la guía—. Iremos a visitar el muelle de Mallory Square, un lugar emblemático por sus atardeceres.

—Laura, tú y yo compartimos habitación. ¿Te parece? —Rocky no dudó en pedírmelo.

—Claro, pero démonos prisa.

Estaba emocionada, iba a contemplar el ocaso desde uno de los mejores observatorios naturales del mundo. Eddie, por el contrario, permaneció en la recepción con un aire desvalido a la espera de que le adjudicaran un compañero de habitación.

El estrecho de Florida se divisaba desde el muelle y, a pocas millas, se erigía la isla de Cuba. Los turistas fueron acercándose a la playa, creando un ambiente de expectación. Mirábamos el ocaso como si algo maravilloso fuera a ocurrir y resultaba curioso ver a cientos de personas contemplando el horizonte, con sus tonos grises y azules que dejaban paso a una rojiza oscuridad.

Eddie hizo un misterioso comentario.

—Es muy posible que hoy podamos ver algo en lo que mucha gente no cree.

En el último instante, cuando el sol se ocultaba por el océano, apareció la luz más esperada, el destello más insólito, el fulgor que todos los enamorados anhelaban contemplar. La gente estalló de júbilo. Gritaban, reían y se abrazaban, ya que la naturaleza nos había concedido uno de los mayores regalos y a todos los que percibimos el mágico instante del rayo verde nos embargó la emoción.

Rocky no entendía lo que sucedía a su alrededor.

—¿Por qué está todo el mundo tan contento?

Eddie me preguntó con ávido interés.

—¿Lo has visto?

Asentí con la cabeza, estaba demasiado emocionada para responder con palabras. Al momento, sentí cómo colocaba su mano en mi hombro y me estrechaba contra él.

Caída la tarde, fuimos a cenar a Sloppy Joe's, el bar en el que Ernest Hemingway pasara tantos ratos durante los años que residió en la isla. Rocky estaba bellísima con un vestido largo que dejaba entrever sus larguísimas piernas. Yo, por el contrario, llevaba un sobrio vestido blanco y mi presencia se eclipsaba con el voluptuoso aspecto de mi compañera.

Algunas parejas bailaban en la pista al son de la banda y Eddie, caballeroso, sacó a bailar a Rocky, petición a la que ella accedió gustosa. Me pareció muy lógico, la belleza de la nórdica no tenía comparación con la mía. Permanecí en la mesa y continué con una cena que apenas se percibía en la oscuridad. Mientras seguía el ritmo de la música con los pies, comprobé que mis compañeros no se hablaban, ni siquiera se miraban y no dudaron en separarse una vez terminada la canción.

De regreso a la mesa, Eddie se me acercó.

—¿Querrías bailar conmigo?

La banda tocaba los primeros acordes de *Summertime Blues*, una canción de Eddie Cochran muy popular en los cincuenta. El sonido de la música hacía difícil mantener una conversación y preferimos intercambiarnos algunas sonrisas. Mi compañero resultaba algo alto para mí estatura y yo no sabía dónde colocar las manos, me sentía cohibida. Finalmente, me decanté por colocar una en el hombro y otra en el brazo.

Cuando el grupo ofreció sus últimos compases, nos separamos y,

como si hubiera estado predispuesto, ambos inclinamos la cabeza para hacernos una reverencia. Pensé que estaba ante el hombre más educado del mundo.

Acabada la cena, salimos a pasear por la pequeña localidad. Era agradable caminar por sus calles sin necesidad de automóvil y un enorme bullicio surgía de los bares, los bazares y los restaurantes. La cara de Rocky mostraba descontento y la desilusión se leía en sus ojos, ya que Philippe había regresado a Francia y no había logrado obtener una cita con él. Había soñado con unas locas vacaciones en la capital más divertida de los Estados Unidos y sus anhelos parecían desvanecerse junto a nosotros.

Un coche hizo sonar el claxon y Michael saludó, alzando la mano por el techo del descapotable que André conducía. Desde el incidente habíamos dejado de bromear, parecía sentirse avergonzado por la indisposición y respeté su pesar.

En torno a la medianoche, regresamos al hotel y, mientras recorríamos los pasillos para dirigirnos a las habitaciones, encontramos una puerta abierta. Algunos compañeros de la escuela hablaban a voces y reían rodeados de botellas vacías.

Rocky se volvió hacia nosotros.

—Yo me quedo aquí para empezar la fiesta.

Eddie y yo proseguimos el camino y, al llegar al ascensor, preguntó extrañado:

—¿Se va a quedar con esa gente?

—No parece que se haya divertido mucho esta noche.

Su rostro dibujó una mueca de desprecio.

—Cada uno entiende la diversión a su manera. En fin, ¿nos vemos mañana?

—Claro que sí, buenas noches.

La habitación del hotel era pequeña y algo incómoda. Las camas ocupaban casi todo el espacio y mi ropa había quedado esparcida sobre una colcha burdeos que parecía haber abrigado muchos cuerpos. La retiré sin miramientos y me metí en la cama.

Las risas de los estudiantes resonaban por los pasillos y las puertas se abrían y cerraban con gran estruendo. Intenté abstraerme del ruido, pero el sueño me eludía y pensé que mis compañeros tenían razón, era un desperdicio dormir en una noche tan hermosa, por lo decidí vestirme de nuevo y bajar a la piscina.

La fragancia de las flores se fundía con un aroma de sal mientras atravesaba los jardines y vislumbré la figura de Eddie dentro del agua.

—¿También a ti te ha esquivado el sueño? —preguntó muy sonriente.

—Hoy resultaría una pérdida de tiempo intentarlo, hace mucho calor.

Con el manto de la noche, los astros brillaban sobre nuestras cabezas y se apreciaba el color de los luceros.

Eddie apoyó los codos en el borde de la piscina.

—¿Sabías que las diferentes tonalidades de luz varían según la edad de las estrellas? Las estrellas azules son las más jóvenes, las amarillas son de mediana edad y las rojas son las que están a punto de apagarse.

En la facultad nos recordaban a menudo que no había tema más sugerente para conquistar que una conversación acerca de las estrellas.

—¡Pero qué digo, si posees estudios de Física! —exclamó al percatarse del error.

—Eso no quiere decir que sea la única persona en el mundo que conoce el lenguaje de los astros.

—Ya que te tengo aquí, ¿podías contarme cuál es la diferencia entre

una nova y una supernova?

—¿Te interesa la Física?

—Claro, es la nueva filosofía.

Eddie parecía dispuesto a escuchar una clase de Astronomía.

—Las supernovas son explosiones estelares muy brillantes y su luz puede durar meses. Por el contrario, una nova es el destello de una radiación electromagnética extremadamente brillante, pero de corta duración.

—¿Es cierto que el hecho de que las estrellas titilen se debe a un efecto óptico?

—La luz estelar viaja por el espacio y, al alcanzar la atmósfera, se produce una variación de temperatura, presión y concentración, lo que altera el índice de refracción. El caso de los planetas es distinto, estos no parpadean, ya que la luz emitida, al ser los cuerpos de mayor tamaño, se mantiene constante.

—Ya metido en materia, cuéntame que es un púlsar y un cuásar. Recuerdo haber escuchado a Carl Sagan hablar de esos conceptos.

—Un púlsar es una estrella de neutrones que gira sobre sí misma varios cientos de veces por segundo. En palabras del científico, es un faro en un mar cósmico.

—¡Qué poético!

—Cuando una enorme estrella llega al final de su existencia, estalla en millones pedazos como un grito en la oscuridad. Su fuerza expansiva es capaz de borrar cualquier rastro de civilización. Sin embargo, un cuásar es el núcleo de una galaxia que contiene un agujero negro y resulta extremadamente brillante. Ese enorme agujero, al devorar la materia que le rodea, emite tal cantidad de luz que es posible apreciarlo desde todos los puntos del universo.

—Se parece a ti —bromeó—. ¡Tienes tanta energía!

La noche transcurría en la época del año famosa por la lluvia de estrellas y su visibilidad nos permitía vislumbrar las estrellas fugaces al cruzar el firmamento.

—Cada vez que veas una de esas estrellas pide un deseo —me sugirió.

—Me temo que no me ha dado tiempo.

—No te preocupes, he oído en la televisión que hoy es la lluvia de las Perseidas y seguro que aparecen más. La atmósfera se encuentra estable, incluso hemos podido ver el rayo verde. Por cierto, ¿conoces la historia del rayo verde?

—Sé que existen cineastas que recorren miles de kilómetros para filmarlo, como Eric Rohmer.

—Me refiero a una leyenda escocesa.

La palabra «leyenda» me producía ensoñación y puse los cuatro sentidos en la explicación.

—En las Tierras Altas cuentan que quien tiene la dicha de ver el rayo verde, jamás se equivoca en asuntos del corazón, ya que su visión concede la claridad en los sentimientos propios y ajenos.

—¡Es como la bola mágica de los sentimientos! —exclamé fascinada.

—Julio Verne otorga una visión más romántica. Según el escritor francés, si una pareja ve el rayo verde al unísono, automáticamente se enamoran. Es el mágico momento en el que dos personas descubren el amor.

Me mantuve en silencio, me sentía como si me hubieran descubierto.

Al alzar de nuevo la vista al cielo, otra estrella fugaz surcó el espacio y, tras pedir un deseo, intercambiamos la mirada. Nuestros sentimientos parecían haber quedado expuestos y nos sumergimos en

el agua para ocultarlos. Instantes después, salimos del agua para contemplar sin rubor un firmamento que desplegaba toda su magia con la lluvia de estrellas más bella que el universo hubiera conocido hasta el momento.

Eddie mantenía la mirada soñadora y con una afable sonrisa dijo:

—Estoy pidiendo cientos de deseos.

—Yo también y espero que se cumplan –respondí con la mirada puesta en la bóveda celeste.

En torno a las cuatro, y agotados por la catarata de sensaciones y sentimientos, nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones para que el sueño nos abrazara con estrellas de mil colores.

Al día siguiente, la guía tenía dispuesto un paseo en barco. Este oscilaba con el envite de las olas y todos, estudiantes y turistas, disfrutábamos del fondo marino a través de un cristal.

El vaivén de la embarcación me producía malestar y subí a cubierta a tomar el aire. Contemplé ensimismada el horizonte a la espera de avistar alguna ballena, aunque supuse que en aquellos meses nadarían por las frías aguas canadienses.

Michael vagaba por la embarcación y aprovechó mi soledad para aproximarse.

—Sé que debía haberte dicho esto antes y no quería dejar pasar este día sin darte las gracias —declaró con una inusitada madurez.

—No hay nada que agradecer —repuse con una sonrisa de embeleso.

—Soy consciente de que sin ti nos estaría hoy aquí.

—Lo importante para todos nosotros, Michael, es volver a disfrutar de tu compañía y de tus camisetas de Star Wars.

El muchacho extendió los brazos para abrazarme y me susurró al oído.

—Nunca te olvidaré.

Eddie observó la escena desde las escaleras y, una vez que Michael se despidió, no dudó en aproximarse con paso lento. Sin embargo, yo quería permanecer unos instantes a solas, las lágrimas amenazaban con empañarme los ojos y estaba confusa y enfadada por no conseguir mis propósitos. Michael no estaba interesado en mí.

Me desplacé hasta el otro lado de la embarcación para preservar mi soledad y, tras realizar una mueca de contrariedad, el joven alemán se mantuvo a la espera, oteando una costa que empezaba a desdibujarse. Me apoyé en la barandilla de estribor y dejé que la brisa me revoloteara el cabello. Tantos meses encerrada en casa me hacía desear la fuerza del viento. Sabía que Eddie ardía en deseos de hablarme, pero me limité a sonreír cuando nuestras miradas se cruzaban. Estaba muy elegante aquella mañana, con unos pantalones blancos y una camisa verde esmeralda que resaltaba la miel de sus ojos. Parecía haber corregido la postura de su cuerpo, caminaba erguido entre la gente y su mirada se había dulcificado con el transcurso de los días.

Una de las veces que volví la vista para observarle, comprobé que estaba haciéndome fotos. Pretendía que permaneciera en el recuerdo aquello que el tiempo nos obliga a olvidar y, en aquel instante, con el mar y el cielo como testigos, sentí lo bella que podía ser la vida.

—¡Laura! —voceó Rocky desde las escaleras—. ¡A almorzar!

Cuando el sol iniciaba su descenso sobre Key West, ya estábamos en tierra y acudimos a visitar la residencia de Ernest Hemingway, una casa colonial situada junto al faro. Nos adentramos en su frondoso jardín, donde decenas de gatos se agazapaban a la sombra de las palmeras.

—¿Quién dará de comer a estos animales? —preguntó Rocky al verlos con tan buen aspecto.

La casa contaba con dos plantas y ascendimos a la planta superior

para visitar el dormitorio.

El guía inició su relato ante una antigua cama de nogal.

—Hemingway llegó a Key West en 1928, siguiendo el consejo de su amigo y colega John Dos Passos, otro de los miembros pertenecientes a la generación perdida de artistas expatriados que vivieron en París en la década de 1920. Aquí solía pasar los inviernos junto a su segunda esposa, Pauline, y sus hijos Patrick y Gregory. La casa se encontraba en muy malas condiciones cuando la visitaron por primera vez, pero decidieron comprarla gracias a su magnífico enclave. Realizaron costosas reformas, como por ejemplo la piscina del jardín, y la decoraron con mobiliario español del siglo XVII. Aquí pueden ver aún el gato de cerámica que le regaló su amigo Pablo Picasso. Pero vayamos al despacho.

Nos adentramos en una luminosa sala provista de tres ventanales, en cuyo centro permanecía olvidada una vieja máquina de escribir.

—Aquí fue donde el escritor concibió, entre otras, su obra *Adiós a las armas*.

Yo no prestaba demasiada atención a las explicaciones y decidí explorar la estancia en solitario cuando todos se marcharon. Repasé algunos de los títulos que aparecían apilados en una pequeña estantería. Después, como si quisiera leer en el alma del escritor, rocé con las yemas de los dedos unos papeles que reposaban sobre la mesa y sentí un ligero escalofrío.

—¿Intentas revivir los acontecimientos de la casa?

Eddie se encontraba detrás de mí y exhalé un suspiro al ver descubiertas mis intenciones.

—¿Cómo es posible que terminara de forma tan trágica?

—Dicen que fue un accidente, que se le disparó la escopeta mientras la limpiaba.

—¿Y qué dice tu pálpito?

—Los seres humanos se marchan cuando han terminado su cometido o cuando han perdido la ilusión para continuar y creo que fue esto último lo que le ocurrió a él. Estaba muy enfermo.

—Los males del cuerpo se ensañan con las buenas personas.

—Era un vividor, pero al menos se interesó por los demás en su juventud. Trabajó para Cruz Roja como conductor de ambulancias durante la primera guerra mundial, y en Paris y Milán aún recuerdan sus hazañas.

—También en España se le recuerda con admiración. Cubrió otros muchos acontecimientos como corresponsal de guerra.

—Cierto, y de aquella experiencia surgió su novela *Por quién doblan las campanas*.

Una suave brisa balanceó las palmeras del jardín y su murmullo invadió de paz la sala.

Eddie salió a la terraza y yo le seguí los pasos.

—Me encantaría vivir un tiempo en esta isla, Laura.

—Yo me quedaría aquí el resto de mi vida —aseveré con firmeza.

—No te veo con muchas ganas de volver a casa.

—No hay una cola de gente a la espera de mi regreso.

El joven alemán dio un respingo.

—No puedo creerlo.

—No he tenido mucha suerte en los últimos años.

—A mí tampoco me ha ido muy bien.

—No sé si creerte —bromeé—. Eres un chico guapo e inteligente.

—Muchas gracias, Eddie, pero yo podría decir lo mismo.

—¡Oh, venga! —exclamé ante el halago.

—¿Pero tú te has mirado en el espejo?

—No suelo hacerlo con frecuencia.

—Pues a mí me gustan las mujeres menudas, guapas e inteligentes.

El sol del oeste comenzaba su descenso y se escondía tras las palmeras del jardín. Y abajo, en la carretera, el conductor cerraba las puertas del autobús a fin de iniciar el camino de regreso a Miami.

—¡Date prisa, Eddie, que se marchan sin nosotros!

Mientras me apresuraba por las escaleras, escuché una exclamación teñida de desilusión y me pareció que entre sus planes había estado perder aquel autobús.

Prefiero vivir una vida contigo

que pasar el resto de las edades sin ti.

El señor de los anillos.

CAPÍTULO 9

De vuelta en la escuela, una rosa reposaba sobre la silla donde solía sentarme.

—¿De quién es esa flor?

Rocky señaló en dirección a la puerta.

—Pregúntale a él.

Eddie se encontraba en el pasillo y salí para agradecerle el detalle. El director de la escuela cruzó el salón.

—Una rosa para una rosa.

Bajé la cabeza avergonzada por la demostración de afectos de mi compañero. No entendía por qué se exponía de ese modo cuando se había comportado con tanta discreción.

—He alquilado un coche para ir a la playa sin depender de la escuela. ¿Qué te parece si vamos esta tarde?

Al término de las clases, almorzamos solos en un restaurante de la bahía distinto al habitual, fuera de las miradas curiosas de los compañeros y no paramos de conversar. Teníamos tantas cosas en común que me asustaba, era como si le hablara a un antiguo amigo.

En un instante de silencio, su gesto se ensombreció.

—Esta es mi última semana aquí, me marcho a Nueva York el domingo.

Contemplé el vaivén de las embarcaciones y pensé en lo afortunadas que eran. Ellas no tenían que enfrentarse al eterno adiós del ser humano.

—Es difícil encontrar a alguien con quien compartir buenos momentos y estoy segura de que, por alguna razón, nos hemos encontrado. Pero no pensemos en eso ahora y disfrutemos del tiempo que nos resta.

La alegría se desvaneció entre nosotros y, acabado el almuerzo, iniciamos el camino a Key Biscayne sin apenas cruzar palabra durante el recorrido. No hacía falta, los dos sabíamos lo que sentíamos. ¿O quizá no?

Eddie apartaba la vista de la carretera y me miraba con gesto interrogante a la espera de una respuesta. Por mi parte, le devolvía la mirada con una sonrisa para infundirle tranquilidad. De poco valía la tristeza cuando el mundo seguía girando sin importarle nuestra pena.

Las palmeras bailaban presumidas al son de la brisa en Bayshore Drive y, al cruzar el puente que enlazaba con los cayos, el océano competía en belleza con el cielo como un recordatorio cruel de lo pequeños que somos frente a la inmensidad.

Una vez en la playa corrimos hasta la orilla y nuestras almas encontraron de nuevo la paz mientras luchábamos contra el viento. En los momentos importantes de la vida siempre está presente una melodía y no dudé en entonar una de mis canciones favoritas.

Wise men say only fools rush in,

but I can't help falling in love with you.

Eddie continuó los acordes.

Shall I stay?

Would it be a sin?

If I can't help falling in love with you.

Me tomó de la mano y me preguntó si sabía bailar el vals.

—No, pero estoy dispuesta a aprender si tú me enseñas.

—Es muy fácil —dijo en actitud de baile—. Dos pasos hacia atrás, una y otra vuelta. Dos pasos hacia adelante, gira y gira.

—Espera, espera —le pedí entre risas.

—Y ahora tres vueltas.

Los esfuerzos de mi compañero pronto dieron sus frutos y así, tarareando bajo los cocoteros, aprendí a bailar el vals.

Tras la danza, decidimos sentarnos en la orilla junto a las gaviotas y Eddie se atrevió a indagar en un asunto sobre el que parecía haber dado vueltas.

—Laura, ayer me dijiste que nadie esperaba tu regreso. ¿Es eso cierto?

—Por supuesto que es cierto, de lo contrario no estaría aquí.

—Pero habrás tenido alguna relación.

—Sí, pero no es lo mejor que me ha sucedido en la vida.

—¿Puedo preguntar por qué?

Yo tenía pocas ganas de recordar.

—La experiencia no fue muy satisfactoria y decidí olvidarme del mundo durante un tiempo para centrarme en los viajes y los libros.

—Así que emprendiste el camino de la huida.

—Supongo que sí.

—¿Y te sirvió de algo?

—Logré recuperar las fuerzas para enfrentarme a la vida con ilusión y aquí estoy, en un maravilloso lugar.

—A mí me pasó algo similar. Tuve novia durante años y nunca logramos llevarnos bien. Por esa razón, me marché a estudiar a Austria.

—Luego tú también huiste.

—A veces es la única salida —admitió—. Mantuvimos el contacto en la distancia, pero las cosas no salieron como esperábamos. Así que también yo también he venido a Florida para recuperar la ilusión por la vida.

Comprendí que Eddie era otra alma perdida en busca de un lugar en el universo.

—¿Qué harás a tu regreso?

—Me temo que tendré que empezar de cero.

—Yo espero no tener qué hacerlo —dije—, aunque mi trabajo pende de un hilo.

—¿Dónde trabajas?

—Soy traductora en el departamento de promoción inmobiliaria de un banco.

—¿Y a una física le agrada trabajar con las palabras?

—Me agrada todo aquello que implique dedicar tiempo a mi pequeño mundo. No busco fama y fortuna, sino paz interior.

Sonrió y, con voz susurrante, preguntó.

—¿Qué es para ti la paz?

—Vivir conforme a mis ideas para conseguir mis anhelos.

—Excelente filosofía.

—Me gustaría vivir situaciones que me hagan sentir que no estoy sola en el mundo, realizar alguna obra que trascienda los muros de mi propio ser.

—¡Qué valiente eres! —exclamó.

—Un guerrero no es el que lucha, sino el que no se rinde y hubo un momento en el que estuve a punto de rendirme. No obstante, algo en mi interior se rebeló y me hizo salir a buscar mi propio tesoro.

—¿Lo has encontrado ya?

—He comprendido que el tesoro más preciado soy yo.

El viento agitó las palmeras y me tumbé en la arena para contemplar el cielo.

—¿Volverás a Alemania?

—Aún no lo he decidido, pero puede que trabaje para la Cruz Roja en el conflicto de Los Balcanes.

La sola posibilidad me hizo estremecer.

—¿Quieres acabar como Hemingway?

—Tengo familia en Croacia y siento que debo hacer algo, la zona está siendo atacada por los serbios.

—Mira lo que le ocurre a la gente que vive con tanta intensidad, Eddie.

—Hay muchas formas de trabajar en un conflicto armado, no necesariamente con una ambulancia o con un tanque.

—Pensé que hablabas de agarrar un fusil o algo parecido.

—La población necesita suministros y alguien ha de desarrollar ese trabajo, porque la logística es casi inexistente.

Le acaricié la mejilla y permanecimos en silencio mientras contemplábamos la espuma de las olas. Había que desafiar al tiempo y tiempo era lo que nos faltaba.

Eddie hizo acopio de valentía y expresó sus anhelos.

—Me gustaría volver a verte.

Sonreí con un poso de amargura.

—A mí también me gustaría, pero no creo que sea posible.

—¿Podría saber la razón?

—Nos separan muchos kilómetros.

—Para mí las fronteras nunca han supuesto una barrera y no me importaría encontrarnos en un lugar intermedio entre Madrid y Múnich.

—¿Y qué lugar es ese?

—No sé, Londres, quizá.

—Puestos a escoger, prefiero París.

—Mejor Mallorca —dijo él—. Es más agradable junto al mar.

Mientras desgranábamos el mapa de Europa, imaginaba que esos deseos nunca se cumplirían y que, sin embargo, aquellas palabras quedarían grabadas a fuego en mi recuerdo.

Unas pequeñas gotas comenzaron a caer y, antes de que nos diéramos cuenta, nos hallamos bajo la tormenta. Corrimos hasta el coche para resguardarnos y proseguir la conversación, pero una pareja de policías se aproximó para sugerirnos que nos marcháramos. La playa no resultaba un lugar seguro al anochecer.

Nada más parar frente a la casa, la puerta se entreabrió y de ella surgió Fred. Llevaba una bolsa en la mano por la que se traslucía un arma y tuve la sensación de que no me había reconocido.

—¡Soy yo, Fred!

—Menos mal que has salido del coche, no te había visto.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Acaso ibas a disparar a las ruedas? —inquirí—. Es urgente que encuentres un hobby.

La sugerencia hizo sonreír a mi anfitrión y Eddie se mostró desconfiado.

—Ese tipo no está en sus cabales.

—Claro que no, por eso es mejor que nos despidamos. No vaya a ser que enloquezca aún más.

—Nos vemos mañana a las nueve, Laura.

Al entrar en la casa me topé con una muchacha que no conocía.

—Laura, esta es nuestra hija Grace —anunció Nancy—. Estudia Arquitectura en la Universidad de Nueva York.

—Encantada —saludé sin obtener una palabra de la recién llegada.

Grace se dirigió a su padre.

—Déjame echar un vistazo a tus armas, necesito una nueva.

—Pero, hija, te di una hace seis meses.

Nancy intervino.

—¿Te parece bien que vayamos de compras mañana, cariño?

—Sí, mamá, de hecho necesito unos zapatos.

—Laura, enséñale a Grace los zapatos que te pusiste para ir a la iglesia —me pidió—. Ya verás qué bonitos, dice que están hechos en España.

Nancy se dispuso a preparar una jugosa cena. Aquella noche íbamos a cenar todos juntos y me alegraba la decisión. La pareja solía dejarme un plato con un muslo de pollo seco traído de un restaurante de comida rápida y aprovechaban el momento en el que me retiraba a la habitación para tomar todo tipo de postres. Entre los fogones, la familia se expresó con libertad. A menudo les hacía creer que no entendía sus conversaciones para que no se sintieran cohibidos con mi presencia.

Ya en la mesa, Nancy fue la encargada de ponerme al corriente de las noticias del día.

—El viernes nos vamos al estado de Washington a esquiar.

Una hora antes les había escuchado decir que ayudarían a su hija con la mudanza en Nueva York.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera?

—Unas dos semanas. No te importa, ¿verdad, Laura? Y, por cierto,

el sábado llega una nueva estudiante que ocupará la habitación de Grace.

La decisión de la pareja rompía las normas del contrato, pero decidí no comunicarlo a la escuela. Vivía en uno de los mejores barrios y disfrutaba de jardín y piscina en la casa, al contrario que otros compañeros, quienes vivían en hogares sin aire acondicionado y donde la familia dormía en el salón para ceder los dormitorios. Sin embargo, cenaban y compartían momentos de ocio con los estudiantes. Nancy y Fred apenas me hablaban y cuando lo hacían era para darme instrucciones o para recriminarme por haberme servido demasiado zumo de naranja.

Aquella noche me fui a la cama con cierto malestar. Grace se había dado a conocer como una auténtica grosera y mantuve la duermevela hasta bien entrada la madrugada, cuando un ruido me despertó. De alguna manera me resultaba familiar. Se trataba de un ruido impactante, seco, profundo. Me incorporé para escuchar con atención. De nuevo ese sonido. Miré por la ventana y percibí, entre el tronco de las palmeras, a un muchacho que lanzaba disparos al aire junto a una joven que intentaba disuadirlo.

La voz de Fred sonó en el recibidor y salí para ver qué pasaba. Y allí, en actitud de asalto junto a la puerta, se encontraban el padre y la hija.

—¿Qué ocurre? —pregunté entre susurros.

—El vecino se ha quedado solo en casa y ha dado una fiesta —respondió Fred—. Conocemos su comportamiento cuando tiene una disputa con su novia. Hemos avisado a sus padres, están en su avión privado y nos han dicho que vienen ahora mismo. De todas formas, ve a por tu pistola y cubre la ventana.

Me froté los ojos con fuerza para asegurarme de no estar soñado.

—¡Estáis todos locos!

Volví al dormitorio y seguí durmiendo. Sabía que Miami era una ciudad peligrosa, pero no estaba dispuesta a dejarme arrastrar por su violencia.

Al día siguiente no dudé en comentarle a Eddie los planes de mis anfitriones.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me gustaría invitarte a cenar el viernes, tengo la casa para mí sola.

Los ojos se le iluminaron.

Seguimos las pautas que la razón nos dicta
y, sin embargo, recorremos el camino
con el deseo de encontrar el calor humano.

CAPÍTULO 10

El timbre de la puerta sonó en torno a las cinco y Eddie apareció radiante con una maleta en la mano. Al parecer no tenía pensado regresar con su familia americana y le dirigí hasta la habitación de Grace para que depositara el equipaje. Descubrí en su mirada que había cambiado y la tristeza que arrastraba desde el primer día parecía haberse esfumado con el viento.

Ahora se mostraba radiante y confiado.

—Si no te importa, prefiero dejar las cosas en tu dormitorio.

—¿Nadamos un rato? —le pregunté.

Una vez en la piscina, Eddie no cesaba de abrazarme y me regalaba su sonrisa más dulce y yo me miraba en el ámbar de sus ojos.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse, nos dispusimos a hacer la cenar.

—Elige lo que te apetezca. No soy muy buena cocinera, así que tampoco exijo mucho.

—A mí me gusta cocinar y preparo unos deliciosos filetes con huevos fritos y maíz —repuso lleno de orgullo.

Entretanto, Rocky llamó y preferí conocer los planes de mi invitado antes de descolgar.

—Hemos quedado esta noche con los compañeros, ¿recuerdas?

—¿Tú quieres ir con ellos? —dijo con suma desgana.

—Lo cierto es que no me apasiona salir de noche a tomar copas.

—A mí tampoco y prefiero que nos quedemos aquí los dos solos.

La islandesa habló con el contestador hasta agotar el tiempo y no volvió a telefonear.

Yo aproveché la ocasión para hacerle una confesión.

—En un principio pensé que te acercabas a nosotras porque te agradaba Rocky.

Eddie soltó una sonora carcajada.

—¡A quién le puede gustar una mujer que se hace llamar Rocky!

—Pero es una chica muy guapa.

—Sí, sí, muy femenina y siempre de buen humor —se burló.

No le dije que quien le ponía de mal humor era él, pues conmigo mi compañera siempre había sido muy amable.

—No seas malo.

—Las mujeres siempre pensáis que los hombres damos más importancia al físico de lo que en realidad es.

—Eso suena muy bien, pero la verdad es que a todos nos gusta la belleza de una forma u otra. Otro debate sería qué es la belleza para cada uno.

—El fin de semana que pasamos en Disneyworld, la vi echarse pulsos con los chicos para ver quién aguantaba más tiempo bebiendo.

—Supongo que esa es la tragedia que soportan los nórdicos.

—Todos tenemos problemas y no por eso hay que darse al alcohol.

Eddie se mostraba tajante en sus convicciones. Yo, por el contrario, procuraba ser más benevolente con las debilidades humanas. No obstante, alabé su entereza.

—Cada uno vive como puede y no todo el mundo es tan fuerte como tú.

—Me he sentido abatido muchas veces, pero hay que seguir luchando.

Pretendía pasar una velada tranquila y aparqué una polémica en la que sabía nos daríamos mutuamente la razón.

—Me gustaría cortarte el cabello pero, aviso, no lo he hecho nunca.

El tupé a lo Elvis hacía mucho tiempo que había dejado de estar de moda y, tras recortarle algunos mechones, apareció ante mí la belleza más pura que jamás había visto en el rostro de un hombre. En ese instante, me di cuenta que esa debía ser la percepción de una persona enamorada. ¿Había caído en la trampa de la que tantas veces había huido? ¿Me había enamorado de alguien que saldría de mi vida en unas horas?

La situación se me antojaba un desatino universal y comencé a ir de un lado a otro de la casa para tratar de recobrar la calma.

—¿Te encuentras bien? —preguntaba extrañado ante mi errante comportamiento.

Pensé que nada sería igual, que en el tiempo que restaba tendría tiempo de olvidar y que las penas junto al mar dejarían de ser un calvario. Volvería a bailar en aquella playa y en otras muchas otras, donde las palmeras me cobijarían cuando sintiera calor, las olas me traerían nuevas aguas donde bañarme y el sol me ofrecería cada tarde su espectáculo de luces y sombras. El mundo cambiaba a cada instante y también debía hacerlo yo.

—Acércate –susurró.

Comprendí que ya era tarde para lamentaciones, deseaba vivir aventuras y me encontraba inmersa en una de ellas. ¿De qué tenía miedo? ¿Acaso de vivir? ¿No era esa la razón por la que había cruzado el Atlántico?

Si durante años permití que mi alma y mi razón mantuvieran un duelo a muerte, en los momentos que pasaba junto a Eddie, mi mente y mi corazón iban de la mano.

La claridad de la mañana nos despertó bien entrado el día.

—Buenos días, Laura. ¿Has dormido bien?

—Por fin pronuncias mi nombre.

—El nombre de cada persona es algo demasiado íntimo para decirlo en cualquier momento.

Los argumentos de Eddie solían resultar tan simples como irrefutables.

—Es hora de levantarse, son más de las once.

—No, quédate un poco más —suplicó.

—Vamos, te espero en el salón.

Nancy y Fred me habían advertido de la importancia de permanecer con las luces y la televisión encendidas de manera ininterrumpida y en esos momentos la CNN ofrecía la información del tiempo. Hablaban de una fuerte depresión tropical localizada cerca de Puerto Rico.

El timbre de la puerta sonó y acudí a abrir. Una muchacha casi adolescente apareció ante mí y en su equipaje se leían las siglas de Ginebra.

—Buenos días, soy Nadine.

—Bienvenida, Nadine. Los dueños están de vacaciones, pero no te preocupes, yo te enseñaré la escuela.

Parecía cansada y dejó las maletas en el recibidor.

—Te mostraré tu dormitorio, está junto al mío. Por cierto, espero que te gusten las camas de agua.

La niña hizo un gesto de sorpresa. Las camas de agua estaban de moda en aquel entonces, pero el sonido que producían con el

movimiento y la ausencia de refuerzo lumbar las hacía bastante incómodas. Eddie ya había terminado de preparar unas delicias y nos sentamos a la mesa a almorzar. Corría a mi cargo hacer los honores, por lo que les conté algunas anécdotas de la extraña pareja.

—Tienes suerte de no haber sido recibida por Fred —aseguré—. De lo contrario, ahora estarías disparando a todo aquel que se acercara a tu habitación.

Eddie tomó una banana y la colocó en la mano a lo James Bond al tiempo que tarareaba la banda sonora.

—Me estáis asustando —advirtió Nadine con cara de espanto.

—Luego iremos a la iglesia para expiar nuestras culpas —se burló mi compañero.

La muchachita terminó por reír con nuestras tonterías y se retiró a descansar nada más terminar de comer.

En mi habitación, las cosas de Eddie inundaban la estancia. La había invadido con camisetas y bañadores.

—Deberías preparar la maleta. ¿A qué hora sale tu vuelo a Nueva York?

Me miró con gesto divertido.

—¿Quién se va a Nueva York?

—Me dijiste que te marchabas mañana.

—Eso lo dije hace días —admitió mientras le hacía carantoñas a Indy—. Ahora tú estás aquí y no creo que tuviera la suerte de encontrarte de nuevo.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Cuando me invitaste a venir.

Me sentía halagada con su decisión, pero asustada ante tanta responsabilidad.

—¿Y dónde te alojarás?

—¡Bah, no te preocupes por mí! He vivido en muchos lugares del mundo y sé cómo arreglármelas.

La perrita saltaba de alegría y Eddie parecía contagiado por su entusiasmo.

—¡Soy tan feliz!

Una dulce sensación se apoderó de mí, nunca había oído a alguien decir que era feliz y pensé que la mente dejaba fluir los sentimientos cuando se expresaban en otro idioma. Cuando el alma dice lo que piensa, siente y desea. Premié la decisión de Eddie con beso, aun cuando creía que su gesto no constituía una hazaña. Dejar escapar Nueva York por permanecer en Miami no implicaba un gran esfuerzo.

La luz del sol declinaba por el oeste cuando Eddie y yo reposábamos en las hamacas del jardín y Nadine se presentó con el semblante triste.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Echo de menos a mi familia.

Dio un par de vueltas en torno a la piscina y regresó al salón. No se sentía a gusto en ningún lado.

Eddie no pudo evitar la reflexión.

—Seguro que sus padres son ricos y la envían al extranjero para que no les moleste.

—¿Se puede saber por qué eres tan descreído?

—Quizá porque la vida no me ha tratado muy bien.

Me adentré en la cocina para tomar un poco de zumo y aproveché para subir el volumen del televisor. El presentador terminaba de cantar las cotizaciones en Bolsa cuando dieron paso al tiempo.

La violenta tormenta tropical de hace unas horas se ha transformado en un huracán de categoría cuatro y está previsto que mañana barra el sur de

Florida en torno a las cinco de la tarde…

—Chicos, ¿habéis oído?

Eddie acudió a mi llamada.

—¿Qué ocurre?

—Se aproxima un huracán —respondí con el semblante serio.

Nadine apareció en el momento en el que el gobernador daba orden de evacuación de todos los edificios públicos y del cierre de plantas hospitalarias en Miami. Informaba a los ciudadanos de que los refugios habían empezado a llenarse y que los hoteles, ya con el cartel de completo, habían tomado medidas para salvaguardar a sus clientes. Los habitantes con familias en otros estados colapsaban los aeropuertos y la población que tenía previsto permanecer en sus casas había desabastecido los supermercados para enfrentarse a la tormenta sin luz y sin agua corriente.

Sentí una profunda desesperación. Acababa de conocer la felicidad y un huracán iba a arrollarla.

En el rostro de la niña aparecieron las primeras señales de pánico.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nancy y Fred no han llamado y me temo que no tienen la intención de hacerlo. Además, ¿de qué nos servirían sus instrucciones a miles de kilómetros? —aseveré—. Dejaron el teléfono del padre de Nancy por si teníamos una urgencia.

Eddie hizo una mueca de ira.

—Un huracán no se forma en dos días, de manera que se han marchado y os han dejado solas ante el desastre. Seguro que lo hayan hecho para cobrar el dinero del seguro.

La muchachita descolgó el auricular con lágrimas en los ojos y aproveché para calmar a mi compañero.

—Ella no debe enterarse de esas cosas, bastante nerviosa está ya

para alertarle aún más. Ahora tenemos un problema y no debemos malgastar ingenio en otra idea que no sea nuestra propia supervivencia.

—Tienes razón —se disculpó.

Nadine sollozaba al teléfono y le pedí a Eddie que tradujera sus palabras.

—Quiere ir al aeropuerto y tomar el primer avión que salga hacia Suiza, pero sus padres no están de acuerdo con la decisión.

Cuando colgó, me acerqué a consolarla.

—¿Qué te ha dicho tu familia?

—Dicen que debería quedarme y llamar al padre de Nancy.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —la abracé—. Las tormentas son frecuentes en esta época.

La niña me miraba con agradecimiento, aun cuando en mis palabras no encontraba el consuelo que necesitaba.

Eddie también llamó a su familia y, al término de la conversación, su tono denotaba tranquilidad.

—Las noticias en Alemania no son tan alarmantes.

Era mi turno y esperaba que mi hermana estuviera despierta. En Europa eran cerca de las tres de la madrugada.

—Isi, soy yo.

—¿Cómo llamas tan tarde?

—Se acerca un huracán y no sé qué hacer. ¿Qué me sugieres?

—Seguramente la policía o los bomberos puedan darte alguna recomendación.

—¿Alguna sugerencia más?

—Pregunta a los vecinos para ver qué hacen en estos casos.

—Gracias, Isi.

—Cuídate y danos noticias en cuanto puedas.

Telefoneé a la policía y a los bomberos, pero nadie respondió. Las líneas estaban saturadas. El miedo se apoderó de nosotros tres.

—Hagamos las maletas —dije.

Nadine obedeció con las lágrimas deslizándose por las mejillas. Busqué en los armarios de la cocina alguna tisana que relajara la tensión y calenté agua para servir un poco de tila. Había que mantener la calma y sabía que si yo flaqueaba la cadena se partiría. Cualquier error, por pequeño que fuera, podía llevarnos a un dramático desenlace.

Eddie reflexionó con gran preocupación.

—No podemos salir corriendo a un refugio porque no sabemos dónde se encuentran. Los aeropuertos están abarrotados de gente y, además, la niña no parece dispuesta a desobedecer las órdenes de sus padres. Por otro lado, nos arriesgamos a pasar la noche en vela y quedarnos sin plaza en algún vuelo.

—Y llamar al padre de Nancy está fuera de mi ecuación —afirmé tajante.

—Si quien se ha comprometido a cuidar de vosotras no lo ha hecho, ¿por qué habrían de hacerlo otros?

—¿Quieres llamar a tu familia anfitriona, Eddie?

—Por supuesto que no.

—Vayámonos a dormir entonces y mañana tomaremos una decisión.

Ya en la cama, Eddie me abrazó en un gesto protector para evitar que temblara en la oscuridad.

Apreciaba los momentos vividos
como un paraíso perdido
del que había sido consciente,
pues en nuestra soledad,
éramos capaces de recrear el Edén
y el contacto con el mundo
nos apartaba de la tranquilidad.

CAPÍTULO 11

En torno a las seis, sentí el cuerpo más cansado que cuando me acosté y me deshice de los brazos de Eddie. Me acerqué al salón y allí se encontraba Nadine, escuchando las noticias. No había conciliado el sueño en toda la noche y lloraba desconsolada.

—¿Qué habéis planeado vosotros?

—Nos vamos al aeropuerto a ver si tenemos suerte.

—He llamado al padre de Nancy y dice que pasará a buscarme sobre las nueve.

Nada más levantarse, Eddie telefoneó a la empresa de alquiler de coches para comunicarles que dejaría el vehículo en el parking de la terminal. Al término de la llamada, subimos el volumen del televisor y los peores pronósticos se confirmaron.

El huracán Andrew se encuentra sobre Las Bahamas y barre las islas con gran violencia, por lo que no se descarta un aumento de su fuerza hasta la categoría cinco a su llegada a Key West…

Eddie me miraba con nerviosismo y, en un momento en el que Nadine se ausentó, me comentó inquieto que era crucial que llegáramos al aeropuerto cuanto antes.

—No podemos dejar a la niña sola, puede que no vengan a buscarla.

Disgustado, salió de la casa para colocar el equipaje dentro del coche a la espera de que el padre de Nancy apareciera. A las diez seguía sin venir.

—Nadine, ¿estás segura que no quieres venir con nosotros? —insistí.

La muchacha asintió para desesperación de Eddie. Afortunadamente, una hora más tarde, Eddie y yo salíamos por la puerta sin siquiera cruzar unas palabras con el padre de mi anfitriona.

Ya en el aeropuerto, nos vimos obligados a decidir entre la terminal nacional o la internacional.

—El número de vuelos nacionales será mayor —sugirió Eddie.

—¿Pero no habíamos decidido volar a casa? —pregunté desconcertada.

—De acuerdo, vamos a la internacional –dijo con cierta resignación.

Aparcamos el coche y corrimos hasta el mostrador de la compañía. Ambos habíamos elegido una aerolínea española y nos dirigimos a la azafata.

—Buenos días, ¿quedan plazas para el vuelo a Madrid? —pregunté con gran nerviosismo

—Billetes y pasaportes, por favor.

Tras revisarlos, se disculpó.

—Lo siento, pero estos pasajes no son para hoy. Uno es para dentro de dos semanas y el otro para dentro de un mes.

—¿Cabría la posibilidad de volar hoy? —preguntó Eddie.

—Tendré que consultarlo con el piloto, hay más pasajeros en las mismas condiciones.

—¿Está aquí? —intervine.

—No, todavía no ha llegado.

La terminal se iba vaciando de viajeros y preguntamos en otras compañías si les quedaban plazas en un próximo vuelo. El único que tenía disponibilidad era un vuelo a Quito y nos requerían un visado de entrada al país, por lo que nada más ver llegar a la tripulación, me

abalancé sobre el piloto. Sin detenerse, me comentó que tenía que comprobar la lista de espera. Se acercó a la azafata, revisó todos los billetes de los pasajeros que pretendían viajar y, tras echarles un vistazo, deliberó.

—Este pasajero sí, pero este otro no.

Eddie me miró con profunda consternación, el piloto había decidido dejarme en tierra.

—Sube al avión y aprovecha tu oportunidad –me obligué a decirle con profunda responsabilidad.

—¿Y tú, Laura, qué harás tú?

—Me quedaré aquí, seguro que hay un equipo de seguridad para salvaguardar el aeropuerto.

—No, no puedes quedarte aquí, es muy peligroso.

—Vamos, Eddie, apenas nos conocemos, no es tu responsabilidad. No te preocupes, estaré bien. Vete tranquilo.

Pero Eddie no estaba dispuesta a ceder y me agarró de la mano con fuerza.

—Tengo una idea, vamos.

—¿Pero a dónde?

Eddie se dirigía hacia la salida del terminal.

—Sígueme.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—¡Sí, corre!

Regresamos al parking donde todavía permanecía estacionado el vehículo de alquiler. Eddie había guardado las llaves por si la situación se complicaba. Una vez dentro del coche, saqué el mapa de carreteras y comencé a mirarlo con detenimiento.

—Dado que el paso del tornado se concentrará en la zona sur de la

península, debemos conducir en dirección norte para tratar de salir de su zona de influencia.

—Tranquila, es mediodía. Aún nos quedan cinco horas antes de que el huracán tome tierra.

Le guié hacia la autopista y dimos con ella al instante.

—¡Lo conseguimos! —reímos por el feliz desarrollo de los acontecimientos.

De repente, una enorme afluencia de vehículos nos impidió avanzar y la sonrisa se nos heló. Apenas habíamos recorrido veinte kilómetros cuando el reloj marcaba ya las dos.

—El sol luce con un brillo extraño —observó Eddie.

—Es la calma amenazante que aparece antes de la tormenta.

El miedo envolvía los coches con un nudo subyugante que se tensaba con cada minuto. La gente mayor se abrazaba a sus perros y los animalitos movían la cabeza desconcertados por la ventanilla. Parejas de turistas mostraban unos rostros desencajados y las familias mandaban callar a los niños.

Eddie mantenía su mano en la mía y la apretaba con fuerza, pero yo no sentía temor alguno. La situación se me antojaba incluso poética e intuí que él sentía lo mismo, aunque ninguno de los dos se atreviera a expresar tan hondos sentimientos.

Mientras avanzábamos por la carretera, el cielo adquirió un aspecto aterrador. Las nubes comenzaron a tornarse de color pizarra y a la derecha, sobre la línea del océano, una columna negruzca avanzaba con un movimiento giratorio en sentido contrario al de las agujas del reloj. Si queríamos salvarnos, debíamos alcanzar una velocidad mayor y pensé que si un ángel se había cruzado en mi camino debía hacerme merecedora de su gracia.

—No hay tiempo, Eddie, pásate al carril de emergencia.

—Está prohibido usar ese carril, Laura, es para ambulancias y policía.

—¿De verdad crees que va a venir alguien a salvarnos?

—¡Cómo no se me ha ocurrido antes! —exclamó con un deje de autoenfado.

Adelantamos por el arcén a decenas de automóviles y, a nuestro paso, los conductores nos miraban recelosos de nuestro comportamiento. No obstante, en situaciones de extrema gravedad, no hay ley que contradiga la propia salvación. El resto de los vehículos nos imitó y un resquicio de esperanza se abrió para todos nosotros. Durante una hora avanzamos a buen ritmo. Sin embargo, nos vimos obligados a repostar y aproveché para comprar algunos alimentos.

De nuevo en marcha, Eddie empezó a dar muestras de cansancio y le di de comer mientras conducía. Espectadora de su extraordinaria categoría humana, no dudé en expresar lo que sentía.

—Gracias por salvarme la vida.

—No, gracias a ti, Laura, tú me salvaste primero.

El hecho de enfrentarnos a la muerte hacía que todos nuestros actos parecieran heroicos.

La lluvia hizo su aparición y aplazamos la comida para concentrarnos en la carretera. Todos los vehículos redujeron la velocidad. El aguacero restaba visibilidad y el cielo nos recordaba con implacable fiereza que nos hallábamos en peligro. Bajé la ventanilla para observar el cielo y la lluvia me empapó el rostro. Los relámpagos se percibían en la lontananza, pero el ojo del huracán había aumentado, transformándose en un potente haz de luz blanca que se hallaba cada vez más cerca. El viento arreciaba y el coche parecía volar sobre la calzada mojada. Comprendí que el tornado avanzaba a una velocidad superior a los 250 km/hora y no tardaría en barrer la costa.

Subí la ventanilla y me sequé la cara con un pañuelo.

—Tenemos que desplazarnos hacia el interior.

—Pero tardaremos más en llegar, Laura.

—Cuando la luz se vuelve tan luminosa es porque se encuentra sobre el océano. Eso quiere decir que la tormenta ya ha salido de Bahamas.

Al llegar a un cruce, nos desviamos hacia Orlando. La dirección no nos garantizaba que quedáramos fuera del alcance del huracán, pero al menos perdería fuerza una vez que pisara tierra. Todavía quedaban tres horas de camino para llegar y el cielo se oscurecía cada vez más. Nuestros recursos se habían agotado y estábamos a merced de la tormenta.

Como si nuestro final estuviera cerca, Eddie quiso confesarse.

—La verdad es que no he pasado los últimos años en Austria, sino en Croacia. He vivido allí durante la guerra.

—¿Y por qué no regresaste a Alemania?

—Mi madre es croata y quería ayudar a mi gente.

Pretendía despojarse de los velos de la realidad al pensar en la finitud de la existencia y tenía que decirlo todo ahora o nunca.

—No te sientes muy alemán, ¿verdad? Nunca te he visto cruzar con ellos más que un simple saludo.

—Nací en Múnich, pero me marché cuando era muy pequeño.

Desde niño, sus padres le habían arrastrado por medio mundo. Su padre, un ingeniero que trabajaba para una multinacional, había sido trasladado de un lugar a otro según los intereses de la empresa.

—Cuando tenía tres años nos fuimos a Israel, pero apenas tengo recuerdos de aquella estancia. Dos años después trasladaron a mi padre a Yakarta y allí vivimos durante una década.

—¿Te gustaría volver a Indonesia?

—No —se mostró contundente—. Cuando trabajas para una corporación puedes permitirte muchos lujos, pero cuando sales a la calle la miseria es despiadada. Hay lugares en el planeta en los que la vida no tiene ningún valor.

Esa última afirmación me dejó pensativa.

—¿Qué hiciste después?

—Tenía dieciséis años cuando regresamos a Múnich y comencé los estudios de Economía en la universidad. Allí conocí a una chica y, cuando nos licenciamos, trabajamos juntos en la misma empresa que mi padre. Ella aún sigue ahí, pero yo decidí marcharme al terminar el contrato de prácticas. Me asignaron un puesto en el departamento de seguridad y los empleados y familias de los que allí trabajábamos éramos observados muy de cerca. Había que dar cuenta en todo momento de dónde nos encontrábamos y con quién estábamos. La falta de libertad empezó a ahogarme —alegó—. Hay gente que cree que ese tipo de empresas solo vende electrodomésticos.

Una sonrisa sarcástica surgió con la reflexión.

—Decidí proseguir con los estudios y me marché a Zagreb para obtener el título de Turismo y, dos años después, se desató el conflicto entre Croacia y Serbia. Iba a clase todas las mañanas entre ráfagas de fuego que surgían de las ametralladoras y, por la noche, conciliaba el sueño con el silbido de los disparos. Ya no se puede pasear por las playas porque las han convertido en campos de minas.

La emoción le quebró la voz.

—Tenemos una casa en Dubrovnik, junto a un acantilado y ahora es una zona de operaciones. Los soldados han tapiado las ventanas con los colchones y los muebles les han servido para calentarse en el invierno. Se han llevado la embarcación en la que solía salir a pescar con mi padre. Siempre soñé con vivir junto al mar y ahora…

Manifestaba su rabia con un profundo dolor.

—El problema surge cuando te das cuenta que todo es mentira y que nuestras vidas son manejadas por hilos que urden, a su antojo, tramas que afectan al devenir de millones de seres humanos.

Eddie se había quedado sin raíces, sin un lugar donde descansar. Aquel maldito conflicto había truncado sus planes, dejándole huérfano de ilusiones. Su mundo se había derrumbado sin que nadie hubiera intervenido para frenar la caída y libraba una batalla en su interior más cruenta que la propia guerra. Era un superviviente al que le habían cortado las amarras y no encontraba puerto donde anclar, dejándose llevar por la tormenta a la espera de encontrar un refugio donde descansar su alma dolorida.

—Lo que pretendo decirte, Laura, es que, si salimos con vida de esta situación, quiero que sepas que no me debes nada y que he sido muy feliz estas tres últimas semanas. No te sientas en deuda conmigo, porque no ha sido ningún esfuerzo dejar perder el avión.

Apreciábamos los momentos vividos como un paraíso perdido del que habíamos sido conscientes. No era su ausencia lo que nos hacía sufrir, sino el hecho de no poder acumular más momentos de felicidad y sabíamos que, únicamente en nuestra soledad, seríamos capaces de recrear el Edén, pues el contacto con el mundo nos apartaba de la tranquilidad. Es en la juventud donde fijamos las metas con sueños, con imágenes que se graban en nuestra memoria. Cuando somos pequeños, el entorno nos presenta cada día cosas nuevas y no las apreciamos en su justo valor. Con la vejez, los finales ya conocidos hacen que brote la desilusión. La juventud es el estadio de la vida en el que se sienten los momentos felices en toda su plenitud.

—Qué curiosa es la vida —intervine—. Una vida por otra.

—Eres muy valiente, no todo el mundo acude a socorrer a los demás. Michael está vivo gracias a ti.

—Y ahora eres tú quién me salva —proseguí con asombro—. Está

claro que de las buenas obras siempre se obtiene una recompensa.

—Cuidado, Laura, tú llevas la bondad reflejada en los ojos y siempre habrá alguien que pretenda aprovecharse de ella.

—No hay nada más honorable que ayudar a otro ser humano y si alguien pretende sacar beneficio de mi bondad, que caiga sobre él la ira del universo. Todos deberíamos entender que somos lo que hacemos con otros seres humanos.

—¿Eres católica?

—No creo en el infierno, si a eso te refieres. El infierno está aquí, en este mundo, entre nosotros.

—¿En qué crees, entonces?

—Creo en mi propia conciencia y en las consecuencias que cada obra conlleva.

—La eterna lucha entre el bien y el mal.

—El bien y el mal existen, son dos fuerzas antagónicas en conflicto permanente.

La tristeza se leía en el rostro de Eddie.

—A mí me parece que la fuerza del mal es siempre más poderosa.

—La gente realiza buenas obras a diario que pasan desapercibidas ante los ojos de los demás. Pero te entiendo, en determinados momentos creo que no existe más justicia que la del propio cosmos cuando desaparecemos.

La lluvia seguía azotando los cristales del coche y el cielo presagiaba el Armagedón. Ambos intentábamos mantenernos firmes y Eddie retomó la conversación para evitar caer en el pesimismo.

—Según el budismo, el mecanismo del karma no siempre es justo y a las buenas acciones no siempre les sucede el efecto deseado. El karma, bueno o malo, se distingue por los actos realizadas en esta u otra vida, pero puede estar mezclado debido a la variedad de motivos

buenos o malos.

—Es muy parecido al cristianismo en ese aspecto.

—En la religión judeocristiana existe un dios justiciero, mientras que el karma budista es una ley ausente de todo juicio y, debido al número de variables, no puede explicarse la mala suerte. Además, el karma no debe ser entendido como un castigo sino como un proceso lógico, ya que la filosofía budista habla de un ciclo de sufrimiento debido a la falta de sabiduría y a la ausencia de comunicación con la naturaleza. Esa ignorancia hace que estemos abocados al error continuo, tanto en las vidas pasadas como en la actual.

—De modo que los budistas creen en la reencarnación.

—Ellos prefieren hablar de renacimiento porque no creen en la existencia de un alma inmortal que pueda transmigrar.

—Luego no están de acuerdo con la filosofía de Platón.

—Para Platón, la transmigración de las almas es un efecto deseado, mientras que para los budistas el renacimiento surge cuando tu conciencia no ha trascendido hacia una formación mental más elevada. El camino budista sirve para liberarse de esa cadena de causas y efectos, el cese de ese ciclo continuo de renacimientos.

—Aun así me parece una religión muy determinista.

—El budismo soluciona el problema al afirmar que si bien es el individuo quien experimenta las circunstancias, también es el único responsable de su comportamiento.

—No me agradan las religiones que culpan al ser humano de todos los males.

Eddie sonrió de manera burlona.

—Eso también lo hace la Psicología.

—La Psicología se ha convertido en la nueva forma de manipulación al servicio del poder. El ser humano no es libre, de modo que hacemos

lo que podemos con las circunstancias que nos rodean.

—Estamos de acuerdo, Laura.

—Dime, ¿qué explicación da el budismo respecto a la enfermedad?

—Existe un tipo de condición inmutable de la que ni siquiera el más sabio o el más bondadoso puede escapar y esa es la condición corporal.

—Cuando una religión da respuesta a todo, no complace a nadie —manifesté mi pesar—. Por cierto, ¿para qué sirve la meditación?

—La meditación es la herramienta que se utiliza para aumentar el conocimiento de la realidad y de uno mismo. Es el antídoto para desterrar de la mente la tristeza, la envidia, el odio y tantos otros sentimientos dañinos para la mente humana. A través de la meditación, te alejas de la angustia existencial —argumentó—. El budismo explica que la vida es imperfecta y que la insatisfacción y el sufrimiento existen de manera universal. Dicen que el origen de la pena es el deseo y el anhelo de conseguir una determinada situación placentera, y que una vez comprendemos esa «noble verdad» cesa la forma errónea en la que nos enfrentamos al sufrimiento y a su causa.

—¿Eso es lo que se denomina Nirvana?

—Así llaman al camino de la sabiduría, al estado en el que la mente se libera de todo dolor. El ciclo de renacimientos cesa y tiene lugar el despertar o iluminación, momento en el que se experimenta la verdadera naturaleza de la existencia y de la vida.

—¿Y cómo se accede a esa sabiduría?

—Existe lo que ellos denominan el «noble camino». Para encaminarse por ese sendero, se ha de tener una visión y un pensamiento correctos de las cosas. En lo que respecta a la conducta ética, ha de utilizarse un lenguaje correcto, realizar acciones nobles, tener un medio de vida honrado y, finalmente, una disciplina mental o cultivo meditativo. Su principio ético se fundamenta en no ocasionar

daño. Si una acción lleva consigo una consecuencia dañina o perjudicial para uno mismo o para los demás, dicha circunstancia determinará la carga kármica de la acción.

—Me gusta su ética.

—Los cinco preceptos del budismo comprende el respeto a la vida, evitar tomar lo que no es dado, mantener una conducta sexual adecuada, no mentir y evitar drogas que alteren negativamente la mente.

—De modo que comparten algunos preceptos cristianos.

—Podría entenderse así, pero una de las diferencias es que el budismo es una religión no teísta, mientras que el cristianismo cree en un dios todopoderoso, creador y conservador del mundo.

—Veo que el budismo es compatible con otras religiones.

—Es un decálogo de buena conducta y es el propio practicante quien debe encontrar su camino.

Tras unos momentos de reflexión, Eddie quiso conocer mi opinión.

—¿Crees que algo nos espera después, Laura?

—Necesito creer que sí, de lo contrario qué sentido tendría el paso por esta vida.

—Después de lo que yo he visto, me cuesta trabajo creer en algunas cosas —alegó preso de la tristeza.

—Yo creo en ti y tú deberías hacer lo mismo. Piénsalo de este modo: si no hubiera una guerra en Croacia, habrías pasado las vacaciones en Dubrovnik. Entonces, no hubieras venido a Florida y…

—Y no te habría conocido.

—Iba a decir que te habrías perdido la oportunidad de conocer esta maravilla –hice un gesto teatral.

El dolor de Eddie era tan intenso que no había percibido el cambio

de paisaje y, mientras hablábamos, había perdido la noción del lugar donde nos encontrábamos. Había dejado de llover, el viento estaba en calma y no se atisbaba un rastro de nubes. El haz de luz sobre el océano había desaparecido.

—Mira, se está poniendo el sol.

Eddie observó el cielo a través del cristal y empezó a reír. Paramos en el arcén y salimos del coche para comprobar si era cierto lo que estábamos contemplando. Y como si los cielos nos hubieran acogido en su seno, los últimos rayos del sol despidieron el día con el manto púrpura de una lucha que había llegado a su fin.

Eddie me abrazó emocionado.

—¡El viento nos ha escuchado!

Tras el sufrimiento de los últimos años, había llegado el momento de dar las gracias y Eddie sentía que todo lo bueno que ocurría a nuestro alrededor me lo debía a mí. Por mi parte, pensaba que la tormenta nos había envuelto con su fortaleza y nos había concedido la gracia de seguir viviendo pues, cuando las fuerzas se agotan, cuando te rindes ante el cielo, el universo te envía a un aliado en quien dejar caer, con los brazos en cruz, tu cansado cuerpo.

Eddie pareció recobrar la fe en la vida y su dolor comenzó a desvanecerse en la memoria del tiempo.

Hay más cosas en el cielo y en la tierra,

Horacio, de las que sospecha tu filosofía.

Hamlet, William Shakespeare

CAPÍTULO 12

Eran las diez cuando llegamos a Orlando y la ciudad se encontraba abarrotada de turistas. Las luces de los edificios alumbraban la alegría de unas familias que caminaban en fila por las aceras y los rayos láser imprimían un aire de fiesta.

Entramos en un lujoso hotel y nos acercamos a la recepción.

—No nos quedan habitaciones libres y me temo que la ciudad está llena debido al huracán —comentó el recepcionista—. Hemos estado recibiendo clientes desde ayer noche.

No nos dimos por vencidos y salimos a preguntar a un hotel más modesto. Había gente esperando a ser atendida y, salvo un par de familias recién llegadas, todos mostrábamos el mismo rostro demacrado y la ropa arrugada. Poco después, el director nos comunicó que ya no les quedaban camas libres.

Ninguno de los dos nos permitimos el desasosiego. Apenas habíamos comido en todo el día y teníamos los ojos enrojecidos de fijar la vista en la carretera, pero podíamos hacer frente a la adversidad. Preguntamos en cinco hoteles más y en ninguno quedaban habitaciones. Finalmente, en un pequeño hotel, el empleado hizo una llamada.

—Les he gestionado una reserva en un hotel de Jacksonville.

—¿Jacksonville? —pregunté extrañada. Aquella ciudad se encontraba cerca de la frontera del estado de Georgia, a doscientos

kilómetros.

Estábamos exhaustos. No obstante, tras tomarnos unos zumos calientes y unos bocadillos duros, rescatamos fuerzas para continuar la marcha en dirección norte hacia la costa.

La autopista estaba vacía, todos los que huían del huracán parecían haber encontrado un lugar seguro donde pernoctar y el sofocante calor del sur había desaparecido. En esa latitud, la temperatura era más soportable. Bajamos las ventanillas para oler la hierba y dejar que la brisa reanimara nuestros sentidos. Ya era medianoche y todavía debíamos permanecer en alerta unas horas. El reflejo de la luna iluminaba el camino y las estrellas nos escoltaban. La realidad se había disfrazado de sueño y todo se dibujaba con un halo de maravilla.

—Eddie, ¿has oído hablar de los mundos paralelos?

—Creo que una vez vi un documental sobre el tema.

—Los científicos creen que todos los seres humanos de este planeta tenemos una réplica exacta de nosotros mismos en un mundo paralelo y que, en esos otros universos, la vida es igual a la que tenemos aquí, solo que con resultados ligeramente diferentes.

—Explícame eso.

—A nosotros no nos ha ocurrido nada, pero puede que en otro universo el huracán nos haya alcanzado y ahora estemos luchando contra el viento. También podría ser que el tornado se hubiese quedado en una simple tormenta estival y estuviéramos en la casa de Miami. En otro mundo, seguramente tú habrías tomado el avión y yo me encontraría en un refugio.

—Yo nunca te hubiera dejado sola, Laura, ni en este mundo ni en ningún otro.

El comentario se merecía un gesto cariñoso por mi parte y le besé en la mejilla. Él, por su parte, la dejó reposar en mi frente durante

unos instantes.

—También queda otra variable y es que, en un universo paralelo, no existamos.

—O puede que estemos los dos ahora mismo tomando el sol en Hawaii —bromeó.

—Los universos paralelos ocupan nuestro mismo espacio-tiempo pero algunos son invisibles, ya que se encuentran tan lejos que no podemos verlos ni llegar hasta ellos.

—Siempre nos han enseñado que lo que no se ve no existe, pero hay tantas cosas que no vemos y están aquí, junto a nosotros —añadió Eddie.

—Los universos son infinitos, de ahí que ya no se hable de universo sino de multiversos.

—Es curioso, el ser humano siempre ha deseado conocer el origen del universo y ahora resulta que hay una infinidad de ellos.

—El primero sería una extensión del nuestro, pero está tan lejos que ni siquiera la luz que emite habría llegado hasta la Tierra.

—Luego solo existe el presente y el pasado –afirmó Eddie con total lógica.

—El futuro es una consecuencia del presente y, por lo tanto, no existe.

—Cuéntame cómo han llegado a esa conclusión.

—En el mundo atómico, cuando un electrón desaparece, reaparece en muchos lugares al mismo tiempo. Es lo que se denomina el principio de indeterminación de Heisenberg. Los fotones, las partículas de luz, pueden estar en dos lugares a la vez. Por esa razón, los científicos han llegado a la conclusión de que los seres humanos, también formados de pequeñas partículas, podemos encontrarnos en dos lugares al mismo tiempo.

—¿Te refieres a la teoría de cuerdas?

—La teoría elegante, como así se denomina, se basa en el hecho de que las partículas no son puntos sólidos, sino pequeños objetos similares o cuerdas que vibran de diferentes maneras. De ahí que también se le da el nombre de teoría de cuerdas.

—El sonido del universo –dijo Eddie para añadir poesía a la noche.

—El problema es que, para que esta teoría pueda ser cierta, se necesita la existencia de once dimensiones.

—Pero nuestros ojos solo perciben tres dimensiones

—Ese es uno de los inconvenientes —afirmé—. Otro sería el paso de un mundo paralelo a otro. Se habla de agujeros de gusano, puentes que conectarían dos mundos en un viaje a través del espacio-tiempo del que nunca sabrías dónde irías a parar, a un planeta o a una estrella, y del que nunca saldrías con vida.

—Un gran inconveniente.

—Yo tengo una teoría al respecto.

Eddie me miró con curiosidad.

—Estoy impaciente por oírla.

—Creo que los seres humanos nos trasladamos de un mundo próximo a otro a través de las ideas. Cuando alguien tiene un pensamiento, por muy fugaz que sea, está dando un salto cuántico a otra dimensión y a otro universo.

—¿Quieres decir que nos trasladamos de una dimensión a otra con el pensamiento?

—Piénsalo, un pensamiento, una pequeña acción, puede cambiar el universo. Las diferencias cuánticas pueden hacer que cualquier cosa sea posible en otro universo, incluso los deseos más increíbles pueden ser una realidad en alguna parte del cosmos.

—Seguro que en un universo paralelo soy ministro de Economía —

se burló de sí mismo.

—Y puede que yo haya ganado el Nobel de Física —continué la broma.

—Lo que nos hemos estado perdiendo durante tanto tiempo, Laura.

—Ahora nosotros estamos viviendo ese momento, la aventura más apasionante que hay tenido lugar en la historia de la humanidad. Luego le seguirá el traslado a otros planetas o a la Luna y los viajes interdimensionales.

—Seguro que los comercializan.

—Sueña, Eddie, que eso todavía es gratis.

Eddie apartó la vista de la carretera y me sonrió con la mirada henchida en una profunda emoción.

—La vida a tu lado es una fiesta.

—Me temo que tú eres la luz que refleja esa alegría.

Eddie permanecía pensativo, analizando los razonamientos y no encontraba la respuesta.

—En realidad, ¿cuál sería el objetivo de encontrar esos otros universos?

—La Tierra tiene un final como todo en el universo y la especie humana, hasta el momento, parece ser única. Además, somos el resultado del caos.

—Supongo que te refieres al Big Bang.

—En un principio, el cosmos carecía de forma y no había más que oscuridad. Luego le siguió la explosión de materia y energía del Big Bang. Una primera generación de estrellas apareció y el cosmos se iluminó. La fusión nuclear creó grandes estrellas que explosionaron, otras estrellas más pequeñas dieron lugar a los planetas y entre ellos apareció la Tierra.

—La aparición del cosmos.

—La Tierra, al calentarse, liberó los gases que se hallaban en el interior. Esos gases formaron la atmósfera inicial y los primeros océanos. Más tarde aparecieron los volcanes, cuya lava hizo que se fragmentaran las moléculas de la atmósfera. Los fragmentos se unieron dando lugar a formas más complejas que se disolvieron en el océano. Un día surgió una molécula que, por puro accidente, fabricó copias de sí mismas y esas moléculas se volvieron cada vez más complejas, y las copias generaron otras copias.

—El ciclo de la reproducción.

—Las plantas unicelulares evolucionaron. La fotosíntesis transformó la atmósfera y los animales y las plantas comenzaron a abandonar el océano, salieron a la superficie y se adaptaron al medio. Gigantescos animales aparecieron y se extinguieron por una razón que todavía sigue sin resolverse. Sin embargo, unas pequeñas criaturas sobrevivieron gracias a su astucia. Posteriormente, unos animales que bajaron de las cimas de los árboles se dispersaron. Su postura se hizo erecta y de forma autodidacta aprendieron el uso de las herramientas, domesticaron animales e inventaron el lenguaje.

—Parece increíble que unos pocos átomos de hidrógeno produjeran ese resultado con los años —manifestó Eddie sorprendido.

—El ser humano es el resultado de un error muy preciado, Eddie, y todavía no hay indicios de vida inteligente en ningún otro lugar del universo. Nuestro planeta es el único que parece tener vida y se debe salvar la especie, de modo que es probable que futuras generaciones necesiten recrear el universo.

—Eso conllevaría una nueva Creación.

Al pensar en la posibilidad de un nuevo mundo, ambos dejamos de sentir el cansancio y el sueño. Habíamos traspasado la barrera de lo físico y nos habíamos trasladado a un mundo de ideas compartidas donde la tristeza y el dolor no tenían cabida.

Cada minuto que pasaba junto a Eddie, tenía la impresión de conocerlo desde siempre. Sus ojos me habían asustado cuando le vi por primera vez, pero entre todos los estudiantes que inundaban la escuela nuestras almas se reconocieron en la multitud.

El pensamiento viajó hasta su mente.

—No sé si existirá la eternidad, Laura. Solo sé que en esta vida me hubiera gustado encontrarte antes, todo hubiera sido diferente.

—Diferente sí, pero nunca sabremos si hubiera sido mejor.

Mientras barajábamos las múltiples probabilidades, encendimos la radio para escuchar las noticias del tiempo.

El huracán Andrew ha arrasado el sur de Florida con una fuerza de categoría cinco. Los vientos han alcanzado una velocidad de 260 km/h y, en su punto álgido, hasta 340 km/h, momento en el que la estación meteorológica ha sido destruida por el tornado. Las embarcaciones de recreo se hallan varadas en las avenidas y los tejados de las casas, junto con los automóviles, han sido arrastrados por la marea hasta chocar contra los edificios. Miami ha quedado sumergida bajo las aguas del océano y un mar de desolación ha invadido la ciudad…

La juventud es feliz

porque tiene la capacidad de ver la belleza.

Cualquiera que conserve

la capacidad de ver la belleza,

jamás envejecerá.

Franz Kafka

CAPITULO 13

El hotel de Jacksonville era algo modesto. Se trataba de uno de esos alojamientos cuya puerta daba directamente a la carretera, pero al menos era un lugar a salvo de las tormentas que azotaban el sur de la península y, extasiados, nos dejamos caer sobre la cama.

Al amanecer me desperté sobresaltada. Una imagen de Lidia, diciéndome adiós con la mano, se me apareció en sueños. Me incorporé con la respiración alterada y comprobé que todo permanecía en calma a mi alrededor.

Eddie me estrechó entre sus brazos.

—Tranquila, ya ha pasado todo.

Eran más de las dos cuando salimos a almorzar. En los alrededores no parecía que hubiera mucha actividad y condujimos unos minutos sin rumbo fijo. Al llegar a un puente, paramos para contemplar el rio Suwannee. La vista era magnífica, pero yo echaba de menos nuestra playa.

—¿Cuánto tiempo calculas que tengamos que estar aquí?

—Puede que unas tres semanas —señaló Eddie.

Pensé que ese sería también el tiempo que duraría nuestro aburrimiento.

—¿Qué vamos a hacer tanto tiempo en esta mísera ciudad?

—Ya se nos ocurrirá algo, Laura.

—Podríamos irnos a otro lugar hasta que podamos regresar a

Miami.

—Es una buena idea, podríamos ir a Las Vegas.

Era el último lugar del planeta en el que yo pensaba.

—¿A Las Vegas? Sí, a casarnos...

—¡Sí, vamos a casarnos pero aquí mismo, esta misma tarde! —exclamó con el rostro embriagado de júbilo.

No daba crédito a sus palabras.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Luego sería demasiado complicado. Dónde celebraríamos la boda, en qué idioma, qué familia se trasladaría…

—Pero si apenas nos conocemos.

—Conocemos el uno del otro mucho más de lo que crees, Laura.

Retomamos el camino y encontramos un solitario restaurante en medio de la carretera.

—Miras la comida, pero no has probado nada.

—No tengo muchas ganas —declaré—. Tantas emociones me han quitado el apetito.

—Cuando terminemos, buscaremos una joyería para comprar las alianzas. Por cierto, ¿habrá por aquí alguna tienda donde podemos comprar un vestido de novia?

—No, por favor, Eddie, no quiero ningún traje de novia —imploré mientras me cubría el rostro con las manos.

—¿Pero por qué?

—Si la boda se va a realizar en condiciones extraordinarias, también debe serlo el hábito.

—Tu ética me recuerda a la de los monjes tibetanos —dijo con una sonrisa complaciente.

Las palabras de Eddie me hicieron recordar el vaticinio de la vidente. Un guía espiritual, un amor más allá de lo convencional, un hombre más joven que tú… Había olvidado preguntárselo.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiséis años. ¿Por qué?

Nunca lo habría imaginado.

—Después de lo que hemos vivido, creo que la gloria existe —afirmé convencida.

—¡Oh, gracias por lo que a mí toca!

Salimos del restaurante y Eddie me tomó fuertemente de la mano, quizá para que no me escapara o quizá para infundirme valor. Una vez en la joyería, no sabía si la vida me ofrecía una oportunidad o me echaba a un precipicio. Un matrimonio nos enseñó las alianzas más tradicionales y yo no les encontraba ningún encanto. Finalmente, me decanté por un anillo que debían hacernos a medida con objeto de impedir que la boda se celebrara aquella tarde de martes.

Necesitaba un instante de reflexión.

—Dime, la boda entre una española y un alemán en Estados Unidos no tiene validez legal, ¿verdad?

—A los norteamericanos les resulta indiferente que dos extranjeros acudan a un juzgado para contraer matrimonio, pero están obligados a certificarlo –aclaró Eddie.

De regreso al hotel me dispuse a elegir entre mis vestidos el más apropiado para la celebración. Ninguno de los que tenía me parecía adecuado y recordé haberme comprado uno muy elegante a juego con unos guantes de encaje color marfil. Eddie contuvo la respiración cuando se lo mostré.

—¡Pero si es blanco y negro! ¿De verdad que no quieres un vestido blanco?

—A mí me dan igual estas cosas.

En torno a la una nos fuimos a dormir y durante la noche repasé los acontecimientos del día. Estaba confusa.

Al día siguiente, un sol radiante nos despertó muy temprano y salimos en busca de los anillos. No quedaba mucho tiempo antes de ir al juzgado y regresamos al hotel para arreglarnos. Eddie se vistió con un traje azul marino y yo me coloqué un pequeño tocado blanco en el cabello para otorgarle al conjunto un aspecto más nupcial. Los guantes y los zapatos beige hicieron el resto.

Una pareja de policías conversaban en una esquina de la calle y paramos a preguntarles la dirección de los juzgados. Con gesto desafiante, se inclinaron para mirar lo que había dentro del automóvil y, al ver a una mujer con un ramo de rosas, rieron con la pregunta. Eddie se comportaba como un enamorado exhibicionista. No cesaba de gritar al mundo entero que iba a casarse y recibió mil y una felicitaciones por parte de aquellos dos hombres. Por el contrario, nadie se acercó a felicitar a la novia. Llevados por el júbilo, los policías nos escoltaron hasta la entrada y, una vez allí, hicieron sonar el claxon a modo de despedida.

En la fila de control de metales se agolpaban descamisados con gesto huraño junto a trajeados con maletín y mi aspecto parecía el de un personaje de cuento introducido en un cómic. Dejé el bolso en la cinta y los agentes de seguridad se arremolinaron asustados. Una de las agentes lo abrió y ahí, como una amenaza, se encontraba un arma muy peligrosa: una enorme herradura. Las risas resonaron por toda la entrada, pero al menos esta vez yo también fui objeto de felicitaciones.

—No es muy científico creer en la suerte de una herradura, Laura.

—¿Acaso el matrimonio lo es, Eddie? —bromeé sabedora de la charada a la que asistía.

Entramos en una sucia y lúgubre sala donde se escondían unos

rostros que languidecían al ritmo del parpadeo de las luces fluorescentes. Nos aproximamos a una mujer mayor de aspecto bonachón.

—¿Qué desean?

—Quisiéramos casarnos ahora mismo —expuso Eddie.

—¿Quiénes son los testigos?

—No tenemos testigos.

La empleada se volvió hacia una enjuta y encorvada compañera para pedirle su participación. El murmullo de la sala comenzó a hacerse cada vez más intenso y una ajena euforia se apoderó de los empleados, los cuales se alzaban de sus asientos para no perder detalle. Acabados los trámites, las dos funcionarias nos condujeron una caseta blanca con flores de plástico rosa y angelitos azules.

Eddie desplegó su magnética sonrisa.

—¿Preparada?

La oficiante abrió un pequeño libro y leyó unos salmos en inglés antiguo. Su compañera, reavivada con la emoción, nos indicaba con las manos el instante en el que debíamos responder y en más de una ocasión nos limitamos a imitar los sonidos, lo que provocaba sonrisas entre los asistentes. Eddie se mostraba tranquilo, respondía con determinación y en sus labios las palabras adquirieron un nuevo significado. Me miraba seguro de sus actos y confiaba en el futuro como un creyente invocando a Dios. Y en aquel instante me prometí a mí misma que, dondequiera que el destino nos llevara, jamás olvidaría a aquel joven que un día se cruzara en mi camino para salvarme la vida.

Abandonamos los juzgados presos de la emoción y, antes de bajar las escaleras, me detuve.

—¿Por qué crees que ocurren estas cosas?

—Porque era una de las probabilidades de esos universos de los que tú me has hablado.

—Me refiero a que las cosas cambian como por arte de magia.

—Aquella noche en Key West pedí un deseo a las estrellas y me lo han concedido. No sé si será magia o cosa de los dioses, Laura, solo sé que nunca he sido tan feliz.

Un coche de un rojo oxidado aparcó frente a la puerta y de su interior surgió una suave melodía. La radio emitía los últimos acordes de *Summertime Blues* al tiempo que el locutor informaba sobre el pronóstico del tiempo.

Un anticiclón hará que el sol predomine sobre la península de Florida durante todo el día de hoy hasta bien entrada la noche y no se prevén cambios en los próximos días…

Y así vamos hacia adelante,

botes contra la corriente,

incesantemente arrastrados por el pasado.

El gran Gatsby, de F. Scott Fitzgerald.

CAPÍTULO 14

En El Retiro, los rayos de sol se filtraban a través de las hojas de los castaños mientras una ardilla, agazapada entre las ramas de un roble, mordisqueaba una bellota. La Puerta de Alcalá permanecía majestuosa con sus cinco arcos y sonreí al ver que nada había cambiado en mi ausencia.

Al llegar al portal de la oficina, el conserje recogía los utensilios de limpieza. No me vio entrar y nadie esperaba el ascensor. Ya en el octavo, empujé la puerta como de costumbre y comprobé que estaba cerrada. Pulsé el timbre y Elena no tardó en abrir.

—¡Laura, qué alegría! —nos besamos—. Pareces cansada.

—Aterricé ayer y me metí en la cama en cuanto llegué a casa.

—¿Cómo te han ido las vacaciones?

—Mejor de lo que me imaginaba, pero permíteme que salude a todos antes de contarte todos los pormenores.

Las luces del pasillo permanecían apagadas y las bellas imágenes de las mansiones a oscuras. Solo el recibidor y nuestro despacho permanecían iluminados.

—¿Estamos ahorrando energía?

Mi compañera respondió con un halo de aflicción.

—No hay nadie.

—¿No han venido todavía? —deposité el bolso sobre el escritorio—.

¡Qué dormilones!

—Pensaba decírtelo más tarde, pero supongo que querrás saberlo cuanto antes.

Era obvio que la empresa había decidido echar el cerrojo durante mi ausencia.

—¿Qué ha pasado con Carlos de la Vega?

—Le han prejubilado, como a todos los mayores de cincuenta y cinco años.

—De modo que iba en serio —emití un suspiro de pesar—. Supongo que sabrás cuál será mi destino.

Mi compañera extrajo un sobre del cajón de su escritorio.

—Esto es para ti.

En una carta, el presidente del banco expresaba su pesar al comunicarme el cese de mi actividad en la empresa y me deseaba muchos éxitos en el futuro. Junto a la misiva, aparecía un talón firmado con un generoso importe.

—Me vendrá bien esta cantidad para mis próximos planes. Por cierto, ¿a ti qué te depara el futuro?

Elena bajó la mirada.

—Me llevan a la Central con Rafael.

—Me alegro por ti, te lo mereces.

—Gracias, pero creo que tú también te lo merecías.

—Bueno, así son las cosas —dije con resignación—. Por cierto, es extraño que no haya llegado Lidia todavía. ¿O es que a ella también le han dado el cheque?

—Laura, ¿acaso no has hablado con tu madre?

Me puse en alerta.

—¿Qué tendría que contarme mi madre?

—Ven, vayamos a sentarnos fuera —me pidió mientras me dirigía al recibidor.

—¿Qué ocurre?

Elena respiró profundamente con objeto de llenarse de valentía.

—Lidia sufrió un accidente de camino a Málaga.

—¿En qué hospital está? —inquirí con el corazón desbocado—. Tengo que ir a verla ahora mismo.

—Laura, Lidia se ha ido.

Un vahído me nubló la vista y las lágrimas acudieron a mis ojos como un desenfrenado río de desesperación.

—¿Qué ha pasado?

—Se salió de la carretera y chocó contra unas rocas en el desfiladero de Despeñaperros. Iba a encontrarse con Antonio, ya sabes lo ilusionada que estaba con esa relación y tenía prisa por llegar.

—¿Cuándo sucedió el accidente?

—El martes hará tres semanas.

En mi mente se agolparon las imágenes del brillante haz de luz sobre el océano, la fuerte lluvia golpeando el parabrisas y el aullido del viento.

—¿Iba la niña en el coche?

—No, afortunadamente se había quedado con sus abuelos.

—¡Pobre Marta, sin padre y ahora sin madre! —recordé mientras me secaba las mejillas.

—Te has quedado pálida, voy a hacerte una tila.

—No te molestes, será mejor que me marche.

Elena me asió del brazo.

—Espera, no te vayas así, sé lo mucho que Lidia significaba para ti. Su tío nos contó que erais amigas desde hacía doce años. ¿Por qué nunca me lo dijisteis?

—Cosas de Lidia.

—Siempre admiré vuestra amistad, siempre la una pendiente de la otra… No te miento si te digo que sentía celos de vuestra relación.

El ambiente en el ático comenzaba a ser asfixiante, había dejado de ser mi lugar y me levanté para marcharme.

—Dale mi enhorabuena a Rafael.

—Quédate, no tardará en llegar y le gustaría verte.

Negué con la cabeza.

—Gracias por estos meses de compañía.

—No, Laura, gracias a ti por haberme recibido con los brazos abiertos.

Mientras esperaba la llegada del ascensor en el rellano, no pude evitar preguntar.

—¿A Lidia también la iban a despedir?

Afirmó con un movimiento de cabeza.

—Su tío se lo comunicó la tarde anterior a su partida.

El ascensor se detuvo y abrí la puerta.

—Adiós, Elena, te deseo mucha suerte en tu nuevo trabajo.

—Cuídate, Laura, y llámame alguna vez.

La calle bullía de tráfico y los autobuses escolares se llenaban de niños con los rostros adormilados. Giré la esquina y me encaminé hacia casa con el paso lánguido. Mi espíritu se ahogaba entre las mismas calles y las mismas gentes que durante años me habían visto pasar.

El claxon de un coche sonó. No me había dado cuenta que me había quedado en medio de la calzada, contemplando la fachada del instituto que había visto nacer nuestra amistad. En aquella construcción de ladrillo rojo, habíamos pasado muchas tardes de complicidad y apuros que, sin la compañía de Lidia, no habría podido soportar. Mis pies se encaminaron hacia el interior y vagué entre muchachas de mirada ansiosa que esperaban el comienzo de unos exámenes que habría de llevarlas a la gloria.

La gloria, ese inalcanzable estado de suprema felicidad…

Las aulas cerraron sus puertas y me quedé sola en un recinto plagado de recuerdos. Lidia, mi querida Lidia, ¿dónde estás?

Mi alma gemía en busca de un alivio a su dolor y me dirigí al patio. Allí me senté en unos peldaños de piedra y me dejé llevar por el ir y venir de las gentes que paseaban por la calle con un abanico en la mano. El calor parecía no despedirse de la ciudad. Pero el invierno de un pasado renacía en mi interior para envolverme con su pena.

Una mujer mayor de cabello oscuro ascendió por la escalera y se detuvo al verme.

—¿Laura?

Me incorporé para saludarla.

—Buenos días, señora Robles.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó con visible alegría—. ¿Has venido a matricular a alguien?

—Lo cierto es que los recuerdos me han impulsado a entrar.

—¿Cómo va todo?

—Bien —afirmé con diplomacia social —. ¿Y por aquí?

—Igual que cuando tú te marchaste, pero con algunos descubrimientos científicos más en los libros de texto —alegó—. Por cierto, la última vez que hablamos, me dijiste que te habías decantado

por los estudios de Física.

—Sí, me licencié hace seis años.

—¿Y te dedicas a ello?

—No, no he tenido esa suerte.

—Pues te recuerdo como una alumna notable, no así a tu amiga Lidia.

Una punzada volvió a atravesarme el corazón.

—¿Se acuerda de Lidia?

—¡Cómo no me voy a acordar de ella! ¿Sabes cómo os apodábamos en la sala de profesores? Las «cieguitas», porque siempre ibais juntas.

—Sí, éramos inseparables.

—¿Sabes algo de ella?

Las lágrimas volvieron a empañar mis ojos y me dejé caer sobre un escalón. La profesora se recogió la falda para sentarse a mi lado.

—Acabo de enterarme de que se ha marchado para siempre.

—¿Te refieres a que se ha trasladado a otra ciudad o estamos hablando de la travesía última?

—Me temo que se trata del último viaje.

—¿Qué ha ocurrido?

—Transgredió las leyes de la Física al volante.

—Cuánto lo siento…

—A decir verdad, creo que quebrantó las normas de la suprema conciencia.

La dama sonrió con languidez.

—Veo que has dado un giro hacia la espiritualidad.

—He comprendido que la ciencia no lo explica todo. Hay leyes

cósmicas que trascienden las fronteras de la materia y, cuando se actúa en su contra, se rebelan sin estridencias. No te avisan con el parpadeo de un púlsar ni con los fuegos de artificio de una supernova. No hay agujeros de gusano por los que escapar ni mundos paralelos en los que puedas refugiarte. La conciencia se desestabiliza y arrastra su furia por el cosmos, llevándose consigo las almas errantes y buenas.

—El cosmos es solo el caparazón que envuelve el alma primigenia y debemos permanecer en armonía con ella.

—Lidia solía enfrentarse al mundo con resignación, pero puede que los últimos golpes fueran demasiado duros de soportar.

—Entonces, seguro que ahora se encuentra en un lugar tranquilo donde curar las heridas de esta vida.

—Ojalá el universo la cuide como ella me cuidó a mí y le arrope con el manto de libertad del que en este mundo carecía.

—Te has convertido en toda una filósofa.

—Supongo que algo le debo.

La dama intentó incorporarse.

—No, Laura, a mí no me debes nada, fue un placer enseñarte a comprender la naturaleza. Vivo con la ilusión de hacer de mis alumnas unas mujeres fuertes, inteligentes y bondadosas, y veo que mi objetivo está cumplido contigo. Pero ayúdame, anda, mis rodillas ya no están para sentarse como una adolescente —se lamentó—. Cuídate mucho, tú aún sigues viva, así que trata de ser feliz, que eso es lo único que nos llevamos al otro mundo.

—Usted también, señora Robles, y gracias por haberme escuchado.

—Me alegro de que te acuerdes de tu antiguo instituto —dijo mientras se alejaba—. Los profesores nos sentimos un poco olvidados y siempre es de agradecer que vengan a vernos.

Regresé a la calle para caminar bajo el calor del sol, sentía frío, un

frío que me helaba el espíritu y me acordé de la playa de Crandon Park. ¡Lo que daría por ver de nuevo el turquesa de sus aguas! Pero el huracán también se había llevado Key Biscayne.

Al volver a casa, mi madre trasteaba en la cocina y me senté junto a la mesa donde troceaba unos tomates.

—¿Se puede saber qué haces aquí tan temprano? –preguntó extrañada.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando llamé?

Me miró con gesto circunspecto.

—Hija, estabas de luna de miel y no quería estropearte el momento.

—Era mi amiga y tenía derecho a despedirme de ella.

—Me llamaste emocionada para contarme que acababas de casarte y hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz.

—Eso no era óbice para ocultarme la pérdida de Lidia.

Mi madre detuvo la tarea.

—No sabes lo que he sufrido al verte escondida en tu habitación durante siete años y ahora que por fin habías decidido regresar a la vida, no iba a permitir que te hundieras de nuevo en las tinieblas.

—Me pregunto por qué el universo debía decidir entre mi vida y la suya.

—El universo tiene razones que nuestra razón no comprende.

—¿Por qué ella, mamá, si nunca hizo nada malo a nadie? No sé, quizá si yo hubiera estado aquí, Lidia aún…

—No, Laura, tú no tienes la culpa de nada —me interrumpió—. Has permanecido a su lado durante doce años y cuidaste de ella como nadie lo había hecho hasta el momento, pero no se puede salvar a otro ser humano eternamente.

—Pues no sé si seré capaz de seguir adelante sin ella.

—¡No digas tonterías! —exclamó impresionada—. De mis cinco hijos, tú eres la más juiciosa. Mira, has salido sana y salva del mayor huracán del siglo XX y te has casado con un hombre guapo y cariñoso. La vida te ha dado una segunda oportunidad, así que deja de plantearte esas cuestiones que no te llevan a ningún sitio y llama a tu marido, que ha telefoneado muy temprano para saber si habías ido a trabajar. Por cierto, ¿qué ha pasado?

En el dormitorio la cama permanecía desecha, no me había dado tiempo a arreglarla al levantarme. Me acerqué a la ventana y aspiré el aroma de las buganvillas mientras marcaba el número de teléfono de la casa de Eddie. Este no tardó en contestar.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, mi amor, ¿y tú? —respondí sin demasiado entusiasmo.

—Escucha, tengo buenas noticias. Mi padre se ha puesto en contacto con recursos humanos y la empresa accede a contratarme de nuevo —anunció preso de la alegría.

—Eso es fantástico, Eddie.

—Dicen que perdonan mi precipitada marcha de la empresa porque ahora que soy un hombre casado se supone que he sentado la cabeza —rió—. Pero me exigen ciertas condiciones.

—¿De qué condiciones hablamos?

—Me proponen salir de Europa. De hecho, el puesto que me ofrecen está bastante lejos —expresó con temor—. Se trata de Melbourne. Pero si no quieres, lo rechazo. Ya sabes que a mí me da igual el lugar siempre que estemos juntos.

Miré al cielo en señal de agradecimiento.

—No, cariño, Australia será perfecto para nosotros.

—¿Entonces, aceptó?

—Por supuesto que sí.

—Pues eso no es todo. Les he hablado de ti y dicen que si aceptas aprender un poco de alemán, el puesto de jefe de proyectos que acaba de quedar vacante es tuyo.

—Ya sabes que no tengo inconveniente con los idiomas.

—¡Eres mi talismán! —exclamó emocionado—. Desde que te he conocido, no han parado de sucederme cosas maravillosas. ¿Te imaginas vivir en una casita frente al mar?

El gorrioncito que solía posarse en mi ventana al caer la tarde llegó con una hoja de laurel en el pico. La depositó en el alfeizar y me miró con sus diminutos ojos castaños a modo de despedida. Llegaba el otoño y debía partir al hacia el sur, hacia latitudes más cálidas para seguir viviendo.

—Estoy segura de que encontraremos una preciosa casita junto al mar, Eddie.

Otras obras de la autora

«El rubí Timur», 2016.

«Viaje a la felicidad. En un templo de Chiang Mai», 2014.

Si la novela le ha gustado, por favor, deje un comentario. Ayudará a otros lectores.

COLECCIÓN ARTESPAL

-Orgullo y prejuicio, de Jane Austen (Artespal nº 1)
-Sentido y sensibilidad, de Jane Austen (Artespal nº 2)
-Viaje a la felicidad, de Paloma Caral (Artespal nº 3)
-Jane Eyre, de Charlotte Brontë (Artespal nº 4)
-Persuasión / Lady Susan, Jane Austen (Artespal nº 5)
-Mujercitas, de Louisa May Alcott (Artespal nº 6)
-Cumbres borrascosas, de Emily Brontë (Artespal nº 7)
-La casa de la alegría, de Edith Wharton (Artespal nº 8)
-Emma, de Jane Austen (Artespal nº 9)
-El gran Gatsby, de F. Scott Fitzgerald. (Artespal nº 10)
-Madame Bovary, de Gustave Flaubert (Artespal nº 11)
-La luz en la tormenta, de Paloma Caral (Artespal nº 12)
-La letra escarlata, de Nathaniel Hawthorne (Artespal nº 13)
-El rubí Timur, de Paloma Caral (Artespal nº 14).
-Una habitación con vistas, de E.M.Forster (Artespal nº 15)
-Canción de Navidad, de Charles Dickens (Artespal nº 16).